Concurso de Narrativa Breve IGN 2025

Sara García de Pablo
Tomás Pérez García
Víctor Fuertes Melón
Pedro Borregón Rodríguez
Juan Carlos Lespada
Manuel Parrilla Gil
José Napoleón Hernández
Sonia R. Prieto
Gonzalo Hernández Barrios
Mike Z. Grueso
Paola Andrea Linares Lasprilla

GOBIERNO DE ESPAÑA
MINISTERIO DE TRANSPORTES Y MOVILIDAD SOSTENIBLE
INSTITUTO GEOGRÁFICO NACIONAL

Concurso de Narrativa Breve IGN 2025

Concurso de narrativa breve IGN 2025.

Catálogo de publicaciones de la Administración General del Estado
https://cpage.mpr.gob.es

Editado en julio de 2025.

Publica:
© de esta edición, O. A. Centro Nacional de Información Geográfica (CNIG), 2025.

Autoría:
Sara García de Pablo, Tomás Pérez García, Victor Fuertes Melón, Pedro Borregón Rodríguez, Juan Carlos Lespada, Manuel Parrilla Gil, José Napoleón Hernández, Sonia R. Prieto, Gonzalo Hernández Barrios, Gonzalo Hernández Barrios, Mike Z. Grueso, Paola Andrea Linares Lasprilla.

© Instituto Geográfico Nacional (IGN), 2025.

Diseño y maquetación:
Servicio de Edición y Trazado de la Subdirección General de Cartografía y Observación del Territorio del IGN.

Imagen de portada:
Jordi Renart - @jordi_renart - www.jordirenart.com

NIPO papel: 198-25-044-5
NIPO digital: 198-25-042-4
ISBN: 978-84-416-9274-9
Depósito Legal: M-15263-2025
DOI: https://doi.org/10.7419/163.10.2025

Los derechos de la presente edición digital son del editor. Agradecemos que la difusión electrónica masiva se realice a través de un enlace al apartado correspondiente de la página web oficial.
En esta publicación se ha utilizado papel de acuerdo con los criterios medioambientales de la contratación pública vigente.

Calle General Ibáñez de Ibero, 3
28003 - Madrid (España)
www.ign.es / www.cnig.es
consulta@cnig.es

Índice

Presentación
Rafael Guerra Posadas 5

Prólogo
Emilio López Romero 9

El mapa de mi corazón
Sara García de Pablo 11

Piedra, papel y madera
Tomás Pérez García 25

Cinco denarios
Víctor Fuertes Melón.....47

Lubna, el topógrafo
Pedro Borregón Rodríguez.....63

Tiempos de piedra y sal
Juan Carlos Lespada.....85

Un regalo para el rey
Manuel Parrilla Gil 107

Cirugía de un recuerdo
José Napoleón Hernández 129

Latitudes de ceniza
Sonia R. Prieto 143

Los nombres del cielo
Gonzalo Hernández Barrios.....159

El gigante de madera y cobre
Mike Z. Grueso 173

Milagro Inesperado
Paola Andrea Linares Lasprilla.....187

Presentación

Rafael Guerra Posadas

En marzo de 2025, el Instituto Geográfico Nacional convocó la octava edición del Concurso de Narrativa Breve. Las bases señalaban que el tema debía estar claramente relacionado con alguna de las disciplinas y actividades del IGN o del Centro Nacional de Información Geográfica, es decir, cartografía, topografía, fotogrametría, geodesia, teledetección, SIG, IDE, astronomía, geografía, sismología, volcanología y geofísica.

Una primera lectura de los temas propuestos nos podría llevar a la errónea conclusión de que no son materias sobre las que se puedan desarrollar argumentos literarios. Sin embargo, nada más lejos de la realidad, ya que este año se ha superado el récord con 123 relatos presentados, de una alta calidad literaria, humana y técnica, de entre los que el jurado ha seleccionado once para su publicación en este libro.

Y es que la relación entre la ciencia y la literatura no es tan lejana, ni distante, como puede parecer. Los temas sobre los que el IGN desarrolla su labor científica han sido objeto de libros imprescindibles, como el estudio del universo (*De la tierra a la luna*, de Julio Verne), la cartografía (*La Odisea*, de Homero o *La isla del tesoro*, de Robert Louise Stevenson), los eclipses (*Las minas del rey Salomón*, de H. Rider Haggard o *El eclipse*, de Augusto Monterroso), los volcanes (*Los últimos días de Pompeya*, de Edward Bulwer Lytton, *Viaje al centro de la tierra*, de Julio Verne o *Bajo el volcán*, de Malcom Lorry).

Los once relatos publicados en este libro entremezclan los aspectos técnicos de las disciplinas objeto del concurso, con altas dosis de humanidad y el

despliegue de una gran imaginación. Así, en el relato ganador, *El mapa de mi corazón*, dos errores, "el de una sola letra" y el del trazado de un mapa sobre un monte, determinaron el destino de varias personas y crearon un recuerdo imborrable en el protagonista.

El segundo de los relatos y merecedor de un accésit, *Piedra, papel y madera*, describe la relación entre la ciencia y la tradición y cómo las dos sirven para medir la realidad y se enriquecen con el intercambio entre ellas.

En *Cinco denarios* el vuelo de un dron con sensores LiDAR del propio IGN desentraña un evocador misterio que une la civilización maya con el imperio romano.

Lubna, el topógrafo mezcla, hábilmente, matemáticas y cartografía en una historia de aprendizaje enmarcada en el Reino nazarí de Granada.

Tiempos de piedra y sal narra la epopeya trágica de un amor enmarcado entre la sismología y la cartografía marítima.

La cartografía, el proceso de elaboración de los mapas topográficos y los cronógrafos se describen magistralmente en una historia ubicada entre las nuevas colonias y el Madrid de la época de Carlos IV en el relato *Un regalo para el rey*.

Por su parte, *Cirugía de un recuerdo* nos adentra en la selva venezolana, y combina la descripción técnica de aparatos GPS con flechas con curare y niguas chupadoras de sangre.

Latitudes de ceniza retratacómo un sistema de información geográfica de IA del Proyecto GEODATA-AI predice un evento de activación volcánica encadenada y la reacción humana frente a este aviso.

William Herschel protagoniza dos relatos. *Los nombres del cielo* versa sobre astronomía, telescopios y un diálogo sobre los nombres que se proponen para un nuevo planeta que descubrió. Y en *El gigante de madera y cobre* desarrolla el deseo de Carlos IV de construir un gran telescopio en el Real Observatorio de Madrid y su destino final.

El título del último relato, *Milagro inesperado*, habla del que sucede tras una avalancha de lodo provocado por un terremoto en Perú.

Como puede comprobarse, todos los relatos publicados cumplen las bases, al haber creado sus autores historias apasionantes sobre las materias a las que, con contrastado y reconocido internacionalmente rigor científico, se dedica el IGN. Espero que el breve resumen de los once relatos despierte el deseo de profundizar en su lectura y se disfrute de ella tanto como yo lo he hecho.

Rafael Guerra Posadas
Subsecretario de Transportes
y Movilidad Sostenible

Prólogo
Emilio López Romero

En esta octava edición del Concurso de Narrativa Breve del Instituto Geográfico Nacional, correspondiente al año 2025, se han recibido un total de 123 relatos, lo que supone el máximo de escritos recibidos y demuestra el interés creciente de este concurso.

En esta ocasión, el jurado ha estado compuesto por siete personas de organizaciones relacionadas profesionalmente con las disciplinas de los campos de actuación del IGN y del CNIG y está presidido por el presidente del Consejo Editorial de la Editorial CNIG. Los miembros del Jurado son:

- Amparo Sánchez Perea. Técnico del Servicio de Documentación y Biblioteca del Instituto Geográfico Nacional.
- Ana Domingo Preciado. Profesor titular de la Escuela de Topografía de la Universidad Politécnica de Madrid.
- Antonio F. Rodríguez Pascual. Licenciado en Ciencias Físicas. Miembro del Comité CTN 148 Información geográfica digital.
- Beatriz Astudillo Muñoz. Analista de sistemas del O. A. Centro Nacional de Información Geográfica.
- Emilio López Romero. Ingeniero en Informática y director del O. A. Centro Nacional de Información Geográfica.
- Francisco Javier González Matesanz. Subdirector de Cartografía y Observación del Territorio del Instituto Geográfico Nacional.
- Miguel Santander García. Astrónomo del Observatorio Astronómico Nacional, Instituto Geográfico Nacional.

El jurado considera que el nivel de los relatos presentados ha sido alto y ha seleccionado 11 de ellos para su publicación.

El jurado del Concurso de Narrativa Breve del Instituto Geográfico Nacional ha seleccionado el relato «PIEDRA, PAPEL Y MADERA» del autor Tomás Pérez García como accésit del concurso, por tratar temas relacionados con la esencia de los trabajos de campo y las experiencias de buena parte de los profesionales que han pasado por esta casa, con hondura, ingenio, capacidad evocadora, autenticidad, diálogos naturales y un lenguaje muy cuidado, que describe con unas cuantas pinceladas el carácter de los dos principales protagonistas.

El jurado del Concurso de Narrativa Breve del Instituto Geográfico Nacional ha seleccionado el relato «EL MAPA DE MI CORAZÓN» de la autora Sara García de Pablo como ganador del concurso. Se trata de una narración sobre el compañerismo ante una situación adversa sobrevenida. Traslada esa empatía recibida cuando otra persona necesita de ella. De fondo, la realización de un mapa para el ejército en la posguerra española. Un relato delicioso, delicado y crudo en algunos momentos, nostálgico, perspicaz, sugestivo y con una legitimidad de alguien que, probablemente, conociera de primera mano la vivencia ocurrida, logrando su propósito comunicativo. Lleva a reconciliarse con la esencia del ser humano.

Los miembros del jurado esperamos que el lector disfrute de la lectura de estos relatos tanto como lo hemos hecho nosotros y que este libro les atraiga y los enamore aún más de las ciencias geográficas.

Madrid, junio de 2025
Emilio López Romero
Presidente del jurado

El mapa de mi corazón

Sara García de Pablo

Relato ganador del Primer Premio del
«Concurso de Narrativa Breve IGN 2025»

El mapa de mi corazón

Sara García de Pablo

Fue cuestión de una sola letra. Un garabato mal escrito en el despacho de algún burócrata y, de repente, pasé de estar rodeado de tipos con tinta en los dedos, a verme en lo alto de un monte, con un teodolito al hombro y cinco inviernos de «mili» por delante. Pensé en protestar, pero luego recordé que estábamos en 1947 y que la queja podía acabar con un pelotón de fusilamiento.

Las primeras semanas fueron casi un chiste. ¿Cómo podía pasar de ser tipógrafo a topógrafo de un día para otro? Era imposible. Solo me quedaba fingir. Caminaba con aire seguro, como de quien sabe lo que se hace, aunque en realidad no tenía ni idea. Dibujaba líneas en mi cuaderno y trataba de darle sentido a lo que veía, esperando que nadie revisara mi trabajo con demasiada atención.

Por supuesto, los compañeros acabaron dándose cuenta, pero en vez de denunciarme, decidieron echarme una mano. El que más me ayudó fue Eusebio, un topógrafo de profesión. Era un madrileño enjuto con barba rala y una paciencia infinita. Fue él quien me enseñó todo lo que necesitaba. Empezó por lo básico: cómo leer una brújula, usar un teodolito y medir distancias con cuerdas anudadas. Me explicó que cada nudo representaba una medida exacta y que, con paciencia, se podía calcular cualquier extensión de terreno. También me enseñó a reconocer accidentes geográficos y a no confiar en las líneas del mapa más de lo necesario.

—Mira Manuel, el papel lo aguanta todo —me decía—, pero la tierra tiene su propio lenguaje.

Las mediciones eran lentas y meticulosas. Se utilizaban jalones para marcar puntos de referencia, clinómetros y niveles ópticos para calcular elevaciones. Cada noche, a la luz de una vela, transcribíamos los datos de las libretas y comenzábamos a esbozar las curvas del terreno con precisión obsesiva. No podíamos permitirnos errores. No solo porque el ejército esperaba un mapa exacto, sino porque un descuido podía costarnos la vida por traición si alguien revisaba demasiado de cerca los mapas.

Pese a la tensión, al principio disfruté de la novedad. Estaba acostumbrado a pasar los días en la imprenta con el olor a tinta fresca y el ruido ensordecedor de las máquinas, así que esta vida casi salvaje, rodeado de peñas y árboles era un contraste más que bienvenido. Pero con el tiempo, mi buen humor se desvaneció y empecé a echar de menos el plomo y las linotipias.

Además, a medida que el invierno se nos echaba encima, me di cuenta de que aquel monte helado estaba lleno de silencios demasiado espesos, de huellas que no eran mías, de ramas partidas en lugares donde no había pasado ninguno de los nuestros. No estábamos solos.

Una tarde, mientras medíamos una ladera, Eusebio se quedó mirando el horizonte, con los ojos entrecerrados.

—Aquí hay gente —susurró echando mano de su fusil—. Maquis.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque el monte nunca está tan callado si no hay alguien escondiéndose.

Yo no llegué a ver nada, pero desde ese día cada ruido me hacía girar la cabeza.

Un día, mientras tomaba notas junto a un arroyo, vi algo moverse entre los arbustos. Me quedé helado. Una sombra. Dos. Se escabulleron entre los árboles. Quise creer que eran corzos, pero los corzos no llevan botas. Mi pri-

mer pensamiento fue huir, pero si corría estaba muerto. Si me quedaba, tal vez también. Opté por hacer lo que mejor sabía hacer: fingir que no había visto nada.

Las noches se volvieron insoportables. El más leve crujido hacía que me sobresaltara. El miedo me carcomía por dentro. Si los maquis me veían como una amenaza, me matarían sin dudarlo. Si mi superior, el sargento Velasco, sospechaba que me los había encontrado y no los delataba, también.

Estaba atrapado.

El terror se instaló en mi cuerpo. A partir de entonces, cada pisada me parecía más fuerte, cada crujido más cercano. Mis compañeros me miraban preocupados, pero nada podían hacer por mí, solo tratar de distraerme con los dichosos mapas. Entre todos estaban consiguiendo convertirme en un topógrafo de verdad.

La situación duró varios meses hasta que una mañana de gélido invierno, sucedió lo inevitable. Llevaba varias horas caminando para tratar de mantener los dedos de los pies vivos dentro de las botas heladas, me agaché para atarme los cordones y entonces, por el rabillo del ojo, vi como algo se movía detrás de un árbol. Me giré con la rapidez de un resorte y apunté con el fusil que llevaba al hombro.

—¡Sal! —ordené con la adrenalina recorriéndome entero.

No hubo respuesta. Avancé con cautela, sintiendo el pulso en los oídos.

Cuando di la vuelta al tronco, vi una figura encogida, inmóvil. La luz del sol filtrándose entre las hojas reveló un pañuelo enredado en las ramas bajas de un arbusto y justo debajo, una joven que sostenía una cesta entre las manos. Tenía sus ojos oscuros abiertos como platos y las mejillas arreboladas. No era un guerrillero. Era solo una chica.

—No me mates —dijo con un hilo de voz.

Bajé el arma con un suspiro, sintiendo que las piernas me temblaban por la tensión.

—No iba a matarte —dije, más para convencerme a mí mismo que a ella.

La joven, que no aparentaba más de quince años, me miró con cautela.

Se llamaba Teresa, aunque tardé semanas en saberlo. En ese primer encuentro no dijo su nombre ni preguntó el mío. Simplemente me miró con esos ojos grandes y me alargó un bollo envuelto en un paño.

—Tienes hambre —afirmó.

Quise negar, pero mi estómago gruñó por mí al captar el aroma del pan recién hecho. Dudé. ¿Y si era una trampa? Pero tomé el currusco que me tendía y lo mastiqué despacio. ¡Todavía estaba caliente! No recordaba la última vez que algo me supo tan rico. En el ejército no se comía precisamente bien, aunque Jonás, nuestro cocinero y hombre para todo, se esforzaba por convertir las raciones de combate en algo medianamente pasable. Pero poco podía hacer con el pan; al campamento solo nos llegaba pan negro y seco como la corteza de un roble viejo.

Ese invierno nos vimos más veces. Ella siempre mantenía las distancias y, si se acercaba, se movía con lentitud y se esforzaba por parecer inofensiva. A veces me traía algo de comer y me daba noticias del pueblo, que si la Asunta se había «casao» con el Benancio, que al Pascual se le había muerto un «jato»… me chismeaba como si yo los conociera de toda la vida. No era una gran narradora, pero la charla me resultaba refrescante, me recordaba al parloteo de mis hermanas cuando salíamos a pasear los domingos después de misa.

Cuando llegó la primavera mi pulso se volvió torpe. Las medidas no encajaban, las líneas se volvían confusas. Aquel barranco era más empinado de lo que parecía, ese sendero no era tan claro, y los montes no coincidían del todo con la realidad. Yo era un mapa difícil de interpretar. Tenía la cabeza en otra cosa.

Comencé a buscarla más a menudo, ávido de su compañía. Nos llamábamos con silbidos, yo imitaba a un carbonero y ella a un mirlo con una destreza que me tenía fascinado. Entonces aparecía como una sombra tras una peña o un arbusto y pasábamos el rato uno junto al otro. Ella siempre llevaba una cesta vacía, aunque el bosque estaba lleno de bayas, setas o castañas. Con el tiempo, me di cuenta de que Teresa no estaba allí por casualidad, me estaba entreteniendo.

—¿Tienes familia en el monte? —pregunté una vez, fingiendo desinterés.

Ella no respondió. Solo me miró con sus grandes ojos oscuros. Y en ese silencio, supe la respuesta.

Una tarde de otoño, me dejó un paquete envuelto en hojas. No era comida. Lo abrí y encontré dentro una pequeña figurita de madera, era un soldadito tallado con cuidado en un trozo de nogal. Un regalo.

—Mi hermano está ahí arriba —dijo en voz baja.

No necesitaba más explicaciones.

—¿Y tú no tienes miedo? —pregunté, sorprendido por su tranquilidad.

—Claro que tengo miedo —susurró—. Pero usted también lo tiene, ¿verdad?

Me mantuve callado. En su voz había una certeza que no podía negar. No era una chica cualquiera. La guerra la había hecho crecer antes de tiempo.

Un par de semanas más tarde, en una expedición rutinaria, me topé con una cueva. Cuando la inspeccioné encontré restos de hogueras y algunas mantas viejas. También había huellas recientes, demasiado pequeñas para ser de hombres adultos. Los maquis se habían movido y ya no tenían su campamento allí, pero alguien seguía utilizándola. Sentí que podía estar en peligro, así que me fui lo más rápido que pude y volví hacia la base donde entregué mis notas.

Durante la exploración de la gruta, había garabateado en mi cuaderno media luna, el símbolo de cueva. Era mi trabajo y debería haberme sentido satisfecho, pero no fue así. Cuando mi sargento agarró mis anotaciones emocionado, yo solo sentí un vacío insoportable.

—¡Por fin! —masculló entre dientes mientras dibujaba un triángulo invertido en el mapa.

Yo me quedé allí plantado sin saber qué decir.

—¡Esto merece un brindis! —Y sacó del bolsillo de su chaqueta una petaca abollada, testigo de muchas noches frías en el monte. Desenroscó la tapa y me la tendió con una media sonrisa—. No es vino del bueno, pero calienta.

La acepté sin rechistar. El licor áspero me quemó la garganta, pero no tosí. El sargento Velasco rio por lo bajo y volvió a guardar la petaca.

—Por los mapas bien hechos —dijo, levantando una mano al aire como si sostuviera una copa invisible.

Yo imité el gesto y volví la vista al cuaderno. Me sentía enfermo. Tenía que buscar la manera de arreglar aquello. Había puesto a Teresa en peligro, si algo la pasaba sería culpa mía.

Actué esa misma noche. Mientras Eusebio terminaba de perfilar las líneas con tinta, me apoyé en la mesa con más ímpetu del necesario. El tintero, se tambaleó y, antes de que nadie pudiera reaccionar, se volcó con un chapoteo denso.

La tinta negra se escurrió como un río oscuro sobre el pergamino. Primero empapó la zona central del mapa. Luego fue extendiéndose en hilos que devoraban líneas y números, borrando el relieve de los montes, confundiendo senderos con sombras irreversibles.

Eusebio parpadeó un par de veces, inmóvil. La pluma que sostenía en la mano quedó suspendida en el aire como si aún no hubiera asimilado la tragedia.

—Maldición… —susurró.

Intentó salvar algo, alzando con delicadeza una esquina del papel, pero la mancha no tenía remedio. Lo dejó caer con un suspiro.

—¡Te van a matar, Manuel!

Antes de que pudiera siquiera ensayar una excusa, ya me estaba arrastrando fuera de la tienda hacia donde dormía nuestro superior.

—¡Mi sargento! —gritó al entrar, con la expresión de quien transporta dinamita a punto de explotar—. ¡Tenemos un problema!

El sargento Velasco levantó la vista con desagrado.

—¿Qué ha pasado? —farfulló tras su bigotillo.

Eusebio se hizo a un lado, dejándome allí con la evidencia del crimen entre las manos. Tragué saliva.

—Fue un accidente —dije con mi mejor cara de arrepentimiento.

El sargento tomó el mapa arruinado y lo estudió con una mirada que quemaba.

—¿Un accidente? —repitió, con una calma más aterradora que si hubiera gritado—. ¿Cómo demonios se te ocurre arruinar un mapa que ha tardado semanas en hacerse?

Me encogí de hombros, intentando parecer torpe en vez de culpable.

—Tropecé con la mesa… y el tintero…

El golpe en la mesa me hizo callar de inmediato.

—¿Sabes cuánto trabajo acabas de tirar a la basura, inútil? —bramó como un jabalí.

Silencio. No servía de nada excusarse. Mi castigo fue inmediato: varias guardias nocturnas, me retiraron los permisos para salir del campamento y me impusieron la tarea de rehacer el mapa desde cero, yo solo.

Pasé las siguientes noches en vela, abrigado solo por la luz temblorosa de un quinqué. La tienda de cartografía se volvía más fría y silenciosa cuando los demás dormían, y yo, con los dedos entumecidos, deslizaba la pluma sobre el nuevo pergamino, redibujando los contornos del monte, los ríos, los senderos.

Pero cuando llegó el momento de trazar el sector donde debía aparecer la cueva, mi mano se detuvo.

Respiré hondo.

El pulso me tembló un instante antes de inclinar la pluma. Con cuidado, esbocé un par de líneas torcidas, desplazando el accidente geográfico hacia unas coordenadas muy diferentes. Un sendero falso se enredó entre los árboles.

Rocas inexistentes surgieron donde no las había. Eusebio me observó mientras dibujaba la última parte y sonrió apenas.

—Tienes buen ojo para los detalles —comentó.

Le sostuve la mirada, pero no dijo nada más. No hacía falta.

Entregué el mapa al sargento y recé para que no se diera cuenta. La patrulla que envió para registrar la zona solo encontró unas pequeñas oquedades vacías y yo respiré tranquilo.

Velasco me miró con recelo el tiempo que me quedaba de servicio militar pero no me importó. Solo me quedaban un par de meses para terminar y entonces me despediría de ese paisaje tan agreste y salvaje y volvería con mi familia que llevaba cinco años esperándome. Pero antes de partir tenía algo más que hacer.

Encontré a Teresa esperando en el mismo sitio de siempre. No traía pan, ni un paquete envuelto en hojas. Solo estaba allí, mirándome.

—¿Se va? —preguntó, sin emoción en la voz. Lo había adivinado, tal vez por mi cara de pena.

—Sí —asentí con un nudo en la garganta.

Teresa bajó la vista y pateó una piedra con la punta del pie. El canto salió rodando y se detuvo a una gran distancia. Con los años, la niña que había conocido se había convertido en una mujer fuerte. El silencio se hizo pesado entre los dos.

Saqué del bolsillo un pequeño objeto envuelto en un retal de tela. Lo coloqué en su palma y esperé mientras lo abría. Dentro, había un mirlo tallado en nogal, con las alas extendidas, como si estuviera a punto de alzar el vuelo.

—Lo hice con la navaja, en los ratos libres —dije, sintiéndome ridículo.

Teresa pasó los dedos por la madera pulida, acariciando las alas y la curva del pico.

—Gracias —susurró y luego, con una leve sonrisa—, tiene prisa por volar.

No sabía si se refería al pájaro, a ella o a mí. Solo asentí de nuevo como un idiota. Quería decirle muchas cosas, que eso no era vida, que estaba en peligro, que se fuera conmigo. Pero ella me sostuvo la mirada, altiva y resuelta, como siempre había sido, negando cualquier otro desenlace entre nosotros.

—Cuídese, soldado —murmuró al final.

No hubo más palabras. Solo el crujido de las hojas bajo sus botas cuando se marchó con el pájaro apretado en su puño.

Nunca más volví a saber de ella.

Tras licenciarme regresé a mi pueblo. Quería que todo fuera como antes de irme, pero yo había cambiado, era más prudente, menos hablador y risueño.

Mi padre decía con orgullo que me había curtido, y me había convertido en un hombre hecho y derecho. Yo solo sentía un enorme vacío dentro del caparazón que había crecido a mi alrededor.

El tiempo todo lo cura. Cuando llegó el momento me casé con una buena mujer, y tuve hijos y luego nietos. No quise volver a saber nada de esa época, e intenté enterrarlo todo trabajando hasta tarde entre tintas y tipos móviles. Pero los secretos pesan y con los años, el mío, aunque pequeño, me acompañó toda la vida.

Muchos años después, me encontré en una cama de hospital con mi nieta sentada junto a mí, mirándome con esa curiosidad suya que siempre conseguía desarmarme.

—Abuelo, ¿cómo era hacer «la mili» en aquellos tiempos?

Sonreí. Sentí que había llegado el momento de revelar mi secreto. No le conté nada sobre el frío, el hambre, ni el miedo. En cambio, le hablé de un mapa, de un error de una sola letra, de un soldadito y un pájaro tallado en madera de nogal.

—¿Y qué pasó con ella?

Miré por la ventana, donde el sol de la tarde teñía el cielo de ámbar.

—No lo sé, pequeña. Pero me gusta pensar que, en algún rincón de esas montañas, encontró la manera de volar lejos y mantenerse a salvo.

Mi nieta se quedó en silencio, con el ceño fruncido, como si estuviera ensamblando las piezas de un rompecabezas. Al final, dijo en voz baja:

—Abuelo… entonces, gracias a ti, esas personas sobrevivieron. ¡Eres un héroe!

No supe qué responder. Nunca lo había visto de esa manera. Solo era un hombre con un lápiz que tomó una decisión difícil. Pero al mirar sus ojos brillantes por el asombro, comprendí que, a veces, lo más importante de una historia no son las grandes hazañas, sino los pequeños gestos que marcan la diferencia. Entonces el peso que había llevado conmigo durante más de sesenta años desplegó las alas y echó a volar, libre por fin, en busca de su compañera.

Piedra, papel y madera

Tomás Pérez García

Relato ganador del Accésit del
«Concurso de Narrativa Breve IGN 2025»

Piedra, papel y madera

Tomás Pérez García

La comitiva resoplaba mientras ascendía por el tortuoso sendero. Hacía ya rato que el camino había desaparecido para dar paso a una estrecha y pedregosa senda, que serpenteaba por la ladera de la montaña hacia la cima. Ricardo Costana se detuvo un momento para coger aire. Volvió la vista hacia el valle mientras sacaba su reloj:

—Es más de mediodía —anunció—. No deberíamos tardar mucho en llegar.

El día había comenzado para ellos antes de la salida del sol, cuando se pusieron en pie para cargar las dos mulas con todos los enseres necesarios para la tarea que debían llevar a cabo. El grupo, además de los animales, lo formaban él mismo y seis subalternos: un brigada, un cabo y cuatro soldados. Comenzaron a andar cuando los primeros rayos de sol asomaron en el horizonte, bañando los campos de trigo a las afueras del pueblo. Siguieron el camino que discurría entre las tierras de labranza hasta que se desviaron a uno más pequeño que se internaba entre los árboles, ascendiendo en ligera pendiente. El día era soleado pero no excesivamente cálido y el grupo estaba animado. Sin embargo, rato después, el camino se volvió más inclinado y los hombres comenzaron a guardar las palabras y las bromas para reservar el aliento. Los árboles se volvieron más dispersos y en su lugar aparecieron los cardos y los arbustos, que se agarraban a las ropas como tratando de impedir que aquellos extraños penetrasen en su territorio.

Costana se descolgó la cantimplora del hombro:

—Bebed algo y sigamos. Calculo que llegaremos en una hora, más o menos.

Continuaron subiendo en fila. El teniente Costana marchaba al frente mientras que las mulas cerraban el grupo. Pasaron casi dos horas hasta que el sendero les introdujo en una planicie, entre dos picos de piedra. Una suerte de pequeño valle en el que, para su sorpresa, un indiferente y numeroso rebaño de ovejas pastaban desperdigadas en varios grupos.

Un enorme mastín les salió al paso con paso lento pero firme. El collar con pinchos de hierro que le rodeaba el cuello indicaba que el ganado estaba bajo la amenaza del ataque del lobo.

—¡No hace nada, no preocuparse del perro!

Costana dirigió la mirada hacia donde procedía la voz.

Un hombre, que parecía de mediana edad, se encontraba sentado en una roca, disfrutando del sol junto a una pequeña cabaña de piedra, sin ventanas y con una diminuta puerta abierta de par en par. Un pastor.

El teniente se dirigió hacia él mientras el resto del grupo se internaba en el llano.

—¡Buenos días, buen hombre!

—¡Buenos son! —respondió él—, pero ya se revuelve el norte.

En efecto, el aire allí arriba era fresco, aunque resultaba agradable después del sofoco provocado por la subida. Costana señaló el pico de la derecha, el más alto, con un movimiento de cabeza.

—Nos dirigimos allí arriba. Tenemos una… —meditó un instante las palabras. No quería extenderse demasiado— misión científica.

El pastor le miró un instante para luego dirigir la mirada hacia el grupo, que descansaba a poca distancia.

—Las mulas no *puen* subir por ahí —dijo.

—Sí, lo se. Queremos instalar un pequeño campamento en esta zona. Estaremos dos o tres días hasta que acabemos. ¿Hay algún sitio donde podamos colocar las tiendas y que a usted no le suponga alguna molestia?

El pastor se encogió de hombros e hizo un gesto con la mano, como abarcando todo el valle.

—Donde *ustés* quieran, que a las ovejas no les importa.

El teniente sonrió y se acercó con la mano extendida.

—Teniente Ricardo Costana.

—Yo me llamo Antonio —respondió el pastor mientras se levantaba, apoyándose en una larga vara que hasta entonces había reposado en su hombro.

Ambos se estrecharon las manos. El teniente se dio la vuelta y se dirigió hacia sus hombres.

—Muy bien. Aseguren las mulas y vamos a comer algo. Luego montaremos rápidamente un campamento y a ver si nos da tiempo a subir.

El brigada Serrano se cuadró y comenzó a dar indicaciones a los hombres. Cuando sacaron las viandas y se repartieron por el suelo junto a donde dejaron las mulas, el pastor les hizo señas:

—¡Pónganse aquí, hombre! Que no da el aire.

El pastor señaló la soleada zona frente a la cabaña mientras apartaba con el pie pequeñas piedras y trozos de madera.

—Se lo agradezco, buen hombre.

Poco después se encontraban todos sentados en la hierba rala, disfrutando del embutido y el queso que les habían preparado en la posada antes de par-

tir, junto con el buen pan de la zona. Era imposible no volverse de cuando en cuando para maravillarse con las espectaculares vistas que ofrecía la montaña. El mastín se había tumbado junto a ellos, mirando uno por uno a los integrantes del grupo esperando hacerse con algo de comida. Mientras ellos comían, el pastor había ido a echar un vistazo a las ovejas. Al cabo de un rato volvió y se sentó frente al teniente, preguntando qué era lo que habían ido a hacer allí.

—Tenemos que construir un monolito en lo alto de aquel pico —respondió—. Un mojón de piedra, para que nos entendamos. Servirá como referencia para la elaboración de un mapa.

—Bueno, cosas de los de arriba, ¿no?

—En realidad… sí, supongo —dijo Costana—, pero es algo que le vendrá bien a todo el mundo.

—Si usted lo dice… —el pastor jugueteaba con la vara, rascando el suelo y dando golpecitos— pero no veo lo bien que me venga a mí.

—Piense en sus hijos, o sus nietos. Podrán conocer este país o esta región con solo ver un dibujo en un papel. Sus pueblos, sus montañas, sus caminos, sus ríos…

—¡Bah! Yo no tengo hijos, ¡ni nietos tendré! —un cierto tono de amargura se notaba en su voz.

Costana dio un buen trago de agua del odre que le ofreció el cabo.

—¿Se tarda mucho en subir a la cima? —preguntó.

El pastor miró de reojo hacia la cumbre.

—Nah, suben y bajan antes de que se eche la tarde. De sobra.

El teniente se puso en pie y se colocó la casaca. El aire soplaba con más fuerza y era más frio. Su reloj marcaba las tres y treinta y ocho de la tarde.

—Está bien, subiremos algo de material y bajaremos. Así iremos tanteando el terreno.

Se pusieron en marcha. Cuando alcanzaron la cima, Costana volvió a mirar la hora. Habían empleado una hora y quince minutos aproximadamente, cargados hasta arriba con equipo y material. Sin perder un instante, ordenó al brigada y al cabo que le ayudaran a montar el equipo y comenzó a realizar mediciones mientras sus hombres descansaban.

—Bien, será aquí.

Costana se apartó del cuadrado que había marcado en el suelo donde realizarían la cimentación para el monolito. No haría falta algo excesivo, pero debía ser lo suficientemente resistente para aguantar las inclemencias de la montaña sin ceder o desplazarse.

El brigada Serrano señaló que la niebla comenzaba a cernirse sobre la montaña, así que Costana decidió que la jornada había terminado. Los hombres comenzaron a recoger el equipo y la herramienta y a guardarla en un pequeño refugio que habían construido. Cuando todo estaba seguro y oculto, comenzaron el descenso.

La niebla había ocultado el valle y la temperatura había descendido en gran medida cuando llegaron al campamento. Apenas quedaba media hora de luz solar. El pastor apareció entonces junto a los soldados.

—Tengo hecho un buen fuego, *pa* que se calienten *ustées*.

Costana se lo agradeció e hizo un gesto a sus hombres.

—Entremos un momento —dijo—. Nos sentará bien.

—Deberían recoger *to* eso —les dijo el pastor, señalando hacia las tiendas—. Viene mal tiempo. Va a ser mala noche *pa* estar fuera.

El pastor comenzó a andar de vuelta a la cabaña mientras el teniente valoraba sus palabras. Siguieron al hombre y entraron, sintiendo al instante el reconfortante calor de una hoguera.

—¿De verdad cree que no podemos acampar fuera? —le preguntó Costana al pastor.

—Hombre, por poder, pueden, claro —respondió éste—. Pero viene mucho viento, frío y lluvia. Lo van a pasar mal. Yo les dejo estar aquí el tiempo que quieran.

Era un sitio seco y cálido, con el olor del humo impregnando cada rincón. Puede que algo sucio, pero seguro y más cómodo que las tiendas montadas sobre la hierba. Costana miró de reojo a sus hombres. Ninguno le dijo nada, ni siquiera cruzaron los ojos con los suyos, pero estaba claro que preferían dormir bajo techo, aunque éste pareciese que se iba a derrumbar de un momento a otro. El teniente se llevó la mano al pecho.

—Le doy sinceramente las gracias, señor. Aceptamos su invitación y me comprometo a que seremos unos huéspedes dignos de su hospitalidad —dijo.

Después dio instrucciones para que se recogiese el campamento a toda prisa y se llevase todo el material a la cabaña. El pastor se ofreció para llevar las mulas bajo un saliente de roca cercano, donde se habían agrupado sus ovejas. Una vez acabaron, se sentaron todos cerca del fuego, con las espaldas apoyadas en la pared. El viento arreciaba, haciendo crujir la estructura de la cabaña, y el golpeteo de las primeras gotas de agua se dejaba oír en el tejado. Se repartieron algo de cenar y bebieron algo de vino. Los soldados conversaban entre ellos mientras el brigada y el teniente trataban de organizar las tareas para el día siguiente.

—Mañana estará el día feo, creo —les dijo el pastor—. No se va a poder subir allá.

—¿Usted cree? —le preguntó Serrano.

—Desde luego, ha acertado con el tiempo de esta noche. Y eso que por la mañana hacía un día fantástico —dijo el teniente.

El Pastor se rascó la cabeza y los miró sonriente.

—¡Bah! Toda la vida en el monte llevo yo. La lluvia la huelo a leguas de distancia. ¿No vieron ustedes el color del cielo? Pues también se nota cuando va a cambiar el tiempo por el color del cielo.

—No puedo discutir con la sabiduría popular —dijo Costana—. Pero tal vez pueda enseñarle que pronto nadie usará las leguas para hablar de distancias. De hecho, ya se enseña a la gente desde hace varios años que las distancias hay que medirlas en metros.

El pastor fruncía tanto el ceño que parecía que tenía una única ceja.

—¿Cómo?

—Metros —repitió el teniente.

—¿Metros?

—Metros

El pastor miraba fijamente al teniente, como intentando comprender de qué demonios le estaban hablando. Costana intentó adelantarse a sus preguntas.

—Verá —dijo—, hace ya tiempo que cambiamos la forma de medir las cosas. Tanto la distancia, como el peso y la capacidad. Es decir, donde antes había varas y leguas, ahora hay metros y kilómetros. Donde antes había libras y arrobas, ahora hay gramos. Y donde antes había celemines o fanegas, ahora hay litros.

—Ya —dijo el pastor—. A mi edad no merece la pena aprender tales cosas, ¿sabe usted? No debiera perder el tiempo. Como eso que están poniendo allá

arriba. Ni sé *pa* qué es, ni me interesa. A mis años esas cosas ya no quieren entrar en la mollera. ¡Si a duras penas sé leer!

—Ah, pero ¿sabe usted leer?

Costana miró a Serrano, reprendiéndole con la mirada. Luego se dirigió al pastor.

—Disculpe, señor Antonio. El brigada Serrano… —pero el pastor le interrumpió con un gesto.

—No pasa nada —dijo—. A mí me enseñaron unos monjes. Yo iba *pa* monje también, ¿sabe? Pero al final el monasterio se abandonó. Se fueron todos. Así que pastor soy. Pero algo de leer sí que sé. Y escribir también, claro.

Con un pequeño palo que cogió de entre la leña que reservaba para el fuego comenzó a escribir en el suelo de tierra:

A N T O N I O

El teniente observó un instante las letras mayúsculas trazadas en el suelo con trazo tembloroso. Luego cogió el petate que tenía a su derecha y rebuscó en su interior. Aparte de la lumbre, que ardía alegremente en una rústica chimenea empotrada en la esquina, los soldados habían encendido varios candiles para tratar de iluminar la estancia. Costana finalmente sacó un pequeño objeto de entre sus bártulos y dejó nuevamente el bulto en su lugar. Se aproximó en cuclillas hasta el pastor.

—Mire, señor Antonio. Este es uno de los utensilios que se usan ahora para medir.

Le mostró entonces una pieza de madera, que poco a poco fue desplegando hasta formar una vara estrecha y delgada, marcada con rayas y números.

—De aquí hasta aquí -dijo, tocando los extremos— es un metro exacto. ¿Lo ve? Estas marcas indican la longitud.

El pastor sostuvo con delicadeza uno de los extremos, examinando con atención y curiosidad el objeto. Luego agarró su vara y la colocó a sus pies de forma vertical. Costana adivinó su intención y colocó el metro plegable junto a la vara. Serrano les acercó uno de los candiles.

—Hasta aquí un metro —anunció, y colocó un dedo en el lugar.

Luego desplazó el metro hacia arriba. Tuvo que plegar el extremo superior para que no golpeara el techo.

—Y éstos son… otros veintisiete centímetros. O sea, su vara mide ciento veintisiete centímetros.

El pastor observó atentamente el proceso.

—Ésta la corté yo —dijo—. Vara y media mide. En la parte de atrás de la iglesia hay una marca, que es una vara. Pero *pa* subir al monte se queda corta, ¿sabe?

Costana le dejó el utensilio, con el que el pastor jugueteó abriendo y cerrando las hojas. Luego lo colocó en su mano estirada y acercó la cara con una mueca de esfuerzo.

—Uno, seis.

—Dieciséis —le corrigió el teniente—. Dieciséis y medio en realidad. Fíjese en estas rayas.

Pasaron un buen rato midiendo diferentes objetos y lugares de la cabaña mientras Costana le explicaba los entresijos de la utilización del metro, hasta que decidieron que ya era hora de descansar. En realidad, alguno de los soldados ya se había quedado dormido; el día había sido duro, al fin y al cabo. El pastor echó un par de tarugos de leña al fuego y los demás apagaron los candiles. El viento aullaba fuera y algunas gotas de agua se colaban al interior, pero el sueño resultó placentero.

Cuando Costana abrió los ojos ya había amanecido, aunque la tenue luz que se colaba por algunas rendijas indicaba que era un día gris el que tenían por delante. Pudo comprobar de un vistazo que dos soldados y el pastor no se encontraban en la cabaña. Después de desperezarse salió para aliviar la vejiga. Una densa niebla cubría todo el lugar y una lluvia fina pero constante casi lo dejó empapado en el poco rato que tardó. Entró de nuevo, despertó a los demás y comenzaron a preparase algo de desayuno. Mientras el cabo López cocinaba, entraron los hombres que faltaban, saludando marcialmente mientras daban los buenos días. Mientras se quitaban las capas para dejarlas colgadas cerca del fuego, le indicaron al teniente que habían acompañado al pastor al lugar donde se encontraba el ganado, para ver el estado de las mulas. Dieron también indicaciones a los demás sobre cómo encontrar un manantial cercano, en el caso que alguno quisiera asearse a pesar de la lluvia. No tardó en llegar el señor Antonio, acompañado del inmenso mastín. Éste había pasado la noche, como buen perro guardián, en el mismo lugar que las ovejas.

—Ayer no resultó difícil subir al pico —les comentó Costana mientras desayunaban—. Creo que vamos a atrevernos, a pesar del tiempo. Así que preparaos.

—Vayan *ustées*. Yo me ocuparé de tener listo el fuego aquí —les dijo el pastor.

Llegaron a la cima más rápido de lo esperado. Esta vez no cargaban con casi ningún equipo. Comprobaron que el material que habían dejado el día anterior se encontraba en buen estado y comenzaron a trabajar. Los hombres se emplearon bien y rápido con los picos y para la hora de comer tenían listo una buena base para preparar los cimientos del monolito. El teniente anunció que volverían al valle ya que el tiempo en la cima se estaba volviendo cada vez más hostil y el lugar no ofrecía refugio.

El descenso fue delicado debido a lo resbaladizo del terreno, pero no les llevó un tiempo excesivo alcanzar de nuevo el valle. El tiempo estaba mejorando y a su llegada comprobaron que la niebla se había disipado por completo. El cielo también parecía dar tregua y pequeños claros se abrían entre las nubes. Costana se lamentó. Tal vez habrían podido permanecer en la cumbre para continuar los trabajos, pero ya no había remedio. Comerían algo y si el

tiempo se lo permitía, volverían a subir. Tal y como había prometido, el pastor tenía el fuego encendido y estaba cocinando unas salchichas en un mugriento cazo colocado precariamente sobre la lumbre. Los hombres se quitaron las ropas mojadas, se colocaron unas mantas secas por encima y se dispusieron a comer.

—El día mejorará por la tarde. No creo que llueva más hoy —les comentó el pastor mientras daban buena cuenta de las viandas.

-El plan inicial no era subir y bajar continuamente, desde luego —contestó Costana—. Pero creo que debemos aprovechar el tiempo. Así que comeremos rápido y volveremos a subir. Prepararemos el encofrado y si da tiempo tal vez incluso podamos echar el hormigón.

Los hombres asintieron mientras masticaban. El pastor se dirigió al teniente.

—Pues, si a usted no le importa, me subo yo también. Hace mucho que no voy yo a la cumbre.

—Claro, señor Antonio. Es su montaña, al fin y al cabo.

—¡Ja! Mía dice... ¡Si yo no tengo *ná*! Esta cabaña es del pueblo. Me la dejan *pa* que me refugie.

—¿No tiene usted casa en el pueblo, señor Antonio? —preguntó el cabo López.

—Bueno —respondió el pastor—, hay un pajar cerca. Era de un tío mío. Un hermano de mi padre. Mis primos no lo usan y me dejan a mí que viva allí. Cuando no ando por los montes, claro. Pero lo que se dice mío, no es, no...

Poco después, los ocho hombres volvieron a iniciar el camino de ascenso al pico. El perro les siguió animadamente hasta que llegaron a las primeras piedras, donde casi había que poner las manos, para luego volverse con paso tranquilo hasta donde estaba el rebaño de ovejas. Esa primera parte era la más delicada. Luego la pendiente se tornaba más amable y constante, casi son obstáculos dignos de mención, hasta llegar al punto más alto. Mientras

los soldados preparaban las tablas de madera y algunas varillas de hierro para realizar el encofrado, Costana y el brigada Serrano se acercaron al pastor, que se había sentado en una piedra cercana, sujetando su vara con ambas manos. El teniente se sentó a su lado y se dirigió a él.

—Bonitas vistas, ¿no cree?

—Sí que es bonito, sí. Mire —el hombre levantó la vara y señaló un punto en la lejanía—. Aquello es lo que llaman la torca del Zorro. O La Torca, así, a secas. Y por allá están las eras. Crecen buenas endrinas por allí. Y de aquel alto de ahí es de donde nace el río.

Costana escuchó atentamente mientras seguía con la vista el extremo de la vara. El pastor siguió dando indicaciones durante un rato hasta que pareció no recordar más. Los tres hombres se quedaron en silencio, deleitándose con el paisaje que tenían ante ellos. El día había mejorado considerablemente, y la vista alcanzaba incluso a los lejanos picos en cuyas cumbres aún se adivinaba algo de nieve.

—Todo esto lo dibujaremos en nuestro mapa, ya verá —dijo el teniente.

—¿Lo veré? Bueno —dijo el pastor—, lo veo ahora, ¿no?

Costana rio.

—¡Cierto! —dijo—. Pero ayudemos a quien quiera verlo a encontrar este sitio, ¿le parece?

El pastor se limitó a encogerse de hombros con una sonrisa en el rostro.

—Si son buena gente...

—Lo serán.

Los hombres del teniente no tardaron en tener listo el encofrado y para cuando llegó el momento de terminar la jornada ya habían dejado lista la cimentación del monolito. Durante ese tiempo, Costana había estado enseñan-

do su equipo de medición al pastor. Especialmente quedó éste fascinado con el teodolito, que estuvo observando bastante tiempo, sin atreverse a tocarlo. Pero sin duda fue el reloj de bolsillo del teniente lo que más atrajo su atención. Costana no tuvo reparo en dejar que lo sostuviera en sus manos, cosa que el pastor hizo durante largo rato.

De vuelta en la cabaña, los hombres prepararon algo de cenar y nuevamente comenzaron a conversar entre ellos. Hablaban los soldados de sus pueblos, novias o familia, mientras que el cabo y el brigada parecían discutir sobre asuntos políticos. El teniente se había enfrascado en la lectura de un libro y el pastor había ido a echar un último vistazo a sus ovejas antes de que la noche les envolviera por completo. Cuando llegó el momento de apagar los candiles para dormir, el teniente salió de la cabaña para avisar al pastor, que se encontraba sentado junto a la puerta, observando el cielo mientras silbaba algo entre dientes.

—¡Vaya, es impresionante!

Costana dio unos pasos hacia fuera mientras se quedaba boquiabierto al ver el firmamento lleno de estrellas. Ambos hombres se quedaron un momento en silencio hasta que habló el pastor.

—Yo lo veo todos los días. Me gusta sentarme aquí las noches que hace bueno hasta que casi me quedo dormido.

—Lo entiendo. Seguramente yo haría lo mismo —respondió el teniente.

Al contrario que la noche anterior, había una quietud absoluta. No se escuchaba ningún ruido, las sombras de las montañas cercanas se adivinaban gracias a que no había nada de niebla y, aunque la noche era fresca, la increíble vista del firmamento estrellado invitaba a permanecer fuera.

Costana se sentó junto al pastor. Permanecieron callados durante al menos veinte minutos. El teniente valoró preguntarle por sus conocimientos sobre estrellas o constelaciones, pero consideró que ya había ejercido de maestro demasiado tiempo aquel día. «Seguramente yo sepa más que él», pensó, «pero esto lo ha visto muchas más veces que yo». Incluso sintió algo de envidia del

hombre sentado a su lado y que manoseaba en silencio aquella vara de la que no se desprendía. Le puso la mano en el hombro y le anunció que se iba a dormir. Mientras se levantaba, el pastor le deseó buenas noches.

—Que descanse usted bien —le dijo.

—Igualmente.

Al día siguiente brillaba el sol con fuerza. Todos durmieron a pierna suelta, salvo en un momento en el que los constantes ladridos del perro despertaron a buena parte de ellos. El soldado Ramón Herránz se ofreció al pastor para ir con su arma a donde estaba el ganado, por si algún lobo estaba rondando las ovejas.

—Seguro que hay alguno por ahí, —dijo el pastor mientras se daba la vuelta en su jergón— pero no preocuparse. Rubio (así llamaba al perro) sabe lo que hace. Ningún lobo se acercará si está él con las ovejas.

Mientras desayunaban, el teniente les indicó las tareas que llevarían a cabo ese día. El pastor nuevamente se ofreció a subir con ellos, a lo que nadie puso objeciones. Una vez llegaron nuevamente a lo alto del pico, montaron un nuevo encofrado sobre la base del día anterior, esta vez en forma de cilindro, coincidiendo con unas varillas de hierro que los soldados habían dejado asomar estratégicamente en el centro. Una vez asegurado el encofrado, prepararon el hormigón con el material que habían dejado allí el primer día y lo rellenaron. Aunque Costana ya se había asegurado de las medidas, invitó al pastor a que usara el metro plegable y comprobara que la longitud del monolito era la correcta. El señor Antonio acepto y, con una sonrisa nerviosa, se inclinó sobre la estructura ante la vista de los soldados que limpiaban y recogían las herramientas.

—Esto es un metro —anunció. Se giró hacia el teniente, que asintió con la cabeza. Luego recorrió el segmento restante del monolito.

—Dos y cero… ¡Veinte!

—Bien, señor Antonio. ¿Cree usted que los muchachos se han ganado el jornal?

El pastor les miró uno por uno mientras plegaba el metro.

—No es que hayan hecho gran cosa, pero habrá que dárselo, ¿no?

Alguno de los soldados aplaudió la sentencia mientras todos reían.

—Bien, recojamos todo lo que no haga falta —ordenó Costana—. Mañana subiremos a quitar el encofrado, haré unas mediciones y se acabó.

Y comenzaron el descenso. Cuando llegaron al valle ya era la hora de comer, cosa que hicieron con ganas. El resto de la tarde los hombres se dedicaron a holgazanear por la zona, explorando las laderas del valle, tratando de jugar con Rubio (que les ignoraba descaradamente) y hablando con el pastor sobre las ovejas, el queso de la zona o las costumbres de sus gentes. El teniente se pasó buena parte de lo que quedaba del día realizando informes y anotaciones en un diario. Decidió montar nuevamente las tiendas, ya que el tiempo era fantástico, pero el pastor le insistió para que no lo hiciera.

—¡Pero quédense dentro, hombre! ¿Para qué van a montar todo eso si lo tienen que quitar mañana?

Finalmente, Costana accedió y pasaron la noche otra vez en la cabaña del pastor. Nuevamente les despertaron, hasta en tres ocasiones, los ladridos del perro, e incluso pudieron oír el trote de algún animal salvaje junto a la cabaña. Pero cada vez que eso ocurría no les era difícil volver a conciliar el sueño.

Al día siguiente, tal y como habían quedado el día anterior, ascendieron para quitar el encofrado, cosa que hicieron en unos minutos. Esta vez, el pastor había decidido quedarse con su rebaño.

—Tengo un par de ellas preñadas. Y a una no le falta demasiado —les explicó.

Mientras los soldados recogían el material restante, Costana realizó nuevas mediciones angulares sobre el monolito, anotando continuamente los datos en su libreta. El brigada Serrano, por su parte, estuvo haciendo algunos dibujos de la zona. La tarde anterior también la dedicó a dibujar el paisaje que les rodeaba.

Cuando acabaron el trabajo, los hombres comenzaron a descender mientras el teniente se quedaba un momento contemplando la obra y el paisaje circundante. Ya casi podía imaginar las dimensiones que tomaría sobre el papel todo lo que veían sus ojos. Se echó al hombro izquierdo el trípode que llevaba consigo y un petate donde guardaba una caja con el precioso teodolito al hombro derecho. Se giró y comenzó a bajar hacia el valle por última vez. En la última zona del descenso, le distrajeron unas sombras que cruzaron delante de él. Alzó la vista y vio unos buitres que le sobrevolaban en círculos, a escasa altura. La distracción hizo que su pie izquierdo resbalara, haciéndole caer fuertemente sobre sus posaderas. La caída no parecía gran cosa, pero al tratar de incorporarse sintió una punzada en el tobillo, tan fuerte como para hacer que se sentara de nuevo. Se vio obligado a dar una voz para llamar la atención de sus hombres, que le llevaban cierta distancia de ventaja. Pudo ver como dos de ellos dejaban los bártulos que cargaban y volvían a ascender en su ayuda. El brigada Serrano llegó el primero.

—Mi teniente, ¿se encuentra bien? ¿Qué ha ocurrido?

—Una caída tonta, nada más. Pero me temo que mi tobillo se ha resentido, por desgracia.

—Déjeme ver.

El brigada le quitó la bota y le sacó el calcetín con sumo cuidado. En efecto, el tobillo del teniente se encontraba ciertamente hinchado y estaba adquiriendo un llamativo color morado.

El soldado Luis Carral, que había llegado justo después del brigada, preguntó si debía pedir ayuda a los demás.

—No. Tratemos de bajar con cuidado —le respondió el teniente—. Solo necesito un apoyo.

Volvió a calzarse con ayuda del brigada, pero sin acordonar la bota. Se incorporó con cierta dificultad mientras Serrano le sostenía y comenzaron a descender poco a poco. Al verlos de esa guisa, el cabo López repartió el equipo a transportar entre los soldados y se unió al brigada para llevar al teniente.

El pastor tenía cara de verdadera preocupación cuando el grupo llegó a la cabaña.

—Pero vamos a ver ¿no se les puede dejar solos? —dijo.

Sentaron al teniente junto a la puerta, en el exterior, mientras el cabo entraba a por el botiquín de campaña que habían dejado dentro. Esta vez les costó un poco más sacar el pie de la bota. La hinchazón era mayor y abarcaba desde el empeine hasta el comienzo de la pierna. López aplicó un vendaje fuerte y le dejaron la pierna en alto, apoyada sobre un tocón de madera que les acercó el pastor.

—Estas cosas siempre pasan en el último momento. Maldita sea —se lamentaba Costana—. Solo levanté la cabeza un instante. Había unos buitres enormes.

—Si, los he visto —dijo el pastor—. Los lobos habrán acabado con algún corzo por la noche. Seguro.

Debatieron sobre las posibilidades que tenían. La más obvia era transportar al teniente a lomos de una mula. A Costana la idea no le agradaba, pero parecía conformarse. El cabo López discrepaba con la idea de iniciar el viaje de vuelta ese mismo día.

—Lo más sensato sería pasar otra noche aquí —dijo—. Quizá mañana no haya tanta hinchazón. Con el vendaje y la pierna en alto creo que será así.

—Si a nuestro anfitrión no le importa, prefiero que sea así —dijo Costana.

El pastor golpeó el suelo con la vara.

—¡Pues claro que *puen* quedarse! ¡El tiempo que haga falta, además!

El teniente estuvo sentado en el mismo lugar prácticamente todo el día, mientras el pastor y el brigada Serrano le hacían compañía. El soldado Herranz le acercó la comida primero, algo para merendar después y por último la cena. Al caer la noche, todos se reunieron en torno al teniente, a quien López le dijo que le vendría bien el contacto del aire frio con el pie. Todos pudieron disfrutar entonces de la exhibición que ofrecía el limpio firmamento nocturno, plagado de luces. Una exclamación de asombro se oía en el grupo cada vez que una estrella fugaz cruzaba la bóveda celeste. Nadie lamentaba el desafortunado incidente del teniente, gracias al cual podían disfrutar de semejante espectáculo. Ni siquiera el propio Costana.

La hinchazón había disminuido considerablemente al día siguiente, así que el teniente Ricardo Costana ordenó a sus hombres preparase para el viaje de regreso. Los hombres cargaron las mulas y recogieron sus enseres. Cuando estuvieron preparados, se reunieron frente a la cabaña del pastor, que les observaba apoyado en su vara.

—Señor Antonio, ha sido un verdadero placer tenerle como anfitrión estos días —le dijo Costana mientras le estrechaba la mano.

—El placer ha sido mío, señor teniente —le contestó el pastor sin soltarle la mano—. Ya sabe que *puen* volver cuando quieran. Y tenga cuidado al bajar. No se me haga más daño.

Costana sonrió y se echó a un lado cojeando. Uno a uno, todos los hombres se acercaron para darle la mano a aquel hombre, tras lo cual, comenzaron el camino de vuelta. A los pocos pasos, Costana se dio la vuelta.

—¿Sabe qué? Creo que debería darle un obsequio por el trato tan amable que ha tenido con nosotros.

Se quitó el petate del hombro, lo abrió y comenzó a rebuscar dentro hasta que dio con lo que quería.

—Ah, aquí está.

Se acercó, renqueante, y extendió la mano. El pastor tenía los ojos abiertos como platos.

—Pero, ¿cómo me va a dar usted esto? —preguntó mientras miraba el metro plegable que le ofrecía el teniente.

—Créame, no es para tanto. Puedo hacerme de algún otro fácilmente.

El pastor estiró la mano y cogió la herramienta con sumo cuidado, como si fuera un auténtico tesoro.

—Que le vaya bien, señor Antonio —dijo Costana mientras se daba la vuelta.

—¡Espere!

El teniente se volvió de nuevo hacia el pastor. Éste dio un paso adelante y le ofreció la vara.

—Le vendrá bien para apoyarse, con el pie así como lo tiene -le dijo.

—Vaya —Costana cogió el palo de madera, desgastado y ennegrecido por el uso, con la huella de innumerables jornadas en la montaña. Le pareció sumamente ligero—. ¿Está usted seguro? Un pastor no está completo sin su cayado.

El pastor sonrió de oreja a oreja.

—Créame, no es para tanto. Puedo hacerme de otro fácilmente.

Costana soltó una carcajada mientras asentía. Volvió a estrechar la mano del pastor y se dio la vuelta, haciendo una señal con la mano para indicar a sus hombres que iniciaran el trayecto. Luego los siguió, flanqueado por el brigada Serrano, mientras se ayudaba de la vara para caminar. Al rato volvió la mirada y vio al pastor, junto a su enorme mastín en el mismo sitio en el que le habían

dejado. Levantó la mano en señal de despedida y éste hizo lo propio, tras lo cual comenzaron a descender el sendero que les había llevado allí unos días antes.

—¿Y bien, señor? —preguntó Serrano— ¿Ahora qué?

El teniente Costana bajaba con cuidado por aquella terrible senda, apoyándose en la vara para ir frenando su propio peso. El sol de la mañana iluminaba los valles y las montañas que les rodeaban. Aspiró hondo el aire puro y lo soltó despacio. Respondió a Serrano sin mirarle.

—Ahora a por el siguiente, brigada.

Cinco denarios

Víctor Fuertes Melón

Cinco denarios

Víctor Fuertes Melón

Cuando hace veintiún años un pastor de la zona halló la primera moneda en tierra sudamericana, nadie se tomó demasiado en serio su aparición. La prensa y los entendidos se lanzaron a tildar el asunto de fraude, de engaño o de pura casualidad.

Aunque se reconoció sin ningún género de duda que aquel denario romano era verdadero, resultó obvio para todos que aquella moneda, accidental o deliberadamente, había terminado en el Nuevo Mundo tras la llegada de los españoles, no antes.

Poco a poco, el incidente se fue olvidando y quedó oculto por el peso de los años que lentamente caían sobre él. Los estudios posteriores que se llevaron a cabo terminaron por apuntalar aquel hecho como algo imposible.

Veinte años más tarde, apenas algunos lugareños recordaban el hallazgo del denario romano. Los historiadores que aún mencionaban el suceso eran tomados por locos por sus colegas e incluso alguno de ellos llegó a ver tambalearse toda su credibilidad cuando mencionaban el asunto. Sin embargo, a la salida del confinamiento por el COVID-19, nuevos descubrimientos desempolvaron aquel incidente.

A lo largo de un año, y con una separación de unos tres meses entre cada descubrimiento, aparecieron otros tres denarios romanos en la misma zona.

Los hallazgos surgieron a escasos doscientos metros unos de los otros y todas las monedas tenían distintas acuñaciones y valores.

El gobierno hondureño, sabedor de que estos nuevos descubrimientos sacudirían los cimientos de la ciencia, consultó a algunos de sus doctores en Historia antes de comunicar a nadie los nuevos hallazgos. Aquello no resultó fácil de ocultar, pero la prensa estaba demasiado ocupada cubriendo noticias de maras como para indagar en un asunto como aquel.

La mayoría de los expertos que el gobierno consultó juraban y perjuraban que aquello no podía ser cierto. El prestigio de sus carreras iba en ello. Nada justificaba que pudiera haber monedas romanas en un yacimiento hondureño. La única explicación que podían encontrar era la misma que otros habían dado veinte años antes.

Se estudió la zona y se hicieron análisis pormenorizados de los hallazgos con la más absoluta discreción. No cabía duda de que las monedas eran verdaderas y, por la herrumbre que mostraban, debían llevar varios siglos enterradas, pero nadie se explicaba cómo podían haber llegado hasta allí. Finalmente, los expertos llegaron a la conclusión general de que algún conquistador español las llevó consigo y las diseminó en el Nuevo Mundo, zanjando todo aquel disparate.

—Pero, ¿y cuánto tiempo llevaban esas monedas enterradas?

—Es muy difícil de determinar. Cuando tuvimos aquellas monedas en el laboratorio, por la herrumbre aparecida, al menos diez siglos, pero con la elevada humedad que hay en la zona podría haberse obtenido cualquier resultado. Si aquello fuera cierto, pasaría de ser una mera curiosidad a ser uno de los *Out Of Place Artifacts* más importantes de la historia. Ya sabe usted, un Artefacto Fuera de Lugar que pondría lo que sabemos de historia patas arriba.

—¿Entonces, tú también piensas que es algún tipo de fraude?

—Es lo más probable. Ningún investigador serio apoyaría algo que hiciese tambalear todo su conocimiento sobre historia mundial. Nunca seremos capaces de saber qué hay de verdad en todo esto. La intensa vegetación que hay

en la zona hace impensable llevar a cabo trabajos de arqueología allí. Además, ya sabe que el gobierno apenas nos proporciona presupuesto ni para tinta. Me temo que es algo que quedará oculto por la selva para siempre —sentenció el profesor.

Clara se quedó pensando mientras removía su café de media mañana. Era la primera vez que escuchaba aquella historia desde que había llegado a Honduras. Llevaba apenas unas semanas haciendo una estancia de seis meses para investigar las poblaciones mayas en aquella universidad.

Durante su doctorado en la Complutense, había estudiado yacimientos astures en el norte de España y lo escarpado del terreno, la vegetación y la orografía de la zona, también había supuesto un problema similar al que había señalado su profesor hondureño.

—¿Han barrido la zona con sensores LiDAR? —preguntó Clara.

—No, claro que no. ¿De dónde sacaríamos el *pisto*? No tenemos esa capacidad.

—Yo tengo un amigo, con el que he colaborado en mi tesis, allí en Madrid, que quizá podría ayudarnos. Si se lo comento y accede, ¿podríamos barrer la zona?

—No veo por qué no, aunque pierde el tiempo con esa patraña, señorita. Estoy seguro de que nada encontrará. Solo perderá su valioso tiempo de juventud.

La estancia de Clara se hizo demasiado corta para semejante empresa. Su estudio sobre las culturas precolombinas pasó a un segundo plano y toda su atención se centró en el asunto de los cuatro denarios. Tanto le costó conseguir que alguna institución apoyase la teledetección de la zona que, para cuando consiguió su objetivo, su estancia estaba a punto de finalizar.

Las gestiones que tuvo que realizar para emplear esa tecnología en suelo hondureño fueron aún más penosas de lo que podría haber sospechado en un inicio. La burocracia y el papeleo tardaron más de cuatro meses en mate-

rializarse. Entre las gestiones, que implicaban al Instituto Geográfico Nacional (IGN) español y la base militar que había en Honduras, los plazos fueron tan largos que, para cuando Clara lo consiguió, apenas quedaban dos semanas para que su período en la Autónoma de Honduras finalizase.

Durante ese tiempo, Clara había conocido la zona donde habían aparecido los denarios y había preguntado a la gente del lugar, pero nadie había sabido decirle nada relevante, salvo los pocos lugareños que se acordaban del primer hallazgo. Ni ellos mismos le daban al hecho la más mínima importancia.

Cuando llegó el día del vuelo sobre la zona, Clara había terminado por asimilar como suya la tesis general de que todo aquello no era más que una patraña. Cuando se desplazó al lugar junto a algunos militares españoles, ya no tenía esperanza alguna de encontrar nada. Tanto le habían dicho que aquello era imposible, que no podía ser y que solo perdía su tiempo que, finalmente, había llegado a convencerse de que todo debía de tratarse de una pueril broma de algún conquistador español en el Nuevo Mundo. Sin embargo, después de mover a tantos estamentos, ya no podía echarse atrás.

El vuelo del dron se inició sin dificultades y sobrevoló la zona fijada durante unos cuarenta y cinco minutos. El sensor LiDAR, situado en la cubierta exterior del aparato, hizo su trabajo sin generar ningún problema y el barrido concluyó sin incidentes. Sobre el terreno, la pequeña pantalla que portaban los militares no servía para discernir nada de lo que significaban las imágenes enviadas por el dron, de modo que Clara tuvo que esperar al día siguiente para que los datos fueran renderizados por el IGN en Madrid. Las perspectivas no eran demasiado halagüeñas. Aparentemente nada de lo que habían visto en la diminuta pantalla hacía sospechar que allí existiera alguna construcción o estructura humana.

Esa misma tarde, los datos fueron enviados al IGN para su transformación en imágenes con relieve que pudieran servir para detectar si bajo la vegetación, o bajo el suelo, podían advertirse estructuras arquitectónicas de algún tipo.

Clara, a cuatro días de regresar a Madrid, pasó la noche organizando su maleta. Deseaba volver. Deseaba ver a su chica y recuperar los meses que ha-

bían perdido. Lo que ella no sabía es que aquella noche sería la última que durmiese sobre un colchón. A la mañana siguiente, recibió el correo de su colega del IGN con las imágenes obtenidas por el sensor.

«Hola, Clara. No sé si es exactamente lo que buscabas, pero aquí tienes las imágenes». Ponía el escueto *e-mail*.

Clara abrió el adjunto sin demasiada inquietud mientras se preparaba un café junto a su ordenador. Al abrirse aquel archivo, las imágenes que mostraban una gama de colores grises hicieron que derramase el café que tenía entre las manos. Clara cogió su teléfono e inició una videollamada con el colega que le había mandado aquellas imágenes:

—Habías tardado demasiado en llamar. Sabes qué hora es en España, ¿verdad? —contestó un hombre joven con cara de sueño al otro lado de la pantalla.

—¿Es una broma tuya? —soltó Clara.

—Justo eso pensaba preguntarte a ti —dijo el hombre al otro lado de la pantalla mientras se frotaba los ojos.

—Venga, déjate de bobadas. Mándame las imágenes reales.

—Clara, esas son las imágenes reales. Lo que ves son los archivos que me han mandado los militares. No sé cómo lo has hecho, pero si se enteran de la que has liado para gastar una broma como esta, nadie más volverá a tomarte en serio nunca.

—¿Me estás diciendo que esas son las imágenes reales de lo que barrimos ayer?

—Sí.

—¿Quieres decirme que hay esquinas y muros bajo el suelo que escaneamos?

—Sí, Clara. Ha sido todo un juego muy gracioso. Tienes tu peristilo e incluso un pequeño foro. Muy divertido todo. Espero que te lo hayas pasado bien organizando este jueguito. ¿Puedo acostarme ya? Aquí son las tres y media de la mañana, ¿lo sabías?

—Pero ¿esas estructuras cuadradas? ¿Y esos puntos a distancias regulares?, ¿son columnas?

—Mira, Clara, no estoy para chorradas. ¿De qué población romana son esas imágenes?

—Pedro, no es ninguna broma. Son de aquí.

—Vale. Lo que tú quieras. Yo me acuesto. No son horas para estas tonterías —y el hombre cortó la conversación abruptamente.

Clara olvidó por completo la mancha de café que cubría su ropa y se puso a analizar las estructuras que se dibujaban en el renderizado. En él se apreciaba una estructura cuadrada central con unos puntos equidistantes en su interior que daban la impresión de ser columnas. Aquello formaba una especie de foro o peristilo grande. Parecía asemejarse a una estructura romana clásica. A su alrededor se encontraban una serie de estructuras con esquinas y líneas rectas, que indicaban claramente la acción del ser humano, puesto que la naturaleza no hace ángulos de noventa grados.

Las manos le temblaban mientras sujetaba el ratón del ordenador y la única cosa que era capaz de sacar en claro era que aquello no parecía seguir la estructura clásica de una población maya.

Necesitó un tiempo para asimilar aquellos datos y, cuando comprobó por segunda vez las imágenes, se decidió a mostrarlas a su responsable de tesis en la Autónoma de Honduras.

—Fredy, tienes que ver esto —dijo Clara con voz entrecortada.

El hombre que le había metido la historia de los denarios romanos en la cabeza, ya entrado en años, se puso las gafas para ver la imagen en blanco y

negro. Clara vio cómo el gesto del hombre se iba torciendo conforme analizaba la imagen.

—¿Qué es eso, señorita? —dijo, apartándose las gafas para mirar a Clara fijamente a los ojos.

—El barrido que hicimos ayer.

El hombre continuó mirando a los ojos de Clara hasta que se colocó de nuevo las gafas y volvió a observar el renderizado.

—Pero esto no puede ser. ¿Me estás gastando algún tipo de broma? —dijo el hombre mirándola por encima de sus gafas.

—Al parecer, no.

—No puede ser. ¿Estás segura de que esas fotografías son del lugar que escanearon ayer?

Clara notaba en el pecho cómo le latía el corazón. Aquella pregunta no se le había pasado por la cabeza hasta ese momento y en ese instante se planteó que quizá su tutor tuviera razón. Quizá todo se debía a una confusión en el archivo y habían enviado los datos equivocados a Madrid.

Clara no perdió un instante para comprobarlo y se dirigió al teléfono marcando el número del contacto de la base militar que se había encargado de hacer el barrido LiDAR. Ambos consultaron si había algún tipo de confusión en los archivos enviados, pero nada hacía pensar que lo hubiese habido. Contrastada la información, se dirigió de nuevo al despacho de su tutor que esperaba con ansia su respuesta.

—No puede ser —soltó el hombre al escuchar lo que Clara le dijo—. ¡Porque no, no tiene ningún sentido! Nadie nos tomaría en serio y dilapidaríamos toda mi credibilidad como historiador. ¿Cómo va a ser posible que los romanos hubiesen llegado a América antes que nadie? No, eso no puede ser cierto. Nadie corroborará su tesis, señorita y, lo que es peor nadie la tomará en serio.

—Nadie está diciendo que eso sea lo que pasó. Quizá hay otra respuesta que no se nos está ocurriendo, pero debemos salir de dudas y comprobarlo sobre el terreno.

—No. Me da igual. Usted no contará con mi ayuda ni con la de ningún otro de esta universidad. Si quiere arruinar su carrera, tendrá que hacerlo usted solita. Además, se va en menos de una semana. Olvídese del asunto, es lo mejor para todos. Todo esto no tiene ningún sentido. Solo debe tratarse de algún tipo de error.

—¡Cómo va a tratarse de un error! Las estructuras están ahí. Nadie está diciendo que necesariamente sea una estructura romana, pero está claro que ahí hay algo.

—Qué más da. Tiene toda la selva encima de esas estructuras. Jamás podrá excavar.

—Bueno, quizá haya alguna zona un poco más accesible por la que empezar y así poder comprobar a qué civilización corresponde —comentó Clara.

Aquello pareció calmar por un momento al hombre, pero en pocos segundos la conversación continuó por donde la habían dejado.

—Da igual. Aquí no ha habido jamás más civilización que la maya. No van a venir ahora ustedes a decir que hubo otra cosa, tirando por tierra todo lo que mis compatriotas han estudiado. No. Desde luego que no. No tendrá mi apoyo en esto. Ni el mío ni el de ninguna otra persona de esta universidad, se lo aseguro. Y ahora váyase de mi despacho, seguro que tiene muchas cosas por terminar de su tesis antes de regresar a España.

—¿Y vamos a dejar sin comprobar a qué civilización pertenecen esos restos sabiendo que están ahí? —dijo vociferando ella y obteniendo únicamente el gesto de un dedo extendido señalándole la puerta.

Clara, expulsada de aquella estancia, se dirigió mecánicamente, casi sin saber qué la movía, hacia su propio ordenador, donde se sentó y volvió a analizar las imágenes. Tras escrutarlas de nuevo con el más profundo detenimiento, lle-

gó a una conclusión. Aún le quedaban unos días en el país. La parte del sesgo autista que regaba su cerebro no la dejaba pensar en otra opción. No podía marcharse de allí sin averiguar qué había allí debajo, y si se trataba de restos romanos o no. De modo que, revisando las imágenes y comparándolas con el mapa de la zona que ya casi conocía de memoria, identificó una pequeña estructura cuadrada en el renderizado que se encontraba en una zona de fácil acceso. Se trataba de una estructura que, por las dimensiones, parecía poco más grande que una cama de matrimonio, de forma cuadrada y un poco alejada del resto de construcciones que se advertían en la imagen. Comparándolo con el mapa, la estructura se asentaba en una zona que parecía de fácil acceso.

Clara no era experta en historia romana, pero sabía que estructuras como aquella, alejadas del resto de construcciones, solían coincidir con construcciones relacionadas con el agua, con el grano o con una necrópolis. Fuera lo que fuera, quizá contuviera algún elemento que le permitiera zanjar la duda que se asentaba en su cabeza y discernir a qué civilización podía pertenecer aquel poblado. Como no tenía tiempo que perder, cogió cierta cantidad de provisiones, se hizo con una pala y un pico y se dirigió a la zona donde según las coordenadas, bajo el suelo, debía encontrarse aquella estructura cuadrada.

Al llegar al punto que marcaba el GPS, como ya había previsto al mirar el mapa, la zona se encontraba desprovista de vegetación selvática. Ante ella, se advertía una superficie mayoritariamente plana, de unos sesenta metros cuadrados, en cuyo centro se alzaba un pequeño túmulo, apenas perceptible.

Según sus disquisiciones, aquella elevación podría coincidir con la estructura que había marcado el LiDAR. Era fácil pensar que los continuos aluviones o flujos de lodo que estivalmente había en la zona, a lo largo de los siglos, habrían acabado por cubrir lo que fuera que hubiese allí debajo. Las poblaciones más cercanas estaban a unos dos kilómetros de allí, de modo que, sin miedo de que nadie la descubriese y teniendo ante sí solo tres días por delante para poder averiguar alguna cosa, comenzó a cavar en lo que parecía uno de los lados de aquella pequeña elevación. Eligió el que se encontraba mirando hacia donde se suponía que estaban el resto de construcciones reveladas en la teledetección y comenzó a excavar sin descanso.

Al comienzo, la tierra húmeda pudo retirarla con facilidad, pero, cuando cavó un estrecho agujero de algo menos de medio metro, le comenzó a resultar difícil retirarla. Siguió cavando hasta el anochecer y, cuando las estrellas se alzaron en el firmamento, preparó la tienda de campaña que había traído y durmió allí mismo hasta que el lucero del alba era el único punto de luz que aún quedaba por desaparecer para dar paso al sol. A pesar del cansancio, el dolor de los callos que le habían salido en las manos le habían hecho dormir muy poco.

Durante la mañana, continuó apartando tierra del lado este de aquel túmulo, con más dificultad cada vez. El sol ardía y la tremenda humedad de la zona le hacía tener que descansar cada pocos minutos. Poco antes de tomar un descanso para comer alguna de las pírricas provisiones que se había llevado consigo, su pico dio con algo duro. Aquello alejó de su cabeza la idea de llevarse algo al estómago y, con cuidado, apartando tierra con las manos, vio que se trataba de una piedra apilada sobre otra y que el canto que daba hacia el agujero que estaba excavando estaba plano. Se encontraba a un metro y medio del suelo original y conforme retiraba la tierra que se encontraba adherida a las piedras, un muro, algo tosco, aparecía ante ella.

Aquel muro no tenía nada de especial. Eran piedras más o menos rectangulares que no permitían hacerse ni la más remota idea ni de su edad ni de qué civilización podía haberlas puesto allí. Olvidadas ya las ganas de comer, continuó apartando tierra y desvelando parte del muro hasta que, de repente, su pala golpeó con una piedra más o menos plana, con forma de losa puesta en vertical sobre la pared del muro a modo de tapa o puerta. Sobresalía varios centímetros sobre los bloques que constituían la fábrica de la pared. La losa, libre por su parte superior, se clavaba en el suelo hasta una profundidad que Clara no era capaz de determinar, pero parecía claro que aquella roca bloqueaba el acceso a lo que fuera que contuviera aquella construcción cuadrada.

La humedad, el hambre y el calor la hicieron caer en un sopor irrefrenable que solo pudo paliar bebiendo, comiendo y descansado bajo una sombra. Recuperadas las fuerzas, Clara continuó cavando y cavando, profundizando alrededor de la loseta de piedra que bloqueaba el acceso, hasta poder retirarla de allí para ver el interior de la estructura. La cantidad de agua que brotaba

del suelo con cada palada dificultaba enormemente su avance y, aunque cavó hasta que las estrellas volvieron a alzarse, aquella entrada seguía estando bloqueada. Cuando la luz del sol resultó insuficiente para continuar aquel ingente trabajo, reventada y cubierta de lodo, se acostó en su tienda sin dejar de mirar el costado del túmulo que estaba desenterrando. Ante ella, se mostraba una pared de bloques de piedra de cantos lisos y en el medio del muro se encontraba un bloque de piedra que parecía guardar la entrada. Había profundizado unos dos metros en la parte media, mientras que la tierra se elevaba en pendiente por los lados del muro hasta que se unía en los laterales con el nivel del suelo. Aquella noche, ni su inquietud ni el hecho de ser el último día que estaría en el país le impidieron caer rendida por el cansancio sobre el suelo húmedo y fangoso.

La mañana llegó tan calurosa como la anterior. No tenía tiempo que perder. A la mañana siguiente debía coger el avión de vuelta y no estaba dispuesta a irse sin saber qué había allí dentro, sin averiguar si aquello pertenecía a mayas o a romanos que de alguna manera ignota habían atravesado el mundo para ir a parar hasta allí.

Cavó durante horas ante una tierra fangosa que le impedía ver el final de la losa que tapaba la entrada, pero en un momento dado de la tarde, cansada ya de no encontrar el final del bloque que hacía de puerta, usó el pico a modo de palanca hasta terminar, no sin bastante dificultad, partiendo aquella roca. Se quedaba sin tiempo, la noche se acercaba y de forma penosa, empleando el pico, consiguió abrir un espacio lo suficientemente grande como para que ella cupiese y pudiera pasar a través de él.

Los últimos rayos del día rayaban el suelo cuando Clara, armada con una linterna, se introdujo por el agujero y accedió a aquel habitáculo. Al entrar prácticamente reptando a través de la abertura que había creado, toda su ropa se cubrió del fango que anegaba el suelo de aquella estancia. Cuando se puso en pie y accionó su linterna, Clara no pudo moverse al ver lo que había en el interior. En un primer momento se quedó paralizada, pero inmediatamente comenzó a apuntar con su linterna en todas direcciones. Su mente no comprendía el puzle que tenía ante sí. No era capaz de encajar todo aquello. Lo que contenía aquella estructura no cabía dentro de sus posibilidades, pero aquello no dejaba ningún género de dudas.

Clara se encontraba dentro de lo que parecía ser un columbario. En él se encontraban doce hornacinas con unas vasijas de barro depositadas en ellas y en los arcos superiores de cada una se apreciaban los nombres escritos en latín de doce personas. Junto a ellas, justo a los pies de cada una de las vasijas, se encontraba un denario, la mayoría llevando la leyenda de Flavio Vespasiano. Clara se acercó a una de ellas y vio que junto a la moneda había una tablilla de barro que ponía «*Pro Charon*». En la cúpula del habitáculo, escrito en letras rojas desgastadas por el tiempo, se distinguía con alguna dificultad, una inscripción que decía:

«Exegi monumentum aere perennius. Vita brevior quam gloria».

—Más duradero que el bronce… la vida… más breve que la gloria —musitó para sí misma.

Clara estuvo allí dentro hasta el amanecer. No le importó el fango, ni la humedad ni la noche. Ella era en aquel columbario lo más insignificante que había. Cuando los primeros rayos de luz atravesaron la abertura por la que había reptado, tomó la tablilla de barro y el denario que estaba junto a ella y salió de aquel lugar. Tenía un vuelo que coger a Madrid en cuatro horas, pero no podía irse dejando aquel hallazgo así, descubierto, abierto y al alcance de cualquiera, de modo que sin tiempo que perder, aún cubierta de fango, se dirigió a la universidad.

Cuando accedió al despacho de su tutor cubierta de barro, dejó sobre la mesa el nuevo denario y la tablilla.

—Para Caronte. Para el barquero, eso pone —los ojos del doctor en Historia, al verla cubierta de fango y con aquellos elementos en sus manos, se abrieron con amplitud ante los objetos que Clara había hallado—. No parece una deidad maya, ¿verdad?

El profesor, inmóvil, solo fue capaz de mover la nuez de su cuello ante aquella escena.

—Allí de donde he sacado este denario, hay varios más. No voy a ser yo quien ponga todo su mundo patas arriba, y no voy a venir a tirar por tierra todo

lo que sus compatriotas han estudiado, pero quizá allí abajo haya algo que lo ponga en entredicho.

El hombre no encontraba las palabras y sus ojos miraban con pavor la tablilla que Clara había depositado sobre su mesa.

—La tablilla es suya. El denario me lo quedo para cruzar mi propio Estigia en un par de horas, por si lo necesito más adelante. Sin embargo, le dejo a usted la decisión más complicada: decidir qué hacer con el yacimiento.

El profesor continuaba sentado, en absoluto silencio, y mirando aquella tablilla.

—Usted decide si mantenerlo en secreto solo por preservar la historia tal y como usted la ha enseñado hasta ahora, o si decide revelarlo y tener el valor de hacer frente a todos los que le tildarán de loco y de embustero. O quizá sea aún peor que eso, quizá se vea en la obligación de admitir que hace más de veinte años no investigaron lo que deberían haber investigado.

Clara se volvió en dirección a la puerta. No tenía tiempo que perder si quería coger su avión, pero cuando agarró el pomo de la puerta para marcharse se giró hacia aquel hombre y añadió:

—*Vita brevior quam gloria.* Eso pone en el columbario que he descubierto. Creo que ahora le toca a usted entender el significado de esa frase.

Lubna, el topógrafo

Pedro Borregón Rodríguez

Lubna, el topógrafo

Pedro Borregón Rodríguez

El salvoconducto

Hacía ya 890 años islámicos que Mahoma migró a la Medina, *Al-Madinah al-Munawwarah*, «La Ciudad Iluminada», aunque para los cristianos, con su calendario juliano, era el año 1485. La mayoría de mis amigos no habían oído hablar nunca de Pitágoras pero, sin embargo, nadie dudaba quién fue y dónde estaba enterrado el profeta Mahoma.

Eran tiempos de guerra. Las fronteras del Reino Nazarí de Granada estaban siendo atacadas con bastante asiduidad y todo hacía prever que el dominio de los moriscos en estas maravillosas tierras estaba llegando a su fin después de más de siete siglos.

Para colmo de males, nuestro sultán Muley Hacén, se disputaba el trono con su hermano el Zagal y con su hijo Boabdil. Ya no estábamos seguros ni de quién nos gobernaba. Además, llevábamos más de dos años sin pagar el vasallaje a Castilla que pactó el sultán Alhamar en 1246 con Fernando III de Castilla y que había permitido a nuestro Reino de Granada continuar en el mapa de la península de Iberia todos estos años.

Mi padre, Issam al-Massah, ha estado siempre excusado de ir a luchar, ya que su labor como mudájar (topógrafo) era fundamental y pocos había como él en todo el reino.

Sus dos hijos, formaban con él un equipo que no podía deshacerse, igual que las flores necesitan a las abejas y los gusanos, las hojas de la morera. Boabdil, conocedor de la relación entre el topógrafo y sus ayudantes, nos había incluido a todos en el salvoconducto para no tener que ir a la guerra.

Además, es posible que Boabdil, coronado como Muhammad XII, conociera la historia de mi familia, lo que habría ayudado a la redacción de dicho documento. Esa historia es la que quiero dejar escrita en este relato, para que si algún día alcanza la transcendencia que realmente tiene, mi padre sea recordado como merece.

Rihana

Mis padres tuvieron dos hijas mellizas un año después de su boda. Mi hermana se llama Rihana, igual que mi difunta madre. Es el nombre con el que se conocen a las plantas aromáticas, como la albahaca o el perejil. Mi madre era una persona que conseguía que cualquier tarea o cualquier idea, llegara a buen fin de forma satisfactoria. Al igual que las plantas aromáticas, mi madre tenía la capacidad de convertir algo sencillo en algo que no pasara inadvertido a nadie: desde unos simples patucos, hasta un elaborado postre de almendras, pasando por la mejor forma de construir un horno para hacer el pan.

Diez años después de nuestro nacimiento, mi madre se fue, igual que el viento se lleva a los aromas. Una noche, no despertó de su sueño. No grito, no sufrió; solo se fue. A mi padre se le vino el mundo encima y gemía su ausencia como si mascara tallos de cilantro. Donde antes siempre olía a hierbabuena con mamá-luisa, ahora olía a uva fermentada.

Nosotras éramos lo suficientemente mayores como para saber que nuestra vida iba a cambiar.

Rafqa

Rafqa, una mujer que no tenía hijos, y que vivía dos puertas más arriba de nuestra casa, se ofreció a cuidarnos a cambio de unos dírhams de plata, de

forma que solo regresábamos a casa con nuestro padre para la cena que él mismo insistía en preparar. Nuestra casa estaba en una pequeña aldea llamada Lubras en el camino de Salubiniyya[1] a Granada.

El marido de Rafqa era el maestro de la escuela de Salubiniyya y había enseñado a su esposa a leer textos de todo tipo, desde el Corán hasta recetas de cocina; así que Rafqa, empezó a leernos todas las páginas que su marido tenía por casa. Nos contaba que el papel lo fabricaban en la Alpujarra granadina machacando cáñamo en talleres especializados, y que la tinta se extraía del carbón. Pronto empezamos a entender las palabras escritas en árabe y a veces, su correspondencia en castellano, ya que los bandos que llegaban al Reino de Granada desde Castilla venían escritos en ambas lenguas.

Mi padre reanudó por fin su trabajo tres meses después de enviudar, aunque algo no iba bien y nuestra casa estaba habitualmente inundada por los vapores de la adelfa o, quizás, del hachís.

Cuando Rihana y yo cumplimos doce años, mi padre dio un golpe encima de la mesa.

—Mamá ya no está. Mamá no va a volver, pero yo la siento aquí dentro —decía mi padre mientras se daba un golpe en el pecho— y sé que vosotras también. Sé que está dentro, porque me ayuda a tomar decisiones. Porque no había una mujer más lista que vuestra madre.

No era la primera ni la segunda vez que padre decía estas palabras o unas similares, pero luego, siguió hablando, y nos contó que sus ayudantes se habían marchado a la capital a buscar otro trabajo. Decían que querían trabajar como soldados y defender nuestro reino, pero mi padre nos reconoció que ese no era el motivo, sino que él mismo se había vuelto insoportable e irascible desde que murió mamá, y que la relación con ellos se volvió ya insostenible.

Entonces, guardó unos segundos de silencio y fue cuando nos propuso que dejáramos de ser niñas y nos convirtiéramos en hombres. Sí, en hombres.

[1] Salobreña.

Nos pidió que nos convirtiéramos en sus ayudantes. Decía que nadie le tomaría en serio si llevaba a dos mujeres como ayudantes.

Rihana y yo nos miramos sin saber qué responder para no ofender a papá. Pero entonces padre nos dijo que, si fuéramos hombres, podríamos ir a la escuela y mejorar nuestros conocimientos en Lengua, Matemáticas y Geometría.

Padre dijo que, si habíamos disfrutado aprendiendo a leer y escribir con Rafqa, asistir a las clases de un maestro de verdad nos iba a encantar.

Rihana me miró con una sonrisa delatora. Y yo se la devolví.

Seríamos los nuevos ayudantes de padre y asistiríamos a la escuela los días que el trabajo lo permitiera.

Mucha gente en el *hamam* de Lubras, pensaba que éramos hijas de *Rafqa*, y nosotras por no dar explicaciones nunca lo hemos negado, por lo que decidimos inventarnos una pequeña mentira, anunciando que nos íbamos durante una temporada a vivir con el hermano de Rafqa y su familia a Al-Mariyya[2].

Desde ese día, desaparecimos como Rihana y Lubna y llegamos a la escuela de Salubiniyya como hijos de Issam el Topógrafo.

Empezamos a vestir como hombres y a asearnos siempre en el río antes incluso de que saliera el sol.

Si algún vecino conocía nuestra verdadera identidad y nuestro origen, prefirió callar y aceptar de buena fe nuestra nueva situación.

Lubna

A Rihana y a mí nos encantaba tumbarnos por la noche después de la cena junto al pequeño huerto de la casa y reconocer las estrellas fijas y los planetas

[2] Almería.

móviles. Padre nos enseñaba todo lo que sabía del cielo pero, sobre todo, nos explicaba lo que no sabía, que era mucho más.

Una noche, cuando ya llevábamos tres años en la escuela, papá se levantó al terminar de cenar y fue a su habitación. En seguida volvió con un pequeño librito que nunca habíamos visto. Lo sacó de su bolso de cuero, donde guarda todo aquello de lo que nunca se separa. Se sentó a nuestro lado y abrió el libro por una página señalada con un marcador. Empezó a contarnos la hazaña que llevó a cabo Eratóstenes de Cirene antes de que naciera Mahoma, y antes incluso de que naciera el Mesías de los cristianos, mediante la cual fue capaz de calcular el radio de la esfera terrestre.

Padre cogió su pizarra de piedra y una tiza, y dibujó una esfera y su radio. Luego prolongó el radio por fuera del círculo simulando de forma exagerada el monolito que describía el libro y después, otra línea desde lo alto del monolito, inclinada hasta el suelo, marcando así la sombra que el monolito proyectaba sobre el suelo. Después dibujó otro radio más al sur y también lo prolongó fuera del círculo, simulando otro monolito a la altura del trópico de Cáncer, donde la sombra del sol en el solsticio de verano es inexistente. Por último, le dio la tiza a Rihana y le contó todos los datos que obtuvo Eratóstenes y sus ayudantes.

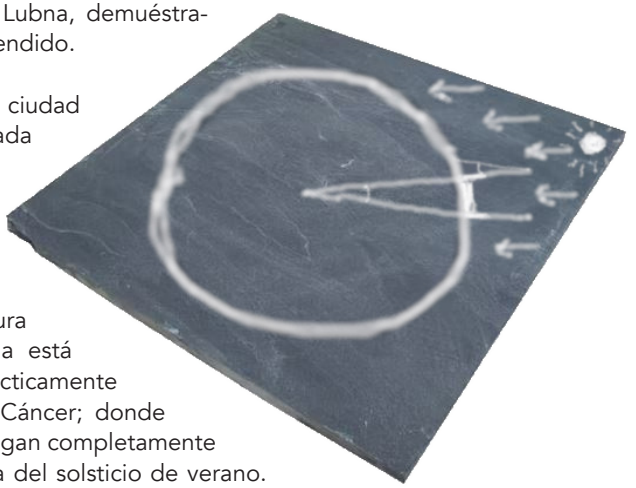
—Rihana, hija mía, ¿eres capaz de calcular el radio de la Tierra a partir de estos datos y de este dibujo?

Rihana era muy buena en Gramática. De hecho, no solo leía y escribía el árabe y el castellano, sino que era capaz de mantener una conversación fluida en la lengua de los cristianos con los viajeros que se aventuraban por nuestro lado de la frontera. Además, cuando masticaba raíz de jengibre, se le irritaban las mucosas y le salía una voz que parecía de hombre.

Cosa distinta era su poca habilidad para la Geometría. Dibujaba regular y por más que yo se lo explicara, nunca terminaba de tener claros los problemas.

—¿Padre, creo que sé cómo calcularlo, me deja a mí? —intervine yo discretamente para no poner en evidencia a mi hermana.

—De acuerdo Lubna, demuéstrame lo que has aprendido.



—Pues bien, la ciudad de Siena está situada 5000 estadios al sur de Alejandría. Mientras que Alejandría se encuentra en la desembocadura del río Nilo, Siena está en el interior, prácticamente en el trópico de Cáncer; donde los rayos del sol llegan completamente verticales en el día del solsticio de verano. En esas circunstancias, ese día, un monolito no tiene sombra, y en un pozo, la luz ilumina su fondo por muy profundo que sea. De hecho, si el pozo llegara hasta el centro de la Tierra, la luz del Sol llegaría por el pozo hasta el mismo centro.

—Correcto, Lubna, sigue… —dijo mi padre animándome.

—Mientras, en Alejandría, en el mismo instante, el monolito proyectaba una sombra y los rayos no caían completamente verticales. Prueba irrefutable de que la Tierra es redonda.

—Efectivamente hija, pero ese punto ya lo tenemos superado. Nadie pone en duda hoy en día que la tierra es redonda, igual que el Sol, la Luna y todos los planetas que constantemente vemos moverse sobre nuestras cabezas.

—Sí, padre, pero hasta ahora no sabía cómo demostrarlo —dije yo mientras prolongaba la línea en Siena hasta el centro de la circunferencia en la pizarra y posteriormente hacía lo mismo con la línea de Alejandría —. El ángulo que forman estos dos radios que salen del centro de la Tierra es fundamental, ya que si este pequeño ángulo que obtuvo equivale en la superficie de la tierra

a 5000 estadios[3], los 360 grados de la circunferencia nos dirán la longitud de toda la circunferencia terrestre y con la fórmula que aprendimos en la escuela, donde la longitud de la circunferencia es igual que 22 entre 7, multiplicado por el diámetro, podremos obtener el radio.

—Excelente. Yo no lo hubiera expresado mejor.

Padre continuó con la lectura del libro, pero leía despacio y parándose en algunas palabras. Entonces, le pidió a Rihana que le acercara sus lentes convexas para mejorar la visión.

—Padre, si me permite, yo continúo leyendo el documento —dijo Rihana.

—De acuerdo hija, tú tienes mejor vista que yo. La vista de cerca me empieza a fallar, aunque de lejos no hay quien me gane.

Rihana sonrió a padre y tras unos minutos terminó de leer el texto y dijo:

—Lo he entendido perfectamente, pero ¿cómo calculamos ese ángulo? No podemos ir al centro de la Tierra a medirlo.

Padre, orgulloso de sus hijas, estaba exaltado, y no podía contener la respuesta por más tiempo, así que dibujó en la pizarra el ángulo en el centro de la tierra con la letra griega alfa y a continuación dibujó de nuevo el mismo ángulo alfa en la sombra del monolito de Alejandría y nos dijo:

—Aquí lo tenéis. Es el mismo ángulo, ya que los rayos del Sol los consideramos siempre paralelos porque la distancia de la Tierra al Sol es inmensa. Eratóstenes midió con su círculo graduado 7,2 grados en Alejandría que, sustituyendo en la fórmula de Lubna, nos da una circunferencia de 250 000 estadios (unos 40 000 kilómetros) y un radio de 39 789 estadios[4].

[3] Unos 800 kilómetros.

[4] 6366 kilómetros.

Issam

En cuanto salíamos por el zaguán de la casa, cambiábamos los nombres de Rihana y Lubna por Rashid y Luqman, y vestíamos una chilaba con una capucha que nos cubría el pelo. Las dos llevábamos el pelo corto como los hombres, aunque solo lo mostrábamos en público cuando era imprescindible.

Padre nos enseñó pacientemente el oficio de la topografía, advirtiéndonos de que los datos hay que tomarlos siempre por duplicado o por triplicado, porque un pequeño error puede echar por tierra el trabajo de toda la jornada.

Casi siempre trabajábamos en el valle del rio Wadi al-Hawf[5], en el delta de su desembocadura y en las tierras que suben hasta la Alpujarra o hasta el valle de Iqlim al-Basharat[6].

La especialidad de padre era la nivelación. Nivelaba el terreno para diseñar por donde debía entrar y salir el agua, permitiendo así el riego a toda una parcela, pero, sobre todo, se encargaba de calcular todo el trazado de las nuevas acequias que debían llevar el agua desde los manantiales y los ríos hasta el último pedazo de tierra del reino. Estos trabajos, requerían de muchas horas de caminata transportando instrumentos pesados, así que, a mi hermana y a mí, se nos formaron unas piernas y unos brazos más fuertes que los de muchos chicos del pueblo.

Boabdil

En el año juliano de 1485, mi hermana y yo ya teníamos 30 años, y nos habíamos convertido en topógrafas, cartógrafas, astrónomas y filósofas, aunque padre no dejaba nunca que nos separáramos de él más de la cuenta, por lo que nuestro futuro estaba muy limitado. Soñábamos con viajar y visitar ciudades como Toledo o Florencia, conocer a sabios de renombre, ver un ma-

[5] Guadalfeo.

[6] Valle de Lecrín.

pamundi y estudiar las famosas tablas alfonsíes con la descripción y posición de las estrellas.

A pesar de ese anhelo, podíamos sentirnos afortunadas. Nunca nos faltaba el trabajo y podíamos permitirnos comodidades que la mayoría de los vecinos no tenían. Esto era así, porque nuestro cliente más habitual era el propio sultán, ya que gran parte de las tierras eran de la Corona. En algunas ocasiones, tratábamos directamente los proyectos con su hijo Boadbil, por lo que habíamos entrado en el castillo de Salubiniyya en varias ocasiones.

La biblioteca personal de Boabdil era pequeña pero extraordinaria. Y entre los objetos y documentos que albergaba se encontraba una obra de Al-Biruni, un destacado erudito de Persia que vivió hace ya más de 400 años.

Boadbil había leído su obra, aunque creo que no terminaba de entenderla muy bien. Lo que sí había sabido interpretar es que, aunque calculó el radio de la Tierra con un método distinto al de Eratóstenes, al final había llegado prácticamente al mismo resultado.

—*Al-hamdu Lillah, Issam al-Massah* —nos saludó Boabdil delante de una gran mesa de madera—. Os he hecho llamar porque necesito vuestro consejo.

Boabdil se refería a mi padre y a nosotros, sus ayudantes. Me temblaban las piernas de pensar que éramos tan bien valoradas como para que el mismo Boabdil nos pidiera consejo y, a la vez, por temer dar una respuesta equivocada.

—Hace unas semanas me han llegado noticias de que los cristianos quieren ir a las Indias navegando hacia el oeste. Un tal Cristóbal Colón está intentando convencer a sabios y a reyes de que el viaje es posible, pero es imposible. Si la distancia por el este hasta Cipango (Japón) es de unos 147 grados de la circunferencia de la Tierra, la distancia por el Oeste sería de 360 menos 147, lo que nos da 213 grados. Que equivalen a unos 150 000 estadios[7] ¿Qué barco puede recorrer esa distancia sin quedarse sin víveres por el camino?

[7] 24 000 kilómetros.

Rihana dio un paso adelante, después de hacer un gesto pidiendo permiso a padre para hablar, y dijo:

—He leído en varios textos, que navegantes africanos han llegado a tierra viajando hacia el oeste, por lo que seguramente es posible repostar en alguna isla en el camino y luego continuar el viaje a las Indias. Quizás no sea una idea tan descabellada.

—Eso que dice es cierto, amigo Rashid. Yo también he oído esas leyendas, aunque realmente no sabemos la posición de esas islas. Pero, permitidme que os cuente algo más…

Boabdil, se volvió hacia su mesa, y nos pidió que nos acercáramos. Tenía desplegado un mapa con todo el mundo conocido, elaborado por Ptolomeo.

Por supuesto, mi hermana, mi padre y yo conocíamos la obra de Ptolomeo y su teoría geocéntrica del universo sobre la que tantas discusiones habíamos tenido.

También sabíamos que Ptolomeo había hecho sus propios cálculos sobre el radio de la Tierra. Y sabíamos que, según esos cálculos, la Tierra era mucho más pequeña de lo que Eratóstenes y Al-Biruni habían calculado.

—Esta es una copia del mapa que Cristóbal Colón lleva consigo. Según este mapa, la distancia hasta las especias es mucho menor, pero ¿Cuál es el mapa correcto? —nos consultó Boabdil.

En esta ocasión fui yo, la que después de pedir permiso, expresé mi opinión.

—Príncipe Boabdil, si a mi padre le parece bien, yo me comprometo a repetir el experimento de Al-Biruni desde el pico más alto de la sierra de Granada. De esa forma, podremos salir de dudas.

Boabdil me miraba fijamente a los ojos. Pero no me veía. Tenía la mirada mucho más lejos. Parecía tener la cabeza en otro lugar o en otros pensamientos. Transcurrido unos segundos que a mí se me hicieron interminables, dijo:

—Me parece una idea estupenda, Luqman. Necesito urgentemente algo con lo que negociar con los cristianos y si lo consigo, mi padre recuperará la confianza en mí, *Insha'Allah.* Haz una lista con todo lo que necesites y lo tendrás para que partáis lo antes posible.

Dos días después, el día 14 de junio de 1485, partíamos con cuatro mulas de carga para trasladarnos a nosotros y a todo el instrumental en dirección al pico más alto de la sierra, al que llamábamos *Jabal althalj*[8]. Nos acompañaban dos soldados para protegernos por el camino a nosotros y a la bolsa de monedas de plata que nos pagaron por adelantado. A la vuelta tendríamos otra bolsa igual, pero de oro, si conseguíamos realizar nuestra campaña. Los soldados nos entregaron un salvoconducto que nos permitiría ser bien recibidos en nuestro camino, y un segundo documento que mi hermana aprovechó para leernos cuando los soldados se alejaron para dar de beber a sus caballos:

Estimado Issam. Seguramente habréis escuchado rumores referentes a mi debilidad por las mujeres. Ciertamente, las tengo en buena estima y charlo y me divierto a menudo con las que me rodean. No quiero pecar de experto en la materia, pero sí quiero decirle que siempre he sospechado de la verdadera naturaleza de Luqman y Rashid. He hecho mis averiguaciones con discreción y todo encaja. No envidio su situación, pero quiero que sepa que posee dos tesoros y que tomó una decisión acertada. Siempre que esté en mis manos, os protegeré a vos y a vuestra familia.

—Padre, todo el mundo lo sabe —dije yo mientras le cogía de la mano—, la gente no dice nada porque cada uno tiene sus problemas y nosotros no hacemos mal a nadie, pero después de tanto tiempo lo debe de saber todo el pueblo.

—Si me dejáis, continúo leyendo, porque el documento dice más cosas —protestó Rihana—.

Necesito que llevéis a cabo una tarea para mi padre Muley Hacén. Esta misma mañana he recibido un correo suyo en el que me dice que viene hacia Salobreña, camino de Almuñécar. Dice que cada día está más débil y que

[8] La Montaña de Nieve.

su final se acerca. Me ha pedido que busque un lugar en lo más alto de la sierra de Granada donde cavar su tumba mirando a las estrellas y orientado hacia la Meca, y que señale en un mapa dicha localización. Aprovechando vuestro viaje y vuestros conocimientos, confío en que sabréis encontrarle el sitio ideal.

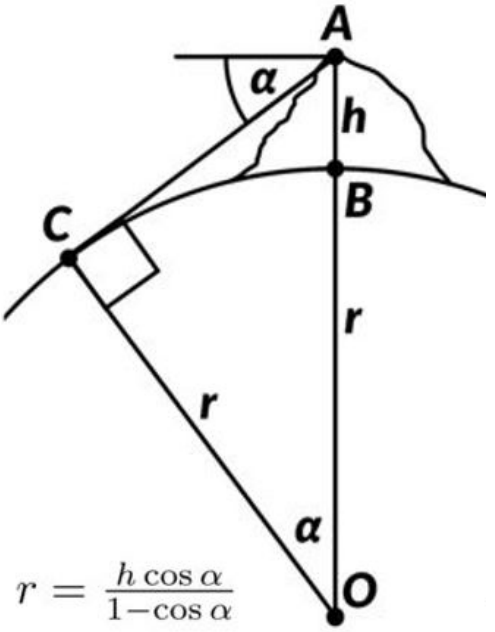


Imagen derivada de
https://muslimheritage.com/the-science-of-al-biruni/

Ahora sí que me temblaban las piernas de verdad y tuve que sentarme unos minutos. Boabdil nos encomendaba la misión de buscar y orientar la futura tumba del sultán Muley Hacén.

La excitación que tenía encima por los encargos que habíamos recibido había conseguido poner mi cabeza a trabajar a toda velocidad. No podía defraudar al mismísimo sultán, así que empecé inmediatamente a diseñar la forma de llevarlo a cabo.

Para poder reproducir los cálculos de Al-Biruni era necesario conocer la altura de una montaña, desde la que se observase el mar en el horizonte. Y desde lo más alto, nivelar un cuadrante, para medir el ángulo entre la horizontal y la depresión del horizonte sensible.

La clave del éxito del trabajo era la de conocer h, la altura de la montaña con la mayor precisión posible y medir α, el ángulo de depresión al horizonte con la mayor exactitud.

—Padre, siento haberle metido en esta situación, pero estoy convencida que lograremos obtener un dato fiable —dije, intentando levantar el ánimo del equipo.

—Más te vale, hermana, está en nuestras manos el futuro de nuestro pueblo.

—Hijas mías. Si de algo estoy seguro, es de que he sido bendecido con las dos hijas más inteligentes y capaces de todo el reino. Vamos a llevar a cabo nuestro cometido y que sea lo que el Dios único quiera.

—Padre, estos días he revisado más de una década de trabajos y cálculos de desnivel que hemos hecho desde la playa hasta el nacimiento de la acequia Alta de Capileira, que toma su agua en el rio Seco, y que es la más alta que hemos medido. El desnivel total obtenido es de 3077 codos reales[9]. Ya solo nos queda nivelar el último tramo, el más empinado, hasta llegar a la cumbre.

Al-Biruni calculó la altura de la montaña por trigonometría, observando la cumbre desde dos puntos a nivel del mar uno más cerca y otro más lejos, pero padre y yo habíamos hablado varias veces sobre la calidad del dato obtenido y la necesidad de disponer de instrumentos más precisos para emplear ese método, por lo que habíamos decidido hacerlo por nivelación geométrica, aprovechando que era nuestra especialidad y que teníamos gran parte del trabajo hecho.

El punto más alto al que llegaban nuestras mediciones, junto a la toma de la acequia Alta, distaba de la cumbre en unos 62 estadios[10].

Padre me miró durante unos segundos y dijo:

—Calculo que necesitaremos unas 15 jornadas para realizar todas las mediciones.

[9] 2000 metros sobre el nivel del mar.

[10] Casi 10 kilómetros.

—Padre, añade algunos días más, porque arriba el viento será más fuerte de lo habitual e iremos más lentos.

Seguimos la marcha junto al rio Wadi al-Fáyyu hasta llegar a los llanos del pueblo de Órgiva. Allí hicimos noche en una posada de arrieros, y mi padre y yo diseñamos la estrategia que íbamos a llevar a cabo.

Mi hermana se fue con los dos soldados en busca de un famoso comerciante de sedas que, aprovechando que la producción del hilo de seda estaba en su máximo auge después de la primavera, estaba segura de encontrar en el pueblo cerca de su fábrica.

A Rihana le sorprendió ver que, aunque el comerciante tenía un amplio local donde almacenar el producto, realmente la fábrica se repartía por todo el pueblo, ya que había hilos de seda colgados en casi todas las calles. En esa época, mucha gente en el pueblo se dedicaba a sacar hilo de los capullos, extenderlo y liarlo en madejas.

Rihana buscaba a Hernando el Habaquí, porque realmente fue él quien le contó la historia de los africanos que habían viajado hacia el oeste y encontraron tierra.

Un par de años atrás estuvimos nivelando las fincas de Hernando para poder plantar más árboles de morera; el negocio iba muy bien y la seda de la Alpujarra era muy apreciada en la alcaicería granadina.

Hernando vino a recibir a Rashid en cuanto le avisaron de su visita. Se asustó al verle acompañado de soldados de la guardia real, pero después de contarle toda la historia y de ponerle al corriente de la necesidad de negociar con los cristianos, puso mucho interés en aportar toda la información que tenía.

Hernando le contó que existe una leyenda sobre navegantes africanos, que hace más de 400 años volvieron a casa diciendo que habían llegado a tierra surcando el mar infinito hacia el oeste y habían encontrado hombres y mujeres con otras lenguas desconocidas. Dice la leyenda que llegaron a una

playa tranquila y serena a la que llamaron Surinan[11], y que entregaron lanzas de aleación de cobre a cambio de comida para poder regresar. Entre las frutas que trajeron había una jugosa y deliciosa que intentaron sin éxito cultivar de vuelta en sus tierras de origen que se llamaba ananás.

Después le habló de un rey o mansa africano llamado Abubakari II, del país de Mali que, hace unos 200 años, cansado de conquistar todos los territorios a su alrededor, llevó a su ejército en busca del fin del mundo navegando hacia el oeste para conseguir mayor gloria. De una primera expedición solo volvió un barco diciendo que una cascada gigante había acabado con el resto de los barcos. Y en una segunda expedición, en la que fue el propio rey, no volvió nadie.

Rihana no sabía qué creer de todo lo que había escuchado, aunque sí sacó la conclusión de que no sería ella la que navegaría en busca de las Indias.

Cuando regresó a la posada, Rihana nos contó toda la información recabada por el comerciante, que había viajado por medio mundo y que había escuchado historias de toda índole. Rihana nos explicó que las leyendas se construyen normalmente sobre un hecho real, aunque luego se exageren o se adapten al interés propio del que la cuenta, por lo que es posible que efectivamente hubiera tierra firme antes de llegar a las Indias.

Al amanecer del cuarto día, viajamos hacia Capileira, disfrutando de la belleza exuberante de los campos, las gentes y los pueblos de la Alpujarra. Allí hicimos noche y a la mañana siguiente, antes incluso de salir el sol, emprendimos la subida hacia la toma de la acequia Alta.

Llegamos antes del mediodía, y desplegamos todo el instrumental aprovechando que el tiempo era muy agradable. Los soldados montaron el campamento provisional, que cada día desmontaban y volvían a montar cada vez a mayor altura.

Para medir el desnivel empleábamos un instrumento llamado nivel de agua. Se trataba de una rama o tronco fino y perfectamente recto de pino negro de unos 2 codos de longitud, a la que se le había practicado un surco en

[11] Serena.

el interior y se había tratado con una resina para impermeabilizarlo. La madera se colocaba orientada en línea con el punto anterior y con el siguiente siguiendo la pendiente del terreno, y se apoyaba sobre una mesa de tres patas que tenía en el centro un artilugio con una rueda dentada que se hacía girar con una manivela para nivelarla. Se vertía agua en el surco y se giraba la manivela hasta conseguir que el agua en el interior de la madera estuviera repartida exactamente igual en ambos extremos. Había unas marcas en los extremos para asegurarse que el agua llegaba justo a la marca.

Padre nivelaba el instrumento y nosotras colocábamos unas varas también perfectamente rectas, en este caso de madera de ciprés, que estaban grabadas de arriba abajo. Las maderas tenían un pequeño artilugio con dos pequeñas pesas formando un ángulo de 90 grados, y cuando la vara estaba perfectamente vertical, esas pesas estaban pegadas a la vara y solo separadas por el grosor de una uña.

Padre se colocaba en un extremo del nivel y miraba por encima de toda la madera trazando una línea imaginaria que prolongaba hasta la vara de atrás. Con señas, nos decía que subiéramos o bajáramos un cordón plateado hasta que llegaba al punto donde la línea imaginaria tocaba a la vara.

Después padre, se colocaba en el otro extremo del nivel y repetía la operación, visando la vara de delante, donde también marcábamos con el cordón la posición.

La que estaba con la vara de atrás, se acercaba a la de la vara de delante y medíamos la diferencia de altura entre las dos varas graduadas midiendo en codos y fracciones de codo. Cada codo estaba dividido en 60 subdivisiones.

La que estaba con la vara de delante se quedaba quieta mientras padre vaciaba con cuidado el agua del nivel, desmontaba el instrumento y se colocaba en una nueva posición monte arriba. La de la vara de atrás pasaba a convertirse ahora en la de la vara de delante, y así cientos de veces.

Por fin, después de veinticinco días, llegamos a la cumbre. Tuvimos seis jornadas perdidas porque el viento no nos dejaba ni ponernos en pie, pero, por fin llegamos a la cima.

Mientras que padre se dedicaba a preparar el cuadrante para replicar las mediciones Al-Biruni, yo terminaba de calcular la suma de todos los desniveles que habíamos realizado.

—La altura de este pico es de 5354 codos[12] —dije, después de repasar tres veces todos los cálculos.

—Es más alto de lo que pensaba —dijo padre.

—Creo que he encontrado un sitio ideal para que Muley Hacén pueda subir directo al paraíso —dijo Rihana—, es un sitio estable y protegido de los vientos.

—De acuerdo hermana, voy a grabar la piel de cordero que nos dio Boabdil, y dibujaremos un mapa con la posición de la tumba.

Mientras mi padre repetía la medida del ángulo α de la depresión del horizonte sensible durante una hora casi diez veces, para quedarse con el valor medio obtenido de todas sus observaciones, yo dibujé un mapa en el que grababa la posición de Granada, los pueblos de la costa y los picos, ríos y caminos que desde nuestra elevada posición podía ver. Después añadí más elementos, copiados de un pequeño mapa del reino, que mi padre tenía desde hace muchos años.

Cuando estábamos seguros de haber recogido todos los datos de campo que eran necesarios, empaquetamos los instrumentos y nos acercamos a la zona que Rihana había determinado para la tumba del sultán.

Mi padre dejó fuera las dos varas graduadas, su brújula y su cuaderno de cálculos.

El lugar escogido por mi hermana nos pareció perfecto, así que clavamos una de las varas, y la sujetamos con las piedras del lugar. Después, mi padre calculó el rumbo que desde la posición de la vara debía tener la Meca, y nos indicó exactamente dónde debíamos clavar la segunda vara. Entre las dos

[12] 3480 metros.

varas se realizaría el enterramiento perfectamente orientado. Yo abrí el mapa que había grabado y marqué una cruz en la zona donde habíamos decidido localizar el enterramiento y mi hermana escribió con preciosa caligrafía el nombre de Muley Hacén, primero en árabe y luego en castellano. Debajo escribió: «5354 codos sobre el mar».

Por desgracia, nunca se enterró a Muley-Hacén en esa posición.

El Zagal

El tío de Boabdil, y hermano de Muley Hacén, al que todos llamábamos El Zagal, dominaba ya la zona de Guadix, Málaga y Almería. Realmente nadie entendía por qué se peleaban dentro de la familia, en vez de unir fuerzas contra los cristianos.

Después de varias semanas sin dormir bajo techo, por fin, pudimos disfrutar de las pequeñas comodidades de una casa en Capileira.

Allí terminamos los cálculos del radio y circunferencia de la Tierra y, aunque el resultado fue algo mayor que el obtenido por Eratóstenes, lo cierto es que ambas cifras eran bastante similares, por lo que pudimos concluir que el mapa que llevaba Colón para convencer a los reyes Isabel y Fernando era erróneo en sus cálculos.

Esta información sería una carta en la manga para Boabdil al que le encantaría recibir los resultados. Pero, desgraciadamente, esta información nunca le llegaría.

Esa misma noche, cuando estábamos sentados a la mesa, irrumpieron varios soldados en la casa y nos detuvieron a todos. Incluso a los dos soldados de Boabdil. Nos dijeron que, en nombre de El Zagal, desde ese momento formaríamos parte de su ejército y nos convertiríamos en topógrafos de guerra. Recogimos apresuradamente nuestras pertenencias y los instrumentos de padre, pero el mapa que marcaba el punto del enterramiento de Muley Hacén quedó olvidado en algún lugar de aquella casa.

Nunca más volvimos a nuestra casa de Lubras, ni tampoco volvimos a ver la maravillosa ciudad de Granada.

Pasamos varios meses luchando en las Alpujarras contra Boabdil, aunque no tardaron mucho tiempo en darse cuenta de que nuestro entusiasmo para derrotarle era nulo y que éramos poco útiles en su ejército. Poco a poco, El Zagal perdió interés en nosotros y en cuanto tuvimos una oportunidad, terminamos huyendo a un pueblo en la costa, cerca de Al-Mariyya. Desgraciadamente. tuvimos que salir con lo puesto y abandonar nuestros bolsos e instrumentos.

Adecentamos una construcción semiderruida y allí vivimos durante varios años, hasta que los cristianos tomaron Granada y mi padre decidió que debíamos buscar mejor fortuna en Marruecos.

Mi padre ya estaba bastante enfermo antes de iniciar la travesía en la pequeña embarcación que pudimos permitirnos. Era el mes de enero de 1492 y la brisa del mar soplaba fría como la nieve. Cuando llegamos a las costas de África, padre tenía fiebre muy alta y deliraba. Decía que teníamos que habernos quedado en Granada, su tierra, la de sus padres y la de todos sus antepasados.

Con sus últimas palabras nos pidió perdón por habernos hecho hombres y dijo:

—*Insha'Allah,* que en un futuro cercano un hombre y una mujer sean valorados por su intelecto y no por su sexo.

Fez

Dos años más tarde de la muerte de padre, mi hermana y yo habíamos rehecho nuestras vidas en la ciudad imperial de Fez. Conseguimos encontrar trabajo en la universidad y vivíamos en una preciosa casa en la Medina. Sospecho que, de alguna forma, el propio Boabdil intercedió para facilitarnos las cosas.

Rihana, vestida de mujer, trabajó traduciendo al árabe textos en castellano, latín y griego, para los estudiantes de la universidad.

Yo, Lubna, vestida también de mujer, trabajé como ayudante de bibliotecario en la universidad. Trabajaba ordenando y catalogando libros y mapas fuera del horario de los estudiantes, todos hombres. Sobre el año 1514, llegó a la biblioteca un mapa del sur de España del navegante y cartógrafo español Juan de la Cosa, en el que venía marcado el pico más alto de la península con el nombre: Mulhacén, 5354 codos reales.

Posfacio

La historia que se cuenta en estas páginas es totalmente inventada, aunque pudiera ser que fuera totalmente real.

Los personajes famosos que se mencionan existieron en la época en la que se desarrolla este relato.

Los acontecimientos históricos ocurrieron, sintetizando mucho, de forma similar a lo aquí relatado.

Los topógrafos que contribuyeron a realizar increíbles obras de ingeniería hidráulica existieron sin duda.

Las mujeres tenían vetada la asistencia a las escuelas formales y solo estudiaban si eran de familias nobles y normalmente en casa con profesores particulares.

Cristóbal Colón murió en 1506 pensando que había llegado a las Indias por el oeste. Nunca llegó a saber que había descubierto un nuevo continente.

Tiempos de piedra y sal

Juan Carlos Lespada

Tiempos de piedra y sal

Juan Carlos Lespada

Desde las ventanas poco iluminadas de Ushuaia, casi en el fin del mundo, sobre la frontera fría con el hielo y la soledad, las viejas estarán diciendo:

—Ahí va otra vez, caminando despacio hacia la punta de piedra que da al mar.

Se preguntarán qué hace ese extraño, envuelto en un abrigo largo y un sombrero oscuro que oculta gran parte del rostro, mirando al horizonte el día entero.

Nadie en el pueblo sabe exactamente de dónde vengo ni cuál es mi verdadero nombre; solo me conocen como «el Vigía». Así me han bautizado, porque cada 15 de noviembre, regreso a esta misma orilla a retar al mar. Su inmensidad guarda tesoros incontables para el mundo, misterios e historias infinitas. Pero yo lo miro con rabia, con desesperación y con dolor.

Le grito y me grito a mí mismo, como si, mezclado entre este viento helado que me corta la carne, pudiese llevarse mi culpa junto a mis alaridos desencajados, Como si, al desatar estos gritos desgarrados, abrigara la esperanza de atenuar esta herida de recuerdos que me pesa y no me deja partir en paz.

Estás viejo, Emilio, me digo. Sí, viejo desde hace demasiados años. Viejo, como si siempre lo hubiese sido, viejo como si fuera a serlo por toda la eternidad.

Descubro mi rostro, miro hacia el infinito del oleaje y me convierto en una escultura helada sobre el espigón, afinando el oído. Dirán, no sin razón, que estoy loco, pero a veces alcanzo a escuchar sus voces. Es como si quisieran regresar del vasto desierto del mar; como si estiraran sus dedos desde las profundidades despiadadas de los abismos, desde el lecho del cañón submarino que recibiera sus cuerpos y lanzó sus almas al misterio; como si necesitaran un abrazo cálido para resignarse al adiós.

Tengo que contar esta historia, porque la muerte me anda rondando y no quiero que se pudra dentro de mí como un pedazo de roca incrustado que hace cada vez más daño.

Tal vez, cuando yo no esté, alguien se atreva a reemplazarme y venga a esperar, a gritarle al viento helado de la costa y a exigirle al mar que los devuelva; alguien lo suficientemente vacío de cordura, que esté dispuesto a tomar mi lugar como vigía.

Sí, ya sé, posiblemente no se entienda lo que expreso de esta manera, pero me meteré en la historia, mientras el viento intenso de esta Patagonia implacable, amenaza con arrancarme el alma y el sombrero.

He nacido lejos de aquí, en la región de Cuyo, en la tierra de los desiertos, como la llamaban los huarpes. Cuyo: soledad, viento zonda polvoriento y caliente, amaneceres limpios… Cuyo, cuna y origen. Y, sin embargo, cada año vengo al sur, al hielo y el frío, a este otro desierto, a desafiar al océano salado, ladrón de pasiones.

Pareciera que los desiertos me llamaran, que yo fuera parte de ellos, como si mi corazón estuviera áspero y desolado, esperando siempre lo mismo, sin saber nunca qué.

El submarino. Parque Nacional Ischigualasto (Lugaresparavisitar.com.ar)

En los paisajes áridos de Cuyo, bajo un cielo que parece eterno, nació José Chapanay. Dicen que era descendiente de un cacique huarpe y que estaba emparentado con una montonera que se jugó la vida por los pobres en las guerras civiles argentinas del siglo XIX. Aprendió desde pequeño a vivir con la adversidad, luchando contra los elementos y la pobreza, soñando siempre con un horizonte más allá del desierto. Creció en una familia humilde que le enseñó el valor del esfuerzo y el sacrificio (eso tienen los más necesitados, la pobreza no les impide los sueños, ni disfrutar de las pequeñas alegrías). Mientras ayudaba a su padre en las ásperas labores del campo y cuidaba de sus hermanos menores, casi sin saberlo, se le prendió un sueño en el alma: el mar. Soñaba con el mar a pesar de que nunca lo había visto. Nunca había sentido su sal en la piel. Y, sin embargo, quería sumergirse en él, explorar sus entrañas.

¿De dónde le había nacido esa pasión, a él, un niño criado en la cordillera, entre montañas? Nunca lo supo.

Desde pequeño, entendió que nada es gratuito en la vida y que si quería lograr sus quimeras tendría que arar el destino día a día, como se ara la tierra, y estar dispuesto a hacer todo el trabajo que fuera necesario para alcanzarlas.

Para ir a la escuela tuvo que recorrer largas millas de caminos pedregosos, muchas veces bajo un invierno inclemente. De noche estudiaba bajo la luz de una lámpara de querosene, mientras el viento del desierto golpeaba las paredes de su casa. José se repetía «No seré una sombra errante». A pesar de las dificultades cada día, paso a paso, sentía que se acercaba un poco más a aquello que sus ansias le reclamaban.

Su padre, campesino, criador de cabras y entendido en las tareas de vendimia, vio ese empeño y tomó una decisión trascendental: llevarlo a vivir a San Juan para que cursara la escuela secundaria. Así fue como José llegó a mi casa.

En la ciudad me conocen como el Profesor Emilio, apasionado por la geología.

Nuestra casa natal es grande, de construcción robusta y espaciosa, con muchas habitaciones. Con Denise, mi esposa, no habíamos tenido hijos por lo que decidimos acoger cada año a tres o cuatro niños provenientes de la cordillera, para que pudieran realizar sus estudios. Poco podían pagarnos los padres, además de carne de cabra, quesos, algunos vegetales y dulces. Pero no necesitábamos mucho, pues para nosotros bastaba con verlos crecer, buscando nuevos horizontes.

La tierra, la montaña, te llama a conocer sus entrañas y una vez que te conquista, se genera un nudo tan fuerte entre la tierra y tu alma, que nunca se puede desatar. Denise y yo amábamos nuestro terruño y nos sentíamos bendecidos de haber nacido allí.

Siempre llevábamos a los niños en nuestras expediciones, transmitiéndoles sin querer ese amor por la tierra y sus misterios. Algunos lo olvidaban. José lo tomó.

José era el hijo mayor de un amigo de la infancia, me impresionó la pasión de su mirada, la firme determinación con que enfrentaba su vida, su capacidad para absorber conocimientos y su tenacidad para buscar soluciones y respuestas. Me recordaba a mí mismo. Por eso que puse tanto empeño en él.

No tardó en ocupar en la casa un lugar especial. Me llamaba «padrino».

En el patio de la casa debajo de un algarrobo, mi abuelo había construido un banco grande y rústico de madera de álamo. Parecía un lugar hecho para los cobijar nostalgias y a aquellos que tenían necesidad de consuelo. Cuando su padre venía a la ciudad, pasábamos horas los tres, sentados allí

mirando hacia los Andes, como si quisiéramos partir la montaña en pedazos, intentando adivinar qué sería de nuestras vidas...

José era brillante, pero extremadamente humilde, callado y solitario. A veces, mientras los otros chicos jugaban en el patio, lo encontraba en el rincón más oscuro de la casa, en silencio, sentado en el suelo con las piernas cruzadas y ese fulgor en la mirada, pensando quién sabe qué cosas, mirando un punto invisible en el aire. Soñando. Soñando con el mar, el mar, siempre el mar...

En ese año también habíamos recibido a Lucía, huérfana de madre, hija de un pariente de Denise, dueño de una bodega y de buena posición económica. Por razones laborales debió trasladarse a Buenos Aires, confiándonos a su hija para que la acompañáramos en sus estudios secundarios de tecnicatura en Minas.

Lucía era una joven alegre, bulliciosa, de espíritu libre y sonrisa brillante, que sentía pasión por la montaña.

Desde el primer instante, ambos adolescentes, al filo de la juventud, sintieron una conexión que desafiaba las palabras.

Lucía había desarrollado un vínculo profundo con la tierra. Por eso su padre había preferido que permaneciera allí y no en la gran ciudad. Solía pasar horas observando las formas irregulares de las montañas. Su amor por la topografía y la cartografía había nacido una tarde cuando, explorando en los sótanos de la bodega paterna, encontró un antiguo mapa, dibujado por quién sabe quién, que detallaba los ríos secos y los oasis secretos del desierto y un antiguo anillo de bronce, que desde entonces llevaba alrededor del cuello.

Los jóvenes aman los misterios y se casan con ellos, más allá de lo racional.

Así era también el sueño de José con el mar. Siempre le decía: «Hay cosas del destino que una persona puede manejar y cambiar, y otras que son inexorables y nada puede uno hacer para evitar que sucedan. Si el mar te llama, al mar irás».

Entonces sonreía.

Desde su primera conversación bajo el cielo estrellado de Cuyo, José y Lucía encontraron en las ciencias de la tierra y el mar un terreno común.

Era frecuente verlos alrededor de ese mapa, ajado y viejo, tratando de descifrar aquellos trazos sobre el papel que para ellos eran más que líneas: eran puertas a mundos ocultos. Yo siempre trataba de colaborar acercándoles algunas lecturas y guiándolos en nuestras excursiones de exploración de campo.

Compartíamos un amor único por la Tierra y los enigmas que ésta guardaba, una unión que venía de lejos y que, en retrospectiva, ojalá pudiese haber evitado.

Me convertí en el mentor de ambos. Fui quien les inculcó el amor por la sismología, la geografía y los misterios de la tierra y el mar. Llevo ese peso de culpa por haber incentivado la curiosidad de ambos hacia caminos tan inciertos y peligrosos.

En mis clases, solía hablar apasionadamente sobre las fallas tectónicas del océano y los volcanes submarinos, temas que despertaban la fascinación de José y Lucía, que se metían de polizones en mis clases de la universidad.

Nuestro pequeño taller estaba lleno de mapas antiguos y modelos tridimensionales de la corteza terrestre, que ambos estudiaban con avidez.

Lucía era también una apasionada de la sismología; en sus ratos libres, estudiaba las fallas tectónicas que cruzaban la región cuyana, y las relacionaba con su mapa, intrigada por los movimientos que, invisibles a simple vista, moldeaban el mundo. José, por su parte, estaba fascinado por los volcanes inactivos del desierto marino, esos gigantes dormidos que aguardan en silencio, sobre todo en la Cuenca de Yaganes.

Ambos encontraron en las ciencias de la tierra y el mar un terreno común. Su relación se fortaleció entre conversaciones profundas, largas lecturas sobre los misterios que se ocultaban bajo la corteza terrestre. Fue Lucía quien despertó en José una nueva curiosidad: el impacto que estos mismos fenómenos tenían en los océanos. Estudiaron sobre los volcanes submarinos, el calor y la vida que emanaban de ellos y de cómo los movimientos sísmicos en las pro-

fundidades podían desencadenar *tsunamis*. Para Joaquín, esta conexión entre su desierto natal y las aguas que soñaba surcar era cautivadora, un puente entre los dos mundos que amaba.

Los cinco años de la secundaria pasaron lentamente. Era un periodo en que muchos, con esfuerzo, lograban completar el ciclo, pero pocos podían avanzar más allá. Era también momento de inflexión para quienes podían acceder a los estudios superiores. Para Lucía el camino hacia a la universidad estaba asegurado. Su padre podía solventar sus estudios con comodidad y ya había comprado una casa en el barrio Del Bono, una zona de árboles frondosos, chalets californianos, parques y calles en donde reinaban las acequias, imprescindibles para mantener esa especie de oasis en medio de la aridez.

Por el contrario, José se enfrentaba a una encrucijada. Aunque su familia no vivía en la miseria, no podían financiar una carrera universitaria. En demasiadas ocasiones, el talento no basta y acaba desperdiciado en tareas rurales o pastoreando cabras. A veces, solo se trata de sobrevivir.

En una ocasión en que regresaba tarde a la casa, tras relevar datos en el campo, encontré a José en un rincón, como tantas veces, sentado de la forma en que siempre solía hacerlo, con las piernas cruzadas y los brazos alrededor de las rodillas, como si quisiera ocupar el menor lugar posible.

Nos miramos unos segundos. No hacían falta palabras. Entendí súbitamente. Me senté a su lado, haciéndome lo más pequeño que pude y él se apoyó fuertemente contra mí. Lo abracé. El amor, había rebasado su cuenco de arcilla.

Un amor que creía que no era para él, que no merecía, que no podría alcanzar nunca por ser pobre y por las distancias que inexorablemente los separarían.

Apreté el abrazo y le dije que la vida siempre se mueve, que las cosas cambian y que debía estar preparado con valentía.

Ese era el último año de sus estudios secundarios. En los meses siguientes se los veía menos juntos y las risas de Lucía se habían vuelto escasas en el patio.

Todos atribuían el cambio a los exámenes de finalización de cursos y las obligaciones del estudio, pero los tres sabíamos que entre ellos había un desierto de silencio que romper.

José trabajó incansablemente durante meses realizando todo tipo de tareas en diversos oficios. Se esforzaba por ahorrar todo el dinero que podía. Una mañana, cuando sus padres estaban de visita en mi casa, nos reunió a los cinco para compartir lo que había mantenido en secreto. Era muy temprano, el sol brindaba esa pátina de intimidad necesaria para hacer que las grandes cosas se materialicen.

Su madre, una mujer sonriente y de piel ajada, suspiraba. Su padre, mi esposa y yo aguardábamos en silencio. José, el Chapanay mayor, con sus 18 años recién cumplidos, nos contó que había completado los trámites necesarios para ingresar a la Escuela de Suboficiales de la Armada Argentina en Puerto Belgrano, provincia de Buenos Aires y que había sido aceptado.

El dinero ahorrado le era ajustadamente suficiente para viajar e intentar su permanencia. La Armada le daría habitación, comida y formación. Si todo iba bien, de allí egresaría como técnico electrónico y luego intentaría ingresar a la Escuela de Submarinistas en Mar del Plata que era lo que siempre había deseado.

El mar, insondable y eterno, llamaba a José desde su silencio. Era ese mismo mar el que lo esperaba en Puerto Belgrano, como un juramento inevitable.

Le repetí: «Si el mar te llama, al mar irás». Y nos abrazamos, cada cual con sus lágrimas.

José y Lucía, en esas noches cálidas de noviembre, cuando el viento del desierto se calmaba, solían reunirse bajo el algarrobo, sentados en el banco viejo para compartir sueños y promesas de amigos al compás del murmullo cómplice de las hojas.

José solo tenía un camino, un sueño, un largo recorrido. La separación era inevitable ya fuera volviendo a su paraje natal o a Puerto Belgrano. Dejar a Lucía allí, lejos, le apretaba el corazón, pero creía mejor una ausencia que abriera

la posibilidad de un futuro, que renunciar para siempre al amor. Decidió irse sin confesar sus sentimientos y dejar que la vida determinara lo que habría de suceder.

En su última noche juntos, bajo las estrellas infinitas, Lucía le entregó aquel anillo de bronce que la había acompañado esos años. Él le prometió regresar. Ella lo besó levemente, como una travesura, antes de salir corriendo hacia su habitación.

El tiempo pasa lento y rápido a la vez. Mientras Lucía progresaba en la universidad, nadie parecía poder ocupar el lugar de su corazón. Aunque avanzaba en su vida académica con éxito, ya no era aquella pequeña alegre y sonriente de antes. Por las noches, recordaba: él prometió regresar.

José progresaba en su carrera. Se enfrentó no solo al rigor de los entrenamientos, sino también a la soledad y a estar lejos de su tierra y de quienes amaba. A pesar de todo, su determinación nunca flaqueó, tenía una promesa: regresar.

Nos manteníamos en comunicación permanente, aunque en esos cuatro años no nos encontramos. Puerto Belgrano estaba demasiado lejos para un joven sin recursos.

Mi esposa falleció al quinto año, justo cuando José anunciaba su visita, recientemente egresado de la Escuela de la Armada.

Arreglé mi automóvil para recibirlo en la terminal de ómnibus. El tiempo me devolvía un hombre como pago del jovencito que le había dejado unos años atrás. Juntos esparcimos las cenizas de Denise en los vientos del desierto, cuando viajamos hacia su casa natal. El polvo se mezclaba con los pliegues del viento. Volaba hasta perderse en la quebrada, en el ulular suave de la brisa del atardecer sanjuanino. Nada somos, sino sueños.

Antes del último tramo, hicimos una parada para comer y José aprovechó para ponerse su uniforme militar, recién obtenido. El resto del camino lo recorrió en silencio, acariciando ese anillo que llevaba colgado al cuello.

Al llegar al lugar, atardecía. La familia esperaba afuera de la casa. La majestuosidad de los Andes milenarios se alzaba orgullosa a sus espaldas. Las montañas de la cordillera se jactaban de su enormidad y magnificencia. Un perfume de semitas recién horneadas, llenaba el aire (todo sanjuanino sabe que ese aroma a semita es aroma de madre). Bajé, abracé a mi amigo y su esposa. Luego descendió despacio José, el mayor de los Chapanay, erguido, imponente en uniforme blanco de gala, bello y masculino, fuerte y pleno. Sus ancestros y Martina Chapanay, quien vengara la muerte del caudillo Chacho Peñaloza, desde el reflejo de la nieve en las alturas, cabalgaban mansamente dentro de su corazón.

No existen mejores milagros que aquellos que se realizan como resultado de tanto esfuerzo.

Su padre y él quedaron frente a frente, como petrificados, igual que el entorno.

Ninguno de los dos parecía capaz de dar el primer paso para darse un abrazo.

El sol se hundía lentamente, y el silencio casi podía tocarse.

«¡Padre!», dijo el joven.

«¡Hijo mío!», respondió el hombre de la tierra.

Y eso fue todo.

¿Qué más se iban a decir esos dos seres que se conocían hasta la última fibra, que respiraban el mismo anhelo, que compartían la misma historia?

No sé por qué los hombres de la montaña esconden la nobleza de sus emociones y no se permiten las lágrimas.

Cuando regresamos a San Juan, Lucía corrió a abrazarlo. José desbordaba de alegría. Esa mujer le volvía loco, tanto como a aquel adolescente lo deslumbraba. Su sangre joven y fiel le empujaba las venas como si le fueran a es-

tallar. En ese abrazo, se imaginó el placer de llenarla de caricias, de encenderle la pasión, de sembrar los hijos en su vientre y caminar por los desiertos de su mano enfrentando lo que viniera. Pero prefirió aún callar sus sentimientos.

Nunca le llamé la atención a este hijo adoptivo cuya paternidad compartíamos con su padre, mi amigo. Pero esta vez, sentí que callar hubiese sido cobarde.

Siempre entendió mi lenguaje poético. Prefiero la poesía porque encierra en pocas palabras muchos universos. Le dije que la vida era una sola, que el tiempo pasa y que ya era hora de soltar a volar los pájaros de ese amor al viento, sin tener sus alas aprisionadas en una caja de miedos y desconsuelos. Le recordé las palabras del general San Martín: «Serás lo que debas ser y si no, no serás nada». Entrecerró los ojos, movió la cabeza asintiendo y se aferró con fuerza al cordón en que sujetaba su anillo de bronce.

Me dijo que no se atrevía aún, pero que regresaría a presenciar la defensa de la tesis de Lucía y allí le diría de sus sentimientos. Y así quedamos, maldita sea.

Lucía, mientras tanto, seguía su camino. Publicó un artículo sobre cómo los estudios de volcanología marina podían ser clave para predecir erupciones en regiones costeras, un artículo que José leía y releía durante sus largas misiones.

Aunque separados por la distancia, cada logro de uno parecía inspirar al otro.

Mientras Lucía redactaba su tesis final en la universidad, viajaba con frecuencia por la región recopilando datos necesarios, revisaba instrumentos y colaboraba con la estación sismológica, integrada al Observatorio Astronómico, «El Leoncito» de San Juan.

José había ingresado ya en la Escuela de Submarinos en Mar del Plata, etapa final de sus deseos profesionales. Mientras otros soñaban con las grandes batallas, él soñaba con los mapas precisos de las profundidades marinas utilizando instrumental batimétrico para revelar los secretos del fondo oceánico.

Se destacó rápidamente en el uso de los Sistemas de Información Geográfica, construyendo modelos tridimensionales que impresionaron a sus superiores. A menudo decía: «Cada línea en un mapa lleva una historia que espera ser contada».

Recuerdo, sí. Recuerdo. Maldita sea otra vez… Lucía preparaba su viaje a Barreal, para recoger los últimos datos para su tesis.

Recibí una carta de José, con un sobre azul dentro del sobre más grande. En la carta me decía que estaba preparando su viaje a San Juan pero que no estaba muy seguro de ser capaz de decirle a Lucía todo lo que sentía. Por eso, me pedía que le entregara ese sobre azul en el que había podido expresar sus sentimientos. Con palabras desnudas de artificios, le revelaba su amor y su deseo de compartir un futuro juntos, un futuro en el que sus sueños de explorar el mundo —él el océano y ella la tierra— pudieran entrelazarse. Creía que esa carta lo haría más fácil. No es nada infrecuente que los más duros y valientes flaqueen ante el amor.

En diez días estaría en San Juan y pasaría allí sus vacaciones.

Esa misma tarde, dejé la carta en la reja de la casa, pensando que Lucía la encontraría al día siguiente. Pero el destino tenía otros planes.

Recuerdo aquella noche. El horizonte rojizo parecía querer explotar. Había un silencio pesado en el aire, como anunciando que algo iba a suceder. Algo estremecedor. Al pasar por la plaza, apenas había unas pocas luces. En el centro, una anciana gemía, lloraba desgarradoramente mientras daba vueltas sobre sí misma, sin parar, apretando sus ropas, desconsolada. Se golpeaba el pecho gritando palabras todas pegadas, algo casi ininteligible:

—¡Latierravaatemblar!¡Vaatemblarpobrecitostodos!¡Vaaaaavaatemblar, sivaaaaatemblar! ¡Cuaaantodolormidiosit! ¡Ohhhmidiositocuántodolor!"

Yo creo que la locura es una cosa y «eso» era otra muy distinta. Llegué a mi casa y me sorprendí apretando los puños sobre la mesa mientras miraba la montaña.

Me hizo falta Denise y su perfume de lilas para abrazarme y suspirar.

Al día siguiente me desperté inquieto, había un olor extraño en el aire. Lucía había salido temprano en su auto, hacia Calingasta, en busca de los últimos datos sismográficos para agregar a su tesis. Me pregunté si habría encontrado el sobre azul. Pensando en eso, recordé de pronto a la anciana y su remolino de gritos.

Cuando quise levantarme, tuve que sentarme bruscamente. La tierra tembló y volvió a temblar, una vez, otra vez y otra. Se escucharon gritos de gente alarmada. Muchos salían de las casas mientras las construcciones se estremecían peligrosamente, amenazando con derrumbarse. El suelo se sacudía como una sábana agitada por niños. El miedo y la desesperación se tragaban las acequias. En un momento se escucharon ruidos muy fuertes provenientes de la bodega cercana. Sus inmensos toneles se quebraron y ríos de vino corrieron por las calles. Al rato, todo volvió a la calma, menos el terror, porque el terror se esconde en los pliegues de la piel y jamás se calma.

Lucía había salido de la Pampa El Leoncito y volvía por el camino sinuoso de cornisa. Estaba en medio del trayecto de regreso desde Calingasta cuando el temblor cesó y llegaron las lluvias que nunca se anuncian. El agua descendía por las pendientes de las laderas como ríos caudalosos que lo arrasaban todo a su paso. De repente un alud de piedras y barro cayó sobre la ruta por la que venía viajando e impactó brutalmente contra el auto, que se despeñó pendiente abajo.

Nada pudo salvarla. Su vida se cegó allí, en ese instante, sobre el nudo de su vocación, en un abismo de su tierra amada, en la quebrada del río San Juan.

En el momento de conocer la noticia, nuestros brazos de quebraron, pero el mundo de José se detuvo.

Todo fue muy penoso. Un José transfigurado llegó a la noche siguiente a San Juan. Como una estatua de hierro, sus lágrimas fluían silenciosas, imparables.

Con ese llanto acallado vio cómo enterraban sus sueños, los hijos que no serían, las caricias que no tuvieron, la pasión que se rompió…

La puerta del aliento no se abre una vez que se ha detenido. Siete sellos la custodian desde el más allá desconocido. Es la Estigia un viaje en bote del que no se regresa jamás.

El padre de Lucía dijo que en su abrigo llevaba un sobre azul, cuyas palabras se habían sido borradas por el agua y el barro. Con respeto provinciano, el sobre regresó a las manos de José llenándolo de preguntas sin respuestas ¿Ella habría leído esa carta? ¿Se habría enterado de lo que él sentía por ella? Nunca lo sabríamos.

Juntó fuerzas, tomó el sobre y lo guardó junto al anillo, el mismo que ella le diera como símbolo de su comunión. Siempre supo que la amaba, pero antes de hacérselo saber había preferido convertirse en alguien más valioso para ella.

«Necio», se repetía, necio y ciego en manos del destino.

Yo fui quien le sembró a ella, el amor por la tierra y a él, la esperanza del mar. Yo.

Esta tragedia pesa, tanto como los recuerdos que arrastro hasta esta orilla. ¿Es esa mi condena? ¿El precio de haberles mostrado lo inmenso y lo inalcanzable?

Les di el mapa, las herramientas, los sueños... pero quizás ¿debí enseñarles también los peligros y los límites de la búsqueda?

José volvió a su trabajo y trató de concentrarse. El mundo para él era un desierto vacío, dilatado y sin ecos. Se aferró con fuerza a ese silencio paisano, parco e inescrutable. Pero la realidad es terca. Siempre está ahí. Siempre es lo que es y permanece. A veces es más fácil creer una fantasía que enfrentar una realidad.

Es inútil tratar de comprender lo incomprensible o intentar destejer los hilos enmarañados del destino, que urde y mezcla los caminos y las gentes.

«¿Sabe, padrino?» —me escribió un día— «Las olas cuando chocan contra el casco del submarino, parece que me dicen: "Siempre te amaré, siempre te amaré, siempre te amaré." ¡Ay, padrino, qué difícil es vivir ahora! A veces me acuerdo de su cuento, el de aquel hombre que contrajo la fiebre de piedra en la montaña y poco a poco se fue convirtiendo en roca. Cuánto me gustaría a mí ser ese hombre hoy».

El dolor de aquella pérdida marcó para siempre a José, pero también lo empujó hacia adelante con la determinación de encontrar en las profundidades del océano un propósito que le ayudara a sanar.

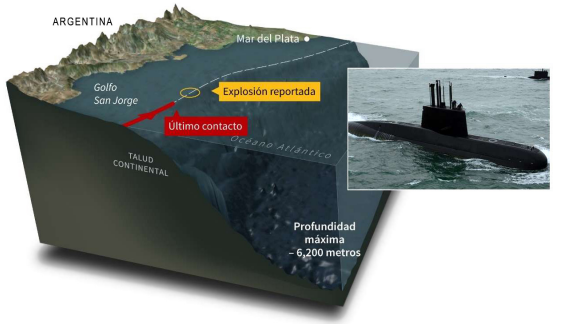
Fue asignado a la dotación del submarino ARA San Juan, en el que destacó en disciplinas como la cartografía marina y la oceanografía submarina. Su meta no era solo desentrañar los secretos del fondo marino, sino también rendir homenaje a Lucía, conectando la tierra que los unió con las aguas profundas que ahora lo llamaban.

El ARA San Juan (Puntal.com.ar)

El ARA San Juan era un submarino construido en Alemania en 1983 y modernizado entre 2008 y 2014 que, diseñado para deslizarse en las profundidades, se destinó a operaciones navales en aguas del Caribe, el Atlántico Norte y ejercicios estratégicos desde su base en la ciudad costera de Mar del Plata. Mes a mes, José me enviaba fotos a bordo del submarino y cartas, siempre breves, casi como susurros de alguien que habitaba un mundo distinto.

En las noches de guardia, mientras el submarino navegaba en la superficie como una sombra entre la inmensidad del océano, José encontraba consuelo en los latidos rítmicos de las olas contra el casco. «Siempre te amaré... siempre te amaré... »—parecían susurrarle las aguas saladas, una y otra vez.

Una noche soñé con José. Lo vi flotando en el mar, diciéndome: «Mire padrino, donde he venido a parar con mis sueños».



(Univisión.com)

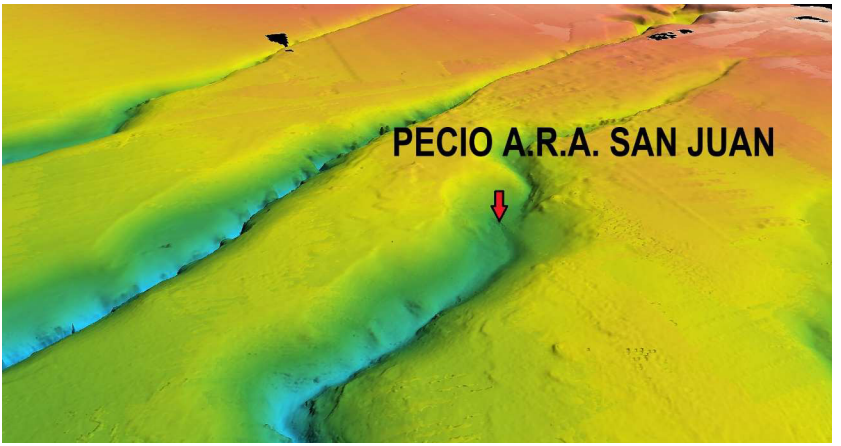
Fue el 15 de noviembre de 2017. Me desperté sobresaltado. Las noticias no tardaron en llenar el aire: el ARA San Juan, había desaparecido en el Atlántico Sur. La última comunicación mencionaba un fallo en las baterías provocado por una entrada de agua; ese incidente había desencadenado una reacción en cadena, llevándolo a su destino inevitable: la implosión bajo la presión del mar.

Horas después, un organismo internacional de estudios hidroacústicos para el monitoreo de explosiones nucleares detectó lo ineludible: una explosión en su trayectoria.

Sabía lo que eso significaba. Una implosión es el silencio final, un eco que devora toda esperanza. Por eso ni José ni sus cuarenta y tres compañeros de la tripulación serían rescatados con vida. La vocación es un fuego encendido que a veces nos consume hasta el final, exigiendo de nuestra nobleza.

Yo fui quien le sembró a ella, el amor por la tierra y a él, la esperanza del mar. Yo.

Forjar mentes, abrir horizontes, ¿es siempre un acto noble? ¿O acaso les di demasiado de mí mismo y dejé de ver el abismo al que los conducían sus propios pasos? Cada joven es un enigma, una llama encendida. Creyendo que bastaba con mostrarles la vastedad del mundo, ¿olvidé que hay caminos que queman más de lo que iluminan? No sé. Yo mismo no vi esos peligros. Jamás supe dimensionar los atajos crueles del destino.



Crédito: Capitán Walter Reynoso Peralta

Se realizó una intensa búsqueda internacional. Uruguay, Brasil, Chile, Perú, Ecuador, Colombia, Estados Unidos, España, Noruega, Francia, Gran Bretaña, Alemania, Italia, Canadá, Japón, Israel, Sudáfrica y Rusia ofrecieron barcos, contenedores, aviones, rompehielos, radares, satélites, tropas, un sumergible teledirigido con capacidad de inmersión de hasta mil metros de profundidad y vehículos capaces de sumergirse a una profundidad de seis kilómetros.

Nada de esos esfuerzos dio resultados positivos. Un año después, el 17 de noviembre de 2018, el buque Seabed Constructor de la empresa Ocean Infinity encontró al ARA San Juan a novecientos siete metros de profundidad y quinientos kilómetros de la costa, en el talud continental, a la misma latitud que Comodoro Rivadavia. Esto hizo imposible el rescate de los cuerpos de los tripulantes.

José y sus camaradas de tripulación se perdieron en las profundidades, de-jando atrás un legado épico y una historia que el tiempo no borrará fácil-mente porque dicen que la verdadera muerte, es el olvido.

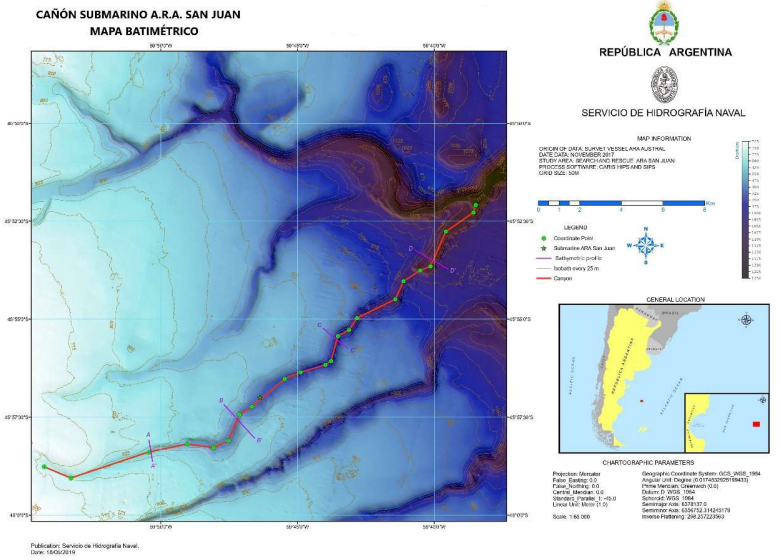
Hoy, como cada 15 de noviembre, yo, don Emilio, el Vigía, me paro en esta playa de Ushuaia, al sur del sur de la Patagonia mirando al horizonte. Soy un

testigo, un mito, un loco que no sabe medir sus fuerzas que luchan contra toda razón y por encima de toda justicia.

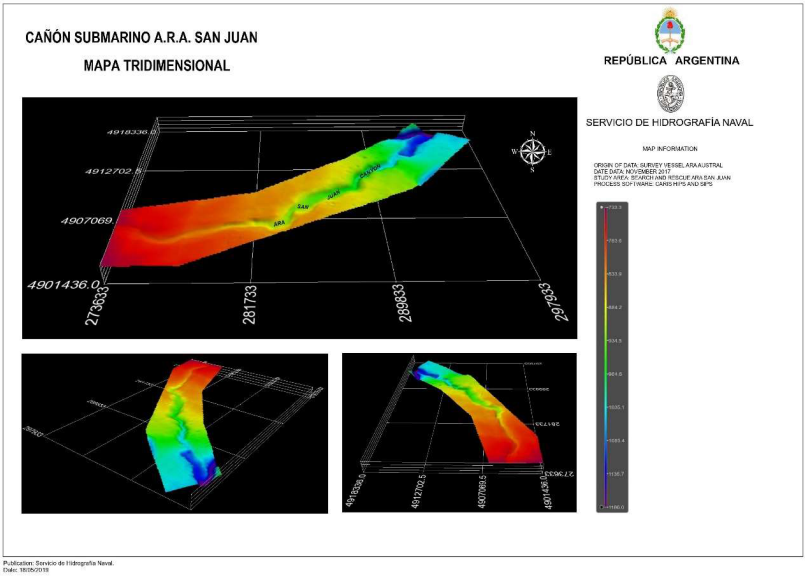
Yo fui quien le sembró a ella, el amor por la tierra y a él, la esperanza del mar. Yo.

Nadie puede evitar que los jóvenes se pierdan en sus propios sueños, pero ¿debería haberlo intentado, aun cuando nunca pude lograrlo conmigo mismo?

Llevo conmigo el mapa que José y Lucía estudiaron juntos y, en uno de mis bolsillos, el sobre azul desgastado por los años. El anillo queda aún alrededor del cuello de José y habrá sido a lo último que se habrá aferrado en esa noche final. Mi mente se repite preguntas que nunca han dejado de atormentarme. ¿Y si hubiera entregado la carta directamente? ¿Y si no hubiese salido Lucía aquel día hacia la montaña? ¿Y si José no hubiera llegado a tiempo para embarcar?



Fuente: GEBCO/SCUFN-32



Fuente: GEBCO/SCUFN-32

Y aún otras más profundas ¿Y si sus almas vencieran la barrera de lo conocido, de lo posible, de lo verosímil, de lo verdadero, de lo sensato y regresaran al puerto por un instante? ¿Quién los abrazaría? ¿Quién los cobijaría fraternalmente? ¿Quién estaría para caminar a su lado tierra adentro buscando a sus seres queridos, aunque más no fuera para decirles que eran amados, para intentar una despedida…?

Estos y cien interrogantes más me acosan en el silencio de la noche, cuando el mar también se vuelve una lección de inmensidad. ¿Qué legado he de dejar realmente? ¿Qué he construido que haya podido salvar algo, alguien, alguna vez?

A pesar de todo, en lo más íntimo de mi dolor me vanaglorio y me recrimino a la vez por haber sido un estimulador de sueños.

Yo soy el Vigía y como ya dije, vengo a esta misma orilla a retar al mar. Le grito y me grito, como si, mezclado entre este viento helado que corta mi carne, mis alaridos desencajados abrigaran la esperanza de aliviar mi culpa, de disminuir un poco esta herida de recuerdos que me pesan y no me dejan partir en paz.

A veces, puedo jurarlo, alcanzo a oír sus voces regresando del desierto inmenso del mar, emergiendo de esos novecientos siete metros de abismo salado que cobija sus cuerpos y que atan sus almas al misterio. Los oigo, los oigo con tonos diferentes, como susurros; los oigo como si necesitaran un abrazo cálido para resignarse al adiós.

—Estás viejo —me digo—. Viejo como hace muchos años. Viejo, como si siempre lo hubiese sido, viejo como si nunca fuera a morir, viejo como si fuera a ser viejo por toda la eternidad.

Que Dios no salve a los hombres de sus sueños.

Un regalo para el rey

Manuel Parrilla Gil

Un regalo para el rey

Manuel Parrilla Gil

El nombramiento

Era una mañana fresca y soleada en Madrid. Por la ventana abierta se podía oír el sonido lejano de los carruajes circulando por la calle de Bailén.

También se podía oír el movimiento acompasado y las órdenes del suboficial. Era el relevo de los alabarderos reales de la Guardia Valona en la fachada norte del palacio.

El rey, Carlos IV, se había levantado muy temprano y todavía no había desayunado. Estaba muy deprimido, desde que el año anterior su primo Luis XVI, rey de Francia, hubiera fracasado en su intento de huida del Palacio de las Tullerías, donde estaba preso de los revolucionarios. Su primo permanecía desde entonces fuertemente custodiado por la Guardia Nacional junto a la reina María Antonieta. Y toda Europa temía por su vida.

Carlos IV sentado a la mesa de su despacho revisaba los informes que se amontonaban a la espera del trámite real.

En sus manos tenía un informe del inspector general de las nuevas colonias de Sierra Morena, Miguel Ondeano. En él se quejaba de las enormes dificultades que se encontraba para poner en marcha el plan de desarrollo de la minería redactado años antes, durante el reinado de su padre, Carlos III.

Ondeano había sucedido en el cargo a Rodolfo de León, primer inspector de las colonias, quien puso en marcha el plan industrial de Carlos III, con fábricas de paños, telares, sedas, bordados y otras artesanías.

Mapa de las Nuevas Poblaciones de Rodolfo de León 1782. Publicado en la Biblioteca Digital de la Real Academia de la Historia.

Carlos IV volvió la vista al mapa que estaba abierto en una esquina de la mesa. Lo había encontrado entre los papeles de su padre. Era un bonito mapa de las nuevas colonias de Sierra Morena, coloreado, y con gran cantidad de datos estadísticos. Uno de los problemas que planteaba el inspector Ondeano para que el plan de su padre, Carlos III, tuviera éxito, era la falta de mapas fiables y de calidad.

El rey estaba triste. Pensaba en lo mucho que se habían complicado las cosas desde que murió su padre, en diciembre de 1788, hacía ya más de tres años. Y, sobre todo, la revolución en Francia, un enorme peligro para la monarquía en España.

En ese momento entró en la estancia su primer secretario, el conde de Aranda, que se acercó a la mesa.

—He estado leyendo el informe del inspector de las nuevas colonias de Sierra Morena. Hace tiempo que el plan minero de mi padre debería haber dado resultados —dijo el rey.

—Estoy de acuerdo con su majestad —contestó Aranda.

—Ondeano necesita mapas fiables —dijo Carlos IV—. Se le van colonos a América, y hay que repartir nuevas tierras. También necesita trazar las rutas

para sacar el mineral. Lo más urgente sería realizar mapas nuevos —el rey le mostró un mapa firmado por Rodolfo de León—. Algo parecido a esto, pero mucho más exacto y a una escala mayor.

El conde de Aranda tomó el mapa en sus manos, un regalo del primer inspector de las nuevas colonias, Rodolfo de León, a Carlos III, para apoyar sus informes.

—¡Bonito trabajo! A propósito, majestad, el yerno de Rodolfo de León está trabajando como topógrafo con Sabatini. Lo conozco y es muy bueno.

Alfonso Platas era el yerno del anterior inspector, un sevillano formado en el Real Colegio de San Telmo como piloto y cartógrafo. Había sido comisionado por el mismo fundador de las nuevas colonias, el intendente general Pablo de Olavide, para apoyar al inspector Rodolfo de León. Sus habilidades topográficas y matemáticas hicieron que el arquitecto real, Francesco Sabatini, se fijara en él para trabajar en Madrid, donde le había conocido con su suegro años antes.

—Está bien —dijo el rey—. Vamos a poner en marcha el plan lo antes posible.

—Hablaré con Sabatini. Uno de los mejores cartógrafos del Ejército acaba de llegar de América, se trata del teniente coronel de ingenieros José Ampudia —dijo Aranda—. Si Sabatini puede prescindir del topógrafo Alfonso Platas sería la mejor opción para trabajar con Ampudia. Estuvo varios años viviendo en La Carolina, y conoce perfectamente el terreno. Ambos formarían la pareja perfecta para el trabajo.

—Pues prepara la orden de comisión para el nombramiento. La firmaré lo antes posible —aclaró el rey dando por concluido el tema—. Ahora vamos a tratar el estado de la flota y las colonias de América. Pero antes me gustaría que me acompañaras a desayunar, si te parece, Pedro.

—Encantado majestad —contestó Aranda.

El asunto de las nuevas colonias de Sierra Morena le había hecho olvidar un poco los problemas en Francia. El rey tenía energías renovadas y había recobrado el apetito. Quizás fuera momento de preparar una cacería para el día siguiente.

Los cartógrafos

Se acababa de estrenar el verano en Sierra Morena, era el día 23 de junio de 1792. Pasado el mediodía el sol empezaba a pegar fuerte en la ladera norte del Arroyo de los Tramposos. Estaba seco desde finales de mayo.

Los tres hombres descansaban sudorosos con las camisas abiertas debajo de un alcornoque. Estaban sentados en sillas plegables, y revisaban cuidadosamente una tablilla mientras discutían acaloradamente sobre los cálculos.

Un pastor se dirigió a ellos en un rudimentario castellano con un fuerte acento alemán.

—*Traer comida de parte corregidor. ¡Buena provecha!* —dijo el pastor antes de seguir su camino.

La cesta la enviaba el corregidor, Juan Kobler, un alemán de los que repoblaron aquellas tierras, de profesión panadero. La Carolina estaba poblada por unas doscientas familias emigradas de Alemania. A pesar de los años, muchos aún no hablaban el castellano. La mayoría lo hacían muy mal.

Empezaron a comer mientras retomaron la conversación técnica.

—El mejor trazado para sacar el mineral es paralelo al arroyo hasta el Camino Real —dijo el teniente coronel Ampudia.

—Pero los edificios de la mina deben orientarse de este a oeste, así es como nos han dicho que está orientada la veta —contestó el capitán Alcázar.

—Podemos trazar una curva de máximo radio para las vagonetas. Según mis cálculos, el modelo de vagoneta a utilizar soporta railes curvados con radios de 100 metros —dijo el teniente topógrafo, Alfonso Platas.

Se pasaron la bota de vino, y se acabaron el queso, El teniente coronel Ampudia estudiaba las fórmulas del cuaderno de Alfonso. El calor apretaba.

Los tres cartógrafos llevaban ya meses viviendo en La Carolina. El nombramiento había llegado del mismo conde de Aranda, y estaba rubricado por el rey.

José Ampudia Valdés, un leonés, teniente coronel de ingenieros, había llegado el año antes de Nueva España. Allí se había encargado de reforzar las fortificaciones de la Costa de los Mosquitos. Después de la victoria contra los ingleses, Carlos IV se quiso asegurar de que no volvían a manos extranjeras.

El trabajo de Ampudia en la fortaleza de Santa Bárbara, en la ciudad hondureña de Trujillo, fue lo que le hizo merecedor del ascenso a teniente coronel.

Francisco de Paula Alcázar, fue ascendido desde su cargo de subteniente al grado de capitán por sus trabajos en la alcazaba de Málaga.

Había que adaptar los nuevos cuarteles de marina. Allí había conocido a Ampudia que estaba destinado en Almuñécar, como inspector de fortificaciones.

Alfonso Platas Flores, era teniente de ingenieros, un topógrafo que trabajó con Pablo de Olavide en la reordenación de Sevilla. Posteriormente como ayudante de Rodolfo de León en la Inspección de las nuevas colonias de Sierra Morena. Conoció a Ampudia en uno de sus viajes a Almuñécar, donde su suegro, Rodolfo de León era administrador de las rentas unidas de la corona desde 1782. Alfonso trabajaba para la corona en Madrid. Era uno de los topógrafos más valorados por Francesco Sabatini, el arquitecto real, quien le integró en el Real Cuerpo de Ingenieros en 1783 y le asignó el difícil levantamiento topográfico de la Casa de Campo en Madrid. Trabajo que fue objeto de grandes alabanzas por el conde de Floridablanca, y por el mismo Carlos III, que solían usarla como coto de caza.

Los tres ingenieros trabajaban sin ayudante. Los fondos asignados por la corona solo daban para cubrir la manutención y el alojamiento. Por eso llamaban 'ayudante' a Verraco, un burro grande en el que llevaban un cerón de esparto con todos los instrumentos, comida, agua, y algunos taburetes y tableros.

—Alfonso, haz el favor de ir y pedirle al 'ayudante' tres perchas, la cadena de medir y el nivel de agua —decía Ampudia con tono socarrón—. Que tenemos que medir las cotas del edificio de la mina.

Alfonso se acercó al burro, y además de lo que le había pedido el teniente coronel, también se llevó la brújula, un hatillo de estacas y un cordón de cien metros para medir el radio del rail de vagonetas. Durante las dos horas siguientes los tres hombres fueron colocando las perchas y la cadena de medir de forma equilibrada ayudados por el nivel de agua. Y posteriormente pasaban la medición al plano que se encontraba fijado a la tablilla. Al mismo tiempo tomaban notas en el cuaderno. Así fijaron la posición de la torre de la mina, y los edificios de selección del mineral y de carga de vagonetas.

Mientras Ampudia y Alcázar terminaban de copiar las distintas cotas de los edificios, Alfonso Platas se dedicó a colocar las estacas para señalizar el trazado del rail de vagonetas, utilizando una de las estacas y la cuerda de cien metros para trazar la curva.

A las cinco de la tarde ya habían terminado el trabajo del día. Después de recoger el material y cargarlo en el burro iniciaron el camino de vuelta. Les llevaría otra hora llegar a la casa que les habían asignado.

Los tres hombres iban cansados pero muy contentos, habían completado el trabajo desde el arroyo del Rey hasta el barranco de los Tramposos. Uniendo el camino real a través de Las Navas de Tolosa. Les quedaba menos de un mes de trabajo. No solo eso, también habían realizado las mediciones para el proyecto de la mina, que Ondeano, el inspector general de las nuevas colonias, les había encargado redactar.

—Cuando llegue a Almuñécar iré directo a felicitar a tu suegro, Alfonso —dijo el teniente coronel Ampudia—. Su mapa de 1782 nos ha sido de gran utilidad. Sin ese mapa creo que habríamos tardado el doble.

Alfonso Platas se sonrió para sus adentros. Nadie sabía que en realidad el mapa lo había hecho él. Su suegro llevaba un año en Madrid cuando Alfonso tuvo la feliz idea de hacer un mapa con todos los datos económicos para que su suegro defendiera su gestión en las nuevas colonias. Y, por fin, le concedieran el traslado que tanto tiempo llevaba pidiendo y que tanta falta le hacía.

Alfonso Platas no había tenido una vida fácil. Con seis años, su padre, carpintero de la Flota de Indias, había fallecido de fiebres en La Habana. Su madre suplicó que Alfonso fuese acogido como huérfano de la Armada. Y la suerte volvió a la familia, Alfonso sería acogido en el Real Colegio de San Telmo. Ella volvió viuda a Almendralejo, su ciudad natal.

El Real Colegio de San Telmo había sido creado en 1682 como una entidad de socorro de huérfanos, que permitiera formar a estos, para emplearlos en la Flota de la Carrera de Indias. Durante un periodo máximo de diez años recibían formación en las primeras letras, Religión, Dibujo, Matemáticas y todas las artes necesarias para la navegación, incluida la Cartografía, la Astronomía y las prácticas de tiro de cañón.

Alfonso demostró desde el primer día una inteligencia especial, un interés que iba más allá de los requerimientos de la escuela, y una natural predisposición al culto religioso. Era un alumno modelo para la escuela, hasta el punto de que a los tres años de su ingreso y con todos los conocimientos necesarios se embarcó en su primer viaje de prácticas.

Alfonso fue nombrado ayudante del piloto en una nueva travesía desde La Coruña a Buenos Aires. El primer correo de una nueva ruta propuesta por el contraalmirante Antonio de Ulloa, uno de los máximos exponentes de la Nueva Ilustración en la Marina Española. El correo se centralizaba en La Habana y desde allí se distribuía por todo el territorio de ultramar español, lo que provocaba enormes retrasos. Había que abrir nuevas rutas directas.

Alfonso se embarcó en Cádiz, en un patache que transportaba salazones, sal y aceite para la Flota del Cantábrico. Desembarcaría, junto a otros alumnos, en el puerto de La Coruña. Allí se embarcaría en el bergantín «Descubridor» con rumbo a Buenos Aires.

En 1760 el inglés Harrison había fabricado un cronógrafo capaz de mantener un error de segundos en un viaje trasatlántico, por lo que quedaba solventado el problema del cálculo preciso de la longitud en alta mar. Se comparaba la hora local obtenida de los astros y la hora local del puerto de salida obtenida del cronógrafo. La diferencia horaria se correspondía con la diferencia en grados de longitud. La latitud estaba perfectamente definida con la medición de ángulos astronómicos desde hacía siglos. A partir de esa fecha, relojeros suizos y franceses comenzaron sus intentos para replicar el cronógrafo de Harrison. Uno de los prototipos del francés Berthold había caído en manos del embajador español en París. Aunque se mantenía en secreto, el contraalmirante Ulloa había decidido que el viaje a Buenos Aires sirviera para hacer pruebas de precisión del nuevo cronógrafo y, si funcionaba, el viaje se prolongaría hasta el puerto de Valparaíso en Chile para cartografiar toda la costa entre Buenos Aires y dicho puerto, incluyendo un mapa preciso del Estrecho de Magallanes.

El viaje de Alfonso duraría casi dos años, y fue un éxito. El bergantín «Descubridor» fue enviado a Alaska para seguir cartografiando la costa. Alfonso y el resto de alumnos volvieron desde Guayaquil a Cartagena de Indias por tierra, con algunos infantes de marina. Se embarcaron con la Flota de Tierra Firme para La Habana. Allí pudo visitar la tumba de su padre en el cementerio de San Nazario, muy cerca del hospital militar de San Lázaro, donde había muerto. Después, junto a la Flota de Nueva España, con escolta de la Armada, partieron en conserva rumbo a Cádiz.

Cuando acabó de trasladar los datos del cronógrafo a la cartografía del Padrón Real había pasado un año más. A punto de cumplir los dieciocho, Alfonso había congeniado muy bien con el intendente general de Sevilla, Pablo de Olavide, que veía en él la viva imagen de su juventud. El muchacho era un hábil cartógrafo con una formación muy completa, y un talento matemático fuera de lo común. Cuando se acabaron los trabajos de reforma de la ciudad de Sevilla, incluido el famoso plano de la ciudad de 1771, otro golpe de suerte iba a llevar a Alfonso a vincularse con uno de los proyectos favoritos del rey

Carlos III, la repoblación de Sierra Morena. Para ello, Olavide debía solicitar que se eximiera a su protegido de la obligación de servir en la Marina Real y de Comercio de Indias, cosa que no fue difícil dada su excelente hoja de servicios, y la influencia política del intendente general en la corte.

Así a finales de 1771, Alfonso tomo el Camino Real de Madrid por primera vez en su vida para sentar plaza en La Carolina, como ayudante del director general de las Reales Fábricas de Paños, don Rodolfo de León.

El regalo

En 1781, Rodolfo de León llevaba casi un año viviendo en Madrid. Se había trasladado con su familia a una casa en el norte de la calle Curtidurías.

Aunque seguía siendo director general de las Fábricas de Sierra Morena, cargo que ostentaba junto al de inspector general de las nuevas colonias, había dejado a su ayudante Alfonso Platas al cargo, y había decidido ir a Madrid.

Rodolfo estaba enfermo. Desde hacía más de cinco años sufría de ataques de reuma que le producían fuertes dolores en las articulaciones, a lo que se unían las dificultades para respirar. El clima de La Carolina empeoraba sus síntomas, sobre todo en los fríos inviernos, por eso había pedido ser trasladado al sur.

El rey había atendido sus súplicas y en 1778 le había concedido el traslado. Pero la burocracia real, y las continuas necesidades de las Fábricas Reales de Paños en La Carolina habían impedido que la orden del rey se viera materializada en una vacante.

Así estaban las cosas cuando su yerno Alfonso Platas llegó a Madrid para informar a su suegro de la marcha de las fábricas. Alfonso llevaba un año a su cargo. En la práctica, de toda la Inspección de las nuevas colonias. Acababa de llegar a Madrid en la silla de posta, habiendo hecho noche en Manzanares. Llevaba consigo toda la contabilidad de las fábricas, la inspección de las fincas y un mapa en borrador de las nuevas colonias que le había costado un mes completar.

Cuando llegó a casa, se acercó a la butaca donde su suegro leía, y le dio un abrazo sin dejar que se levantara. Rodolfo de León dejó de leer y se puso muy contento de ver a su yerno, para él era el hijo que no tenía.

—Hijo mío, lo estamos pasando muy mal —le dijo con tono lánguido—. Nos estamos gastando todos los ahorros aquí en Madrid. Para colmo, yo ya no puedo más con este reuma que me está matando.

Alfonso se sentó a la mesa con su suegro y le puso al día de los asuntos de La Carolina de una forma general.

Rodolfo de León tenía ya 61 años pero en los últimos cinco había envejecido notablemente debido a la mala salud. Su yerno tenía 28 y estaba en plenas facultades.

Comieron juntos y Alfonso se fue al Palacio Real, donde le esperaba Francesco Sabatini, el arquitecto real. Pablo de Olavide le había hablado de un joven portento de la topografía y las matemáticas que le había ayudado a levantar el primer mapa de Sevilla, que sirvió para el plan de modernización de la ciudad.

Se alojó en una de las estancias para personal administrativo anejo al Palacio Real, y al día siguiente volvió a casa de su suegro para revisar los libros de cuentas y los informes sobre las Fábricas Reales de Paños de Sierra Morena.

Desayunaron, y después los dos hombres caminaron unos minutos por la calle Curtidurías hasta la carrera de San Francisco y en la plaza de los Carros se desviaron hacía la iglesia de San Andrés. Su suegro iba a misa todos los días, el párroco y él se habían hecho muy amigos. Le había dejado un despacho anexo a la sacristía. donde Rodolfo de León trabajaba siempre unas horas antes de la misa de doce, tras la cual se volvía a casa para comer.

Luego solía pasar la tarde en un café en la calle de Toledo, donde se enteraba de las últimas noticias de la corte.

Llegaron poco antes de las campanadas de las nuevo. Su yerno sacó los libros y empezaron a revisar las cuentas. El negocio de los paños iba franca-

mente bien, dando buenos beneficios a la Corona. Como director general, Rodolfo de León había puesto en marcha ochenta y un telares, así como una escuela de dibujo y otra de bordadoras, lo cual incrementaba sustancialmente el beneficio.

El informe de su yerno reflejaba muy bien la buena salud de las Fábricas Reales. Aun así, Rodolfo se quejaba de que en la Corte no había forma de llamar la atención sobre el ministro principal para que asignara el destino cuyo traslado ya había aprobado el rey Carlos III hacía tres años.

Llevaban más de dos horas revisando los libros y los informes cuando Alfonso sacó de su cartera de cuero un plano donde se representaban, con gran cuidado, todos los pueblos de la comarca de Sierra Morena, ocupando la esquina inferior izquierda Bailén, y la inferior derecha, Linares. Desde Bailén se podía seguir el camino Real a su paso por todas las poblaciones, discurriendo por La Carolina y Las Navas de Tolosa, hasta llegar a Despeñaperros.

Su suegro tomó el mapa con las dos manos y se lo acercó, ajustando bien los quevedos para enfocar los detalles. Se quedó impresionado, estaban todos los pueblos de la comarca de las nuevas colonias, los cursos de agua, y las parcelas que se habían asignado a los colonos.

—¿Cuándo has hecho esto? —le preguntó el suegro sin salir de su asombro.

—He pensado que quizás con el informe de las Fábricas Reales para el conde de Floridablanca, podía incluir un mapa de las Nuevas Colonias como regalo para el rey Carlos III. Así podrá llamar su atención y recordarle que su salud no le permite seguir mucho tiempo por estas tierras —explicó Alfonso.

—Muy buena idea hijo mío —dijo Rodolfo de León—. Pero no lo voy a entregar con el informe. Esperaré a que Floridablanca rinda cuentas al rey y mientras tanto voy a colorear el mapa y añadir todos los datos económicos de las nuevas colonias.

Rodolfo se quedó pensativo, luego añadió.

—Voy a dibujar un busto del rey, las tablas estadísticas de agricultura y ganadería, y lo voy a colorear con tonos pasteles, a la aguada. Tu dibujo es de gran calidad, no necesito retocarlo.

—Me parece mucho mejor —dijo Alfonso Platas—. El regalo para el Rey no va a pasar desapercibido.

Sonaron las campanas de la Iglesia de San Andrés, era la hora de la misa de doce. Suegro y yerno recogieron sus papeles y se dieron prisa para pasar a la iglesia antes de que comenzara la misa.

Habían pasado dos meses desde la visita de Alfonso a Madrid. Durante ese tiempo, y siguiendo las indicaciones de su suegro, había mantenido correspondencia para actualizar los datos a incluir en el mapa.

Ahora su esposa, Rafaela, y su bebe de menos de un mes, al que habían llamado Rodolfo Antonio, en honor de sus dos abuelos, viajaban junto a él en la posta de Andalucía. Floridablanca había enviado un salvoconducto especial como premio a los servicios prestados por Rodolfo de León como director general de las Fábricas Reales de Paños de Sierra Morena. Era un viaje de dos jornadas, no muy adecuado para un bebe de pecho, pero Rafaela tenía muchas ganas de que los abuelos conocieran a su nuevo nieto.

Los tres se bajaron de la posta en la plaza Mayor, llevaban dos baúles.

Rafaela llevaba al bebe en brazos, y su marido un maletín con documentos y algunos instrumentos de medición. Un mozo transportaba los baúles en una carretilla.

En la casa familiar habían preparado una de las dos habitaciones para el matrimonio y el bebe, quedándose las dos hermanas y la madre en la otra habitación. Rodolfo se alojaría unos días en la casa del párroco de San Andrés.

Cuando llegaron a la casa de la calle Curtidurías todo fue una fiesta. El pequeño Rodolfo Antonio se pasaba de mano en mano, la abuela lo acurrucaba con cariño, la tía Ramona lo arrullaba y lo mecía, y la tía María Josefa, ciega como era, le cantaba nanas y dulces canciones infantiles.

Rodolfo de León no cabía en sí de orgullo. Todos trataban a Rafaela como a una reina.

Al día siguiente los dos hombres tenían cita con el conde de Floridablanca en el Palacio Real, para entregar el último informe sobre las Fábricas Reales de las nuevas colonias. Pero llevaban dos ases bajo la manga, uno para Floridablanca y otro para el rey.

Alfonso había estado todo ese tiempo trabajando para mejorar la gestión de las fábricas, pero no solo había comprobado todas las estadísticas del mapa, sino que, además, había preparado una copia especial para el ministro principal. En él se encontraba un detallado estudio del potencial minero de toda la zona. Sin duda el ministro de Carlos III aprovecharía la oportunidad de hacer méritos con el rey.

Rodolfo había hecho un gran trabajo con el mapa, un regalo para el rey que iba a gustar mucho en la Corte. El director de las Fábricas Reales había repasado los trazos con tinta de bugalla, y lo había iluminado a la aguada con finas pinceladas en tonos pasteles. En la parte superior estaba la efigie de Carlos III, de una calidad y realismo insuperables. Le acompañaba un ángel trompetero sobre unas nubes. Todo estaba protegido por las columnas de Hércules con la leyenda «Plus Ultra». En la base había colocado una cartela rococó y una servilleta con la dedicatoria al rey, decorada con motivos bélicos.

Se detallaban los caminos, los trazados reticulares de las poblaciones, las parcelas de cultivo y las montañas de Sierra Morena. En la parte superior había colocado un cuadro con la información numérica de las familias que vivían en las colonias, el número de parcelas, estado de los cultivos y ganados y las actividades artesanales. Era un trabajo excepcional, y lo más novedoso es que todo estaba al alcance de la vista de una forma rápida y agradable. El resultado era una obra estéticamente impecable.

Alfonso madrugó, desayunó rápido y fue a la iglesia de San Andrés a recoger a su suegro, que ya estaba preparado. Saludó al párroco que desayunaba con su suegro. Se reunieron unos minutos en el pequeño despacho, donde repasaron el informe y se pusieron de acuerdo en la forma de actuar.

El conde de Floridablanca los recibió en la antesala del Salón del Trono, donde tenía su despacho. Dos alabarderos de la Guardia Valona los acompañaron desde la puerta del Teatro Real. El ministro estaba sentado a su mesa leyendo unos legajos. Al verles se quitó el monóculo y se puso de pie.

—Buenos días, señor director, y también a su joven ayudante. Es un placer recibirles en palacio —dijo el conde muy ceremonioso.

—Buenos días, excelencia —contestaron los dos al unísono haciendo una leve reverencia con la cabeza.

—Siéntense, por favor, estoy ansioso por escuchar sus informes —dijo Floridablanca al tiempo que tomaba asiento en su sillón floreado.

Rodolfo de León comenzó a exponer la situación general de las nuevas colonias, centrándose en la producción y rentabilidad de las Fábricas Reales de Paños, pero sin olvidar la producción agrícola y ganadera. El conde escuchaba con atención, levantando a veces su mano para indicar que requería una pausa en la exposición. En ese momento preguntaba o pedía aclaración sobre algún tema de su interés.

Cuando el director general de las Fábricas Reales hubo terminado, presentó el tema del que debía hablar su yerno, las minas. En ese momento Alfonso Platas sacó un mapa de su maletín y se lo entregó al conde de Floridablanca, dándole una rápida explicación de su contenido, para seguidamente hacer una detallada exposición del potencial minero de la zona de Sierra Morena, y los recursos necesarios para su explotación. No habían dejado nada al azar. Llevaban más de una hora con el ministro principal.

—Señores —dijo el conde al finalizar la exposición de Alfonso—, he quedado gratamente sorprendido con la magnífica preparación de esta reunión.

»Como bien saben la primera prioridad de su majestad Carlos III era repoblar las zonas desérticas por las que discurre el camino Real y llevar a cabo un plan agrícola y ganadero que permitiera a los colonos subsistir y pagar el diezmo.

»Una vez conseguido esto, era de gran importancia sacar adelante un plan para el desarrollo industrial de la zona. Rodolfo, usted fue comisionado por el intendente general don Pablo de Olavide para poner en práctica dicho plan, y he de decir que lo ha llevado a cabo con gran esmero y con unos resultados muy satisfactorios. Así me lo ha manifestado el rey —el conde hizo una larga pausa y se detuvo a mirar detalladamente el mapa minero que le había entregado Alfonso Platas—. Con este mapa se han adelantado ampliamente al siguiente paso: el rey me mencionó, al finalizar el año, que quería que empezáramos a elaborar un plan para la explotación minera de las nuevas colonias. Con el trabajo de su ayudante podemos desarrollar un plan minero en breve tiempo —con estas palabras dio por concluida la reunión.

—Excelencia —se apresuró a decir Rodolfo de León antes de que el conde se levantara—. Si me permitís, hemos traído algo más. Un regalo para el rey —mientras decía esto, su yerno sacaba del maletín el mapa que con tanto cariño había completado y coloreado Rodolfo de León en los últimos meses.

El director general tomó el mapa de manos de su yerno para entregarlo al conde. El ministro principal se volvió a colocar el monóculo para apreciar con detalle la calidad del trabajo que tenía entre sus manos.

—Pues pensaba que ya no podían ustedes sorprenderme más, pero lo han vuelto a hacer. El rey apreciará mucho este regalo, pero no solo eso, también le servirá para hacerse una idea muy clara de la situación de su proyecto de repoblación. Y les aseguro que es uno de sus proyectos favoritos—el conde se paró a pensar un momento y añadió—. Creo que sería justo si es usted, señor director, quien se lo entrega en mano al rey.

—Si me permite, excelencia —dijo Alfonso Platas, mientras salían de la antesala del salón del trono y se encaminaban a la planta baja hacía la biblioteca.

—Dígame, caballero —dijo el conde.

—Mi suegro nunca se atrevería, pero como bien sabe su excelencia hace tres años que su majestad le concedió un traslado. Pero desde entonces está a la espera de que se le asigne una vacante. Dado su frágil estado de salud

debería estar en un clima más cálido. Le rogaría, si lo tiene a bien, que su excelencia agilizara la concesión de una vacante.

El conde de Floridablanca se detuvo en el primer rellano de la escalera, y dirigiendo la vista a Rodolfo de León le preguntó:

—¿Es eso cierto, señor director? ¿Por qué no se me ha informado antes?

—No lo habría pedido si no estuviera ya desesperado, pero los dolores de espalda no me dan tregua, ni me permiten trabajar con normalidad, disculpe el atrevimiento, excelencia —contesto Rodolfo.

—Muy bien —dijo el conde—, considérelo hecho.

El cajón

El coronel Alfonso Platas con su caballo al paso se desvió del Camino Real antes de llegar a Las Navas de Tolosa. Tal como se iba acercando al edificio su corazón se iba acelerando. Tomó una curva del sendero y remonto un pequeño collado. Allí estaba ante sus ojos la mina La Rosa, una de las minas de plomo más productivas de España. Solo llevaba un año funcionando, era verano de 1815, pero él había dejado los planos y el proyecto en la casa del inspector general de las nuevas colonias, don Miguel Ondeano, en agosto de 1795. La mina había tardado casi veinte años en ponerse en funcionamiento.

Alfonso Platas se acercó al paso hasta el edificio. Podía ver la torre elevadora y las chimeneas. Del extremo oeste partía un rail sobre el que se deslizaban unas vagonetas cargadas de mineral. Tomando una suave curva a la izquierda se dirigían hacia el Camino Real en Las Navas de Tolosa. Se acercó a la curva y recordó perfectamente aquel caluroso día de junio, con el teniente coronel Ampudia y el capitán Alcázar. Recordaba el mapa que entregó a Floridablanca en 1782 con todas las prospecciones del área de Linares y La Carolina.

Se dirigía a Madrid a petición del inspector general del Real Cuerpo de Ingenieros. En los cuarteles de Leganés había aparecido un cajón con cartografía en la que figuraba su firma. Recordaba perfectamente cómo Ampudia

había enviado el cajón en 1795, para cumplir un encargo para el que el rey Carlos IV les había comisionado en 1792.

Después de enviar el cajón, la situación en España se complicó. Había terminado una guerra con Francia que dejó muy afectada a la Corona, dos años antes el rey de Francia había sido ejecutado en la guillotina. El fin de la guerra supuso una alianza con los vencedores. La alianza con Francia terminaría en la derrota de Trafalgar ante Inglaterra, donde se perdió todo el poderío naval de España. Después Francia invadió España obligando al rey Carlos IV y a su heredero Fernando a abdicar.

El coronel Alfonso Platas tenía ya 62 años, una edad avanzada, pero se encontraba aún con fuerzas, hasta el punto de decidir viajar a Madrid desde Cádiz, a caballo.

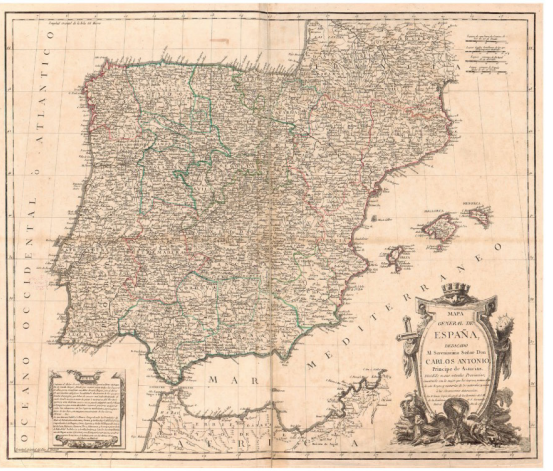
El coronel entró en Madrid por el puente de Segovia, rodeando el curso del río Manzanares y se fue directamente al Palacio Real. Al día siguiente le esperaban en Leganés para revisar el cajón de mapas y preparar una reunión con los mandos del Ejército.

El objetivo de esa reunión era poner en marcha un ambicioso plan para levantar un mapa de España de uso militar utilizando los procedimientos que se pusieron en práctica por primera vez en las nuevas colonias.

A la mañana siguiente, el coronel Alfonso Platas salió de un hostal en la calle Mayor y se dirigió a las cuadras del Palacio Real donde ya le habían preparado su caballo. Antes del mediodía se encontró con los miembros de la comisión del Ejercito en el cuartel de la Guardia Valona, en Leganés.

Cuando le enseñaron el cajón lleno de mapas se sintió como un niño al que le devolvían un juguete que se le había perdido. A mediodía los oficiales estaban de pie alrededor de una mesa alargada donde habían desplegado los mapas de las nuevas colonias. El coronel Alfonso Platas sostenía en su mano el mapa de La Carolina, mientras explicaba desde la cabecera de la mesa cómo se había elaborado el mapa y qué mejoras se podían introducir en las nuevas técnicas de cartografía.

—La base de la nueva técnica de cartografía es el uso de la triangulación mediante los vértices geodésicos —resaltaba el coronel Platas—.



Tomás López, Mapa General de España, 1770.
Real Academia de la Historia, C-011-001-01

Por lo tanto, el primer paso para la realización de un mapa topográfico exacto es la colocación de dichos vértices en los puntos elevados de las zonas que vayan a ser cartografiadas. Para ello utilizaremos tres instrumentos, el sextante, el barómetro y el cronógrafo. Con ellos definiremos con total exactitud la posición exacta y elevación del vértice. Debemos crear una trama de vértices que no estén alejados entre sí más de diez kilómetros, y que se puedan observar desde cualquier punto de la zona a cartografiar.

—¿Cómo utilizaremos los vértices una vez colocados? —preguntó un teniente coronel de ingenieros.

Carta náutica del Estrecho de Magallanes de 1861.
Biblioteca del Instituto Geográfico Nacional (S1-35-A-20).

—Bueno, vayamos por partes: los vértices deberán colocarse en sus coordenadas exactas, para ello realizare-

mos al menos tres mediciones de latitud con dos sextantes diferentes hasta conseguir que la diferencia de latitud sea inferior a una milésima de minuto —continuó Alfonso Platas—. Luego, con las mediciones de sextante en el cenit solar, tomaremos también tres mediciones de tiempo con el cronógrafo en el momento exacto del cenit y con ello realizaremos el cálculo de longitud con respecto a la longitud del Palacio Real en Madrid. Una vez situado el vértice con precisión en el mapa utilizaremos el barómetro para medir su elevación con respecto al nivel del mar.

El coronel Alfonso Platas continuó explicando cómo se realizaba luego una trama de referencias menores utilizando la triangulación de los vértices geodésicos.

En un momento de la disertación su imaginación saltó, como en un destello, a aquel primer mapa que su admirado suegro, Rodolfo de León, le regaló al rey Carlos III. Todo empezó ahí, en las nuevas colonias de Sierra Morena, en La Carolina. Un regalo para el rey. Ahora todos seguirían su método para realizar el primer mapa completo de España, y los marinos españoles iban a navegar utilizando las cartas que se elaboraron con sus cálculos, basados en las mediciones del cronógrafo de Berthold. No estaba mal para un pobre huérfano de Almendralejo.

Cirugía de un recuerdo

José Napoleón Hernández

Cirugía de un recuerdo

José Napoleón Hernández

Allí estaba el ataúd, en el centro de la sala.

—Una semana antes de morir, pidió que lo velaran con esas dos cosas —dijo mi madre entre sus lágrimas y las mías.

Me acerqué. El abuelo aún conservaba la cara de bonachón. Reviví la historia de las dos cosas que acababa de mencionar mi madre: una era dos flechas, colocadas cada una a un lado de la base del ataúd; la otra, una fotografía, sobre el altar con flores junto a la tapa. La tristeza iba *in crescendo,* y con los ojos desaguados, abandoné la sala.

Tenía apilonados los recuerdos de aquellos tres meses, desde hacía once años. Me senté en el patio bajo el árbol de mango.

***

El avión aún no aterrizaba, y rasgando el horizonte yacía la pista de Parima B. Apenas empezamos a descender se veía más nítido el paisaje y me hice la pregunta: de estas selvas y ríos caudalosos, ¿cuál será el souvenir que le llevaré al abuelo?

Parima B es un poblado indígena ubicado en el sur de Venezuela, próximo a las nacientes del Orinoco y a la frontera con Brasil. El acceso se realiza por

una pista precaria orientada de norte a sur, que recorre una explanada. En el borde izquierdo de la pista se hallan algunas casas dispersas con techos de palma y zinc y paredes de bahareque; y en el extremo, los *shabonos* de los indígenas.

Aterrizamos a mediodía; sobre la pista no se divisaba ni un ave. La temperatura aumentaba como la leña cuando se la acerca al fuego. Entre todos desembarcamos los materiales, equipos e instrumentos, desde los generadores y motosierras hasta las provisiones proyectadas para tres meses. También, lo último en tecnología: tres equipos GPS, Trimble 4000SST de doble frecuencia. Todo lo habíamos llevado en camiones desde Caracas a Puerto Ayacucho y luego, en un avión Antonov, antiguo y aún en uso, diseñado para operaciones en áreas remotas con pistas de aterrizaje improvisadas.

En la casa más grande se instaló el campamento base de la comisión técnica de Geodesia y Cartografía. En la sala dispusimos varios tablones de madera sobre los que colocamos los computadores portátiles de cien megas de memoria en el *hard disk,* con la última versión de *MS-DOS*. Allí también colgamos una pizarra y desplegamos el material cartográfico: aerofotografías, mapas regionales a escala 1:500 000, una imagen inmensa del vuelo radar de la Good Year de 1970 de la región sur del país, además del material de oficina. En una esquina instalamos la radio en las frecuencias UHF para las comunicaciones con el personal operativo y de apoyo en Caracas, Puerto Ayacucho y en los campamentos móviles en la zona.

Atrás estaban la cocina y el comedor con las mesas rústicas y, al fondo, separado de la casa, una inmensa habitación con el techo alto de zinc, más parecida a un cobertizo, que servía de dormitorio para el grupo del proyecto: ingenieros, geógrafos, médico, técnicos, cocineros, pilotos, obreros y mecánicos. Allí colgamos las hamacas bien distribuidas, una al lado de la otra. Era un salón rústico con piso de tierra apisonada, sin paredes divisorias que apaciguaran los ronquidos, los gases silenciosos y las frases incoherentes de quienes hablaban dormidos. ¡Vaya, lindo y oloroso paisaje que disfrutábamos cada noche en ese lugar! *La unánime noche,* diría Borges.

A partir del tercer día de la llegada, y después de detallar y afinar las actividades, cada mañana despegaban los helicópteros Bell 206 Ranger con los

técnicos de campo. Un grupo de avance realizaba la fase de fotoidentificación sobre aerofotografías a escala 1:80 000, difícil *tarea*. Y paso seguido, las mediciones de los puntos o detalles identificados y necesarios para la elaboración de la cartografía básica a escala 1:25 000. En tanto, el segundo grupo construía los vértices de la red geodésica y, a continuación, realizaba las mediciones GPS.

Era la época cuando la constelación GPS no había alcanzado la capacidad completa de operación, la que lograría cuatro años después, con 24 satélites en órbita y *full operation*. Por esta razón, cada día se determinaban las ventanas de observación con los respectivos parámetros —*PDOP, Skyplot*, cantidad de satélites necesarios—. Estas ventanas de observación se encontraban disponibles durante los mediodías y las madrugadas.

Después las actividades se volvieron rutinarias, aunque veloces como si estuviéramos todo el tiempo en emergencia. Los helicópteros en el lleva y trae continuo de los grupos, regresando al campamento base durante la tarde; mientras que otros pernoctaban en alojamientos móviles sobre helipuertos recién construidos. Todos los eventos se planificaban sobre la marcha, incluyendo el procesamiento diario de datos GPS y el cálculo de una y otra vinculación por métodos convencionales.

Los días transcurrían sin contratiempos ni alteraciones. Yo miraba pájaros de todos los colores y de otros que no sabía que existieran: verde rojizo, amarillo negruzco, azul fuego, rojo cobrizo.

Cuando tomaba un descanso, dejaba el campamento, cerraba los computadores portátiles y apagaba los generadores eléctricos que funcionaban con una combinación de gasolina y aceite dos tiempos. Caminaba hasta la pista y lo primero que hacía era mirar hacia el extremo sur, por donde se asomaban los escasos vuelos procedentes de Puerto Ayacucho.

Una de las tantas tardes, mientras caminaba hasta el vértice instalado sobre una pequeña elevación al este de la pista, que se observaba todos los días como estación base de la red GPS, iba con la misma pregunta:

«¿Qué le llevaré al abuelo de *souvenir* de estas selvas y ríos caudalosos?»

No hallaba la respuesta. Cuando iba a mitad de la subida entre los árboles, me encontré con cinco yanomamis desnudos, *shoris* les decíamos, que blandían arcos y flechas pintados de ocre. Detrás de ellos, a unos cincuenta metros, los seguían sus mujeres, suponía. Luego del saludo mudo levantando la cabeza y del cruce de palabras que nadie entendió, tomé una de sus flechas. Esa vez, entre el ir y venir de las palabras y señas que entendíamos a medias, cuando pensaba renunciar a la *globalidad de la comunicación*, a la oralidad en la intemperie, los indígenas se cruzaron una mirada adiestrada, y supieron lo que les quería decir. Ellos también trataron de hacerse entender, mostraron cuatro dedos y pronunciaron la palabra del *vil metal*: quinientos. La *conversación* continuó y finalmente, entendí lo que trataban de decir: dos flechas por dos mil bolívares entregadas antes de partir de Parima B. Después siguieron su camino, con el cuerpo recto como una vela y la cabeza alta a pesar de llevar el arco extendido y la flecha a media tensión. Detrás marchaban las mujeres. Me di cuenta de que iban con un racimo de bananos sobre un rodete colocado encima de sus cabezas y con los niños en los brazos.

¡Tenía resuelto el *souvenir* del abuelo!

Efectivamente, a los tres días, los *shoris* llegaron al campamento. Responsables. Traían las dos flechas. Y otra vez empezó nuestra fluida conversación. Les entendí que las flechas tenían las puntas recubiertas, pero recubiertas de curare: el veneno. Luego que intercambiamos las flechas y el dinero, en la oficina las envolví en un tubo delgado de cartón.

—¡Las mejores flechas! —grité.

Otro día, antes de la hora de la malaria o del mosquito, entre las 5 p. m. y las 7 p. m., esperaba el regreso a la base de los grupos. Desde el campamento y con la vista orientada al sur, veía a los soldados acantonados del ejército; y hacia el norte, se escrutaban los *shabonos* circulares y las colinas sobresalientes. Sobre una de estas colinas, en la que colocamos la estación GPS base, años después, colocaríamos un *corner reflector* para el levantamiento con radar, banda X, del proyecto CARTOSUR I, realizado por el Instituto Cartográfico de Cataluña, España.

La brisa continua nos dejaba, las tardes de los domingos, jugar un partido de fútbol entre las selecciones de los yanomamis y la de los pilotos y técnicos, a pesar de que el sol recalentaba las cabezas y derretía las cortinas de polvareda. Por supuesto, y sin vergüenza, nunca les ganamos un partido a los veloces y descalzos yanomamis, a pesar de que lucíamos las camisetas estampadas del Real Madrid, del Barcelona, del Manchester y del Milán. ¡Qué deshonra!

Doscientos metros más abajo del campamento, se extendía el pozo, arrimado a la selva, oscuro y oloroso a humo frío: cubierto por las sombras de los árboles con los ramajes y bejucos colgantes. La primera vez, nos abrirnos paso a machetazos para llegar a él, atravesado por una quebrada de aguas perezosas. Más abajo se veían los troncos flotando como cadáveres, con los bejucos y las enramadas abrazados a la brisa.

A pocos días para el regreso, ya había planeado las actividades y durante la tarde me duchaba en el pozo acompañado de la brisa, más fría. Sentí una picazón en la punta del dedo gordo del pie derecho. Fui a la orilla con el frío de las aguas golpeando la valentía. Me senté sobre la roca. Tenía una pústula palúdica con un punto negro en el centro. Entonces durante un largo rato miré, revisé, observé, estudié, analicé, reconocí y examiné lo que parecía un ojo amarillento y deforme. A partir de ese momento, sentiría como si *ese* «ojo» me observara, sin embargo, me alegraba cuando sospechaba lo que podría ser. Me levanté, caminé hasta la cocina y le pedí un café al cocinero.

—Laíto, ¿usted conoce las niguas?

—Si, claro que sí. Los *shoris* están cundidos de niguas. Son cómo de este tamaño, se alimentan de carne viva y se beben la sangre de la gente —hizo un círculo con los dedos índice y pulgar—. Son pequeñas y tienen un punto chiquitico y negro, negrito, en el centro.

Pequeñas y tienen un punto chiquitico y negro, negrito, en el centro. Miré de reojo la nigua.

Era una nigua, sí, y de niguas sabía muy poco. Lo primero que llegó a mi memoria fue el refrán que escuchaba desde niño cada vez que alguien se refería a una persona glotona: «Come más que una nigua».

Y lo confirmaba por lo que contaban los abuelos cuando niño. Era una nigua, sin duda.

Imaginaba la cara del abuelo. «Es una nigua, Joseíto».

La tarde siguiente, salí del campamento para apurar la llegada del día de partida. Los días transcurrían sin ver otra cosa que la pista, los verdes de los árboles, la paciencia de los indígenas, los pájaros volando rasantes y, como novedad, mi nigua. Solitario caminé hasta el borde de la maltrecha pista, donde cada tarde las desnudas indígenas yanomamis pasaban el tiempo con los codos apoyados sobre los enormes bidones de queroseno para los helicópteros. Otras se divertían con una costumbre vespertina: se espulgaban unas a otras los piojos de la cabeza, que luego masticaban y saboreaban como golosinas diminutas. Al rato llegó el jefe yanomami, con tenía la cara recién pintada de colores alegres. Hablamos un largo rato, hasta le pregunté lo que yo ya sabía: ¿eran niguas aquellas pústulas dibujadas en los pies de los yanomamis? El jefe caminaba e iba señalando los pies descalzos y niguatosos de los indígenas. Andábamos lentamente, y los indígenas con la cara de inocencia, me decían que tenían mucha hambre —*Pruka ohë*—, al mismo tiempo que sobaban sus panzas. Pacientemente, observaba las niguas incrustadas en sus dedos, piernas y hasta en los brazos. Abundantes niguas. No sentían que sus niguas los observaran ni le prestaban atención.

¿Niguas que miran? Tanta lejanía y ansiedad ya me estaban trastornando.

Esa misma noche recordé cuando era niño y acompañaba al abuelo en las travesías y ascensos hacia El Alto de La Cruz. Sentados sobre grandes piedras recordaban la época, no tan lejana, en la que las niguas abundaban y eran una molestia en sus vidas. Entre tanta conversa, medio recuerdo que comentaban entre ellos: «Gracias a dios se acabaron las niguas que solían torcer los pies de las personas. Las mujeres ni siquiera podían dormir por las noches, ocupadas en sacarles las niguas a los muchachitos. En aquella época no se salvaba nadie de las niguas, y hasta a los generales Juan Vicente Gómez y Pérez Jiménez les había caído esa plaga». Eso decían.

¿Desde cuándo el abuelo no veía una nigua?

Al año siguiente, supe que de las niguas se hablaba desde hacía siglos, según lo que había leído en la *Historia general de las Indias*, del cronista Francisco López de Gómara en el siglo XVI: «La nigua es como una pulga… Algunos españoles perdieron con esto los dedos de los pies y otros, todo el pie».

Y me iba surgiendo la duda, es decir, la duda de las *cuarenta mil leguas de viaje*. ¿Qué haría con mi nigua? Barajaba las primeras opciones que se me ocurrían: ¿reportar aquello al médico de la expedición: «tengo una nigua» (ya lo imaginaba extrayéndola)? No. ¿Mostrarles a los demás compañeros o informar a la directora general? No. Definitivamente, no pasaba nada, no era el fin del mundo. Más tarde, cuando se escuchaba el sonido del rotor del primer *toco-toco*, como le llamaban los indígenas a los helicópteros, ya había tomado una decisión, pero no era ninguna de las que acababa de pensar.

A partir de aquel momento, cada noche acostado en la hamaca, me dormía acariciando la nigua con los dedos del otro pie. Asimismo, con las uñas y suavemente, rascaba alrededor de la nigua para disminuir la picazón nocturna. Sabía que debía protegerla hasta su destino. Definitivamente, no le contaría a nadie la situación en la que me encontraba. Era el primero y el único sortario, de todo el grupo, a quien le había picado una nigua. Ni siquiera les había ocurrido a los grupos de trabajo que pernoctaban en campamentos móviles en la selva, a pesar de permanecer en tantos sitios infestados de niguas: Coyowateri, La Neblina, Aracamuni, Ocamo, La Esmeralda y hasta en el campamento brasileño de Surucucú. Ninguno tuvo la suerte de «apoderarse» de una nigua como un garimpeiro del oro.

Cada vez sentía que me observaba y ahora, además, desde ese momento tuve precaución de no herirla ni molestarla para no extirpar ni dañar sus huevos antes de tiempo.

—Serás una ofrenda, un souvenir viviente —le dije una mañana apenas desperté, después de un sueño que se repitió durante tres noches seguidas.

Soñaba que tenía el cuerpo cubierto de niguas, y explotaban cuando me revolcaba en la cama. Permanecí un rato en la hamaca, y no pensaba en la historia de aquella nigua, sino en Gregorio Samsa, en su preocupación. Si yo andaba intranquilo, cómo se sentiría él.

No herirla ni molestarla ni dañar los huevos. Y ahora, niguas que explotan.

Por suerte, en menos de una semana estaríamos regresando de Parima B, después de que el sol decembrino hubiese resecado el césped alrededor de la pista, y los jamones, los pollos y los cuartos de carne de res hubieran desaparecido. Sobraba la comida enlatada: sardinas, atún y carne. También sobraban las lentejas, lentejas y más lentejas, caraotas, caraotas y más caraotas y pasta y más pasta.

Por mi parte, cuidaba a mi nigua como a una mascota minúscula, pero sin la preocupación de alimentarla y servirle agua. No usé más las botas de campo, andaba con sandalias para que ella estuviera más cómoda, sin sofocamiento. No jugué más fútbol. A los cinco días llegó el veterano y viejo avión Antonov que nos dejaría en Puerto Ayacucho, luego desde allí, en vuelo comercial a Caracas.

Cuando llegamos a Puerto Ayacucho, los compañeros, desesperados, buscaban cualquier sitio en el que hubiera muchas cervezas frías. No quise acompañarlos para evitar los tragos y —no recuerdo el pretexto que aduje para evitar la reunión— con algún tropezón, terminar con la vida de aquella cosita, inofensiva. Por otro lado, en las noches empecé a sentir picazones débiles y esporádicas en los otros dedos del mismo pie.

Regresamos a Caracas a mediados de diciembre. Al día siguiente junto a mi familia tomamos el primer vuelo a la tierra de los abuelos en Los Andes. Apenas aterrizó el avión, al descender, lo primero que hice fue mirar hacia El Alto de la Cruz cubierto de niguas, digo, cubierto de nubes. Recordé las largas caminatas con el abuelo y sus parloteos.

Cuando apenas lo vi, apurado le pedí la bendición, y sonriendo le dije:

—Abuelo, tengo algo que mostrarte, dos regalos.

—Pero antes recítame todas las historias que traes de allá.

—Tres meses de historias, ¡resumir tres meses de historias! Con todo, manos a la obra, abuelo.

Así que, acompañados por una taza de café, luego dos más, le iba narrando todo el trabajo de la comisión: anécdotas y peripecias. Cuando terminé contar lo que creía que era lo más importante; el abuelo se levantó y me abrazó.

—Ahora sí, ¿dónde están mis regalos, Joseíto?

Abrí la delgada caja en la que estaban envueltas las dos flechas.

—Observa bien, abuelo —y le mostré las dos flechas autóctonas—. Tienen las puntas envenenadas con curare, el veneno más peligroso. Así que, precaución con las puntas.

El abuelo tomó las dos flechas, y pacientemente las detalló. Tomó una en cada mano, llegó hasta el zaguán de la casa, desmontó dos cuadros de pinturas resecas y las colgó allí.

—Falta uno, el segundo, el segundo regalo, no creas que lo he olvidado —reclamó mientras me pasaba su brazo de campesino por mis hombros.

—Es algo que no has visto desde hace muchos años.

—¿Serán unas morocotas? —dijo con burla.

Lo invité a la silla de la sala, y me senté frente a él. Me descalcé el pie derecho y coloqué la pierna sobre su muslo. Extrañado me miraba.

—Adivine, abuelo, ¿qué es esto que tengo en la punta del dedo gordo? Vamos a ver si sabes. Es algo curioso, solo se consigue en tierras remotas.

Se acomodó los espejuelos, suspiró profundamente, y le echó los ojos al dedo gordo. Me extrañó que observara, además, los otros dedos del mismo pie.

—*Nojoda,* Joseíto, estás cundido de niguas —dijo incrédulo mirándome a los ojos.

—¿Cómo que cundido, abuelo? —recogí la pierna y revisé la planta del pie y los dedos. Cierto, allí, debajo los dedos y hasta en la planta del pie dormían varias niguas.

—Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete. Tienes siete niguas. Una finca con siete reses —dijo el abuelo con su infaltable humor. Devolvió la mirada por debajo de los dedos. Parecía que con los ojos acariciara las niguas… las reses—. No puedo creer lo que estoy viendo —y continuó con los ojos fijos en aquellas pústulas amarillentas—. Apuesto que andabas descalzo por esos montes.

Entretanto, la abuela había permanecido agachada y silenciosa, tapándose la boca con la mano. Levantó la cara, me miró con los ojos redondeados:

—Niguas, tantas niguas juntas. Hace años que no veía alguna. Válgame Dios.

El abuelo dijo burlonamente, mientras tosía:

—Necesito una aguja de coser, alcohol y algodón para realizar esta compleja cirugía.

Luego de unos minutos, la abuela trajo la aguja y el frasco de alcohol y segundos después volvió con un rollo de algodón.

El abuelo limpió todos los dedos y la planta del pie con un trozo de algodón humedecido con alcohol. Tomaba la aguja y con la otra mano apretaba cada una de las niguas, allí donde sobresalían. Mis niguas que, a partir de ese momento, pertenecían al abuelo. Me di cuenta de que la más vieja, la del dedo gordo, había aumentado de tamaño; obesa, sobresalía entre las demás.

El abuelo con astucia sutil escarbaba los bordes redondeados y blandos de cada una. Nadie quería perderse algo de la tarde del domingo, hasta el resto de los nietos y mis tías, alrededor del abuelo movían sus cabezas buscando acomodo para observar todo lo que sucedía. Sentía dolor cuando la aguja encontraba la carne viva, herida, pero confiaba en la pericia del abuelo. Callé para no interrumpirlo.

—Esto parece la extracción de un órgano, una cirugía: la cirugía de un recuerdo, ¿no creen? —dijo el abuelo levantando la cabeza—. Quiero que me tomen una foto. De esto, de sacar niguas tengo una vasta experiencia, y sin ser médico. Será la última cirugía que realice —dijo, con el tono burlón de siempre, y al momento aparecieron una Polaroid y otra Kodak. Tomaron varias fotografías en las que el punto focal era el abuelo y mi pie derecho—. Enmarcaré una de esas fotos. Esta tarea de hoy no se puede ir en blanco.

El abuelo seguía hurgando en las cunas de cada nigua como si removiera en su memoria, en sus recuerdos, en aquello que charlaba con sus amigos durante las largas caminatas en las que le acompañaba. Descubría cada pústula, y la desprendía de la piel. Las tomaba con algodón entre los dedos y las apretaba. Pus amarillento y gomoso. Las envolvía en algodón. El ojo circular del dedo gordo ya no me observaba, y tampoco los otros seis. El abuelo roció alcohol sobre las heridas, entonces vi... no, no vi nada, sentí el ardor chorreando desde los dedos.

—Algo tan pequeño, tan pequeño, hace que se despeñen tantos recuerdos que me inundan ahora. ¿No es así, Joseíto? —dijo pensativo el abuelo.

—Así es, abuelo.

Eso dije, en mi recuerdo. Volví al ahora, al árbol de mango. Me levanté y regresé a la sala mortuoria. Otra vez observé el rostro del abuelo junto a sus dos regalos.

El frío de la noche golpeaba mi resignación y todo cuanto había quedado atrás.

Latitudes de ceniza

Sonia R. Prieto

Latitudes de ceniza

Sonia R. Prieto

Ivet siempre había creído que la Tierra hablaba. No en palabras… sino en datos.

Lo supo desde niña, cuando prefería perderse en los mapas del viejo atlas de su abuelo antes que mirar los dibujos animados. Las líneas de latitud, las curvas de nivel… todo eso le parecía más real, más verdadero, que cualquier historia inventada.

Con el tiempo, su obsesión se convirtió en vocación. Geógrafa de formación, experta en Sistemas de Información Geográfica y modelado predictivo, había pasado los últimos años programando a la única compañera que nunca le mentía: la IA del Proyecto GEODATA-AI.

Para 2028, Ivet ya sabía que los modelos climáticos tradicionales se habían quedado obsoletos. Ni las simulaciones ni los escenarios propuestos por los grandes organismos internacionales alcanzaban a predecir el ritmo frenético del cambio. Faltaban capas, faltaban patrones invisibles. Faltaba lo que solo una IA sin sesgos humanos podría ver.

Por eso había enseñado a su sistema a leer el mundo de otra manera, no como un conjunto de datos sueltos, sino como una red viva, interconectada, donde la presión subterránea en un volcán podía ser el prólogo de un colapso climático global. Ivet se había esforzado en depurar los algoritmos, alimentán-

dolos con datos brutos y variados, para que la IA pudiera trascender las interpretaciones humanas.

Aquella mañana —como tantas otras— Ivet encendió la pantalla. No esperaba que fuera diferente.

La pantalla mostraba un mundo descolorido, como una fotografía antigua, donde la vida parecía estar en pausa. Ivet deslizaba los dedos por el panel táctil mientras la IA procesaba la última actualización de datos satelitales. Capas y capas de información geográfica se apilaban en el visualizador: temperaturas del suelo, concentraciones de gases y deformaciones casi imperceptibles en la corteza terrestre.

Todo parecía en orden, hasta que la anomalía apareció.

Un pequeño punto rojo titilaba en medio del Pacífico, justo en la franja que todos en la profesión conocían como el Cinturón de Fuego y que había tenido baja actividad en los últimos años. Ivet frunció el ceño. Esa zona —un anillo sísmico y volcánico que rodeaba todo el océano Pacífico— concentraba la mayor actividad geológica del planeta.

Recorrió la base de datos, verificó las distintas capas de información: geotermia, presión atmosférica, microcambios en la topografía terrestre —un campo donde la geodesia había logrado medir lo que a simple vista es invisible—. Nada justificaba aquella alerta.

Por un instante, Ivet recordó las tardes con su abuelo, señalando volcanes en el atlas viejo, mientras le contaba historias de gigantes dormidos. A veces pensaba que todo había empezado allí, entre mapas amarillentos y la promesa de que la Tierra siempre tenía algo que decir... si sabías escucharla.

—Otra falsa predicción —murmuró—. O la IA se está volviendo paranoica.

Pero la IA no se equivocaba tan fácilmente. El modelo había sido entrenado con millones de registros históricos, datos en tiempo real y simulaciones climáticas extremas. Era su creación más ambiciosa: un sistema capaz de detectar patrones invisibles para el ojo humano y predecir puntos críticos antes de

que el desastre se materializara. Un SIG[1] avanzado capaz de cruzar variables físicas, ambientales y sociales en un único mapa dinámico.

Volvió a ejecutar la simulación, esta vez aplicando un filtro sobre las zonas volcánicas. Entonces lo vio, no era solo un punto aislado. Al menos cinco zonas volcánicas del planeta mostraban el mismo patrón: aumento de presión subterránea, liberación de gases invisibles a los sensores estándar y sutiles deformaciones del terreno que la teledetección orbital empezaba a registrar.

—No puede ser... —susurró.

El sistema desplegó el mapa mundial y, como cicatrices a punto de abrirse, empezaron a encenderse los nombres que nadie quería ver en rojo: Popocatépetl, Eyjafjallajökull, Kilauea...

Ivet tragó saliva. Sabía que los volcanes no solían actuar al unísono. Y, sin embargo, ahí estaban, marcando un patrón como si la Tierra estuviera advirtiendo algo.

—¿Qué estás viendo que yo no veo? —preguntó al vacío, casi esperando que la IA le respondiera y le dijera que todo era un error.

La predicción final apareció en la pantalla:

«Riesgo de evento encadenado. Probabilidad de activación múltiple: 83 %. Ventana crítica de las primeras reactivaciones: entre 72 horas y 10 días».

Se dejó caer en la silla, con la mirada fija en la pantalla. Una parte de ella quería creer que era un error, un fallo en el sistema. Pero en el fondo… lo sabía. No era un dato suelto. Era la Tierra, gritando. Y nadie estaba escuchando.

El cursor parpadeaba sobre la predicción. Ivet leía una y otra vez el porcentaje de probabilidad, como si el número fuera a cambiar. 83 % de activación múltiple.

[1] Sistema de Información Geográfica

La IA no estaba programada para el alarmismo. Era fría, matemática. Si mostraba ese resultado, era porque los datos lo respaldaban.

Abrió el canal seguro y lanzó el primer informe a la Red Internacional de Monitoreo Climático y Geológico, una de esas alianzas globales que cruzaban información desde observatorios terrestres hasta satélites en órbita.

Solo el encabezado bastaba para sonar a ciencia ficción:

*«Posible evento de activación volcánica encadenada. Impacto climático severo probable. Tiempo estimado: 72 horas».*En su mensaje, Ivet había incluido la explicación técnica:

«El modelo se basa en un análisis SIG de múltiples capas de datos: vigilancia satelital, deformación topográfica medida por geodesia espacial, y anomalías térmicas subterráneas».

Pero ni eso ayudó.

La respuesta no tardó en llegar. Una línea seca, casi burocrática:

«Recibido. Requiere verificación adicional. Los modelos climáticos globales no contemplan correlación directa entre estos sistemas. Seguiremos monitoreando».

Ivet apoyó los dedos suavemente sobre el teclado intentando calmarse.

«Seguiremos monitoreando» era la forma elegante de decir «no te vamos a hacer ni caso».

Ivet lo leyó en voz alta, sintiendo cómo cada palabra pesaba sobre su pecho.

—Nos acaban de enterrar… —murmuró.

Se quedó mirando la pantalla, en silencio, antes de susurrar casi para sí misma:

—¿Y si tienen razón? ¿Y si solo estoy viendo fantasmas entre los datos?…

Ethan la cortó de inmediato, con la voz cargada de certeza:

—No. Esta vez no. Los fantasmas no hacen temblar la Tierra.

Miró de nuevo el mapa. La IA seguía trabajando, actualizando la proyección cada segundo. Los algoritmos refinaban la predicción mientras la base de datos crecía con cada nuevo registro atmosférico y sísmico. La retroalimentación climática —ese fenómeno por el cual un cambio inicial desencadena reacciones en cadena que agravan la crisis— se volvía cada vez más probable.

—¿Y si tienes razón? —le susurró a la IA—. ¿Y si realmente es el principio… de algo más grande?

Ivet se quedó inmóvil. No era solo lava y cenizas lo que la IA preveía. La activación volcánica masiva liberaría millones de toneladas de CO_2, dióxido de azufre (SO_2) y aerosoles a la atmósfera. Gases capaces de alterar las corrientes atmosféricas, bloquear la radiación solar y empujar al planeta hacia un nuevo y desconocido equilibrio… o hacia el colapso.

El teléfono vibró en la mesa. Era Ethan, su único aliado en aquel proyecto.

—Dime que estoy viendo mal los datos —fue lo primero que soltó ella.

—Ojalá —respondió él con la voz grave—. Pero ya llegaron las primeras imágenes térmicas desde los satélites. La anomalía sobre el Popocatépetl es real. Y el Kilauea... está temblando.

Un silencio pesado se instaló entre ellos.

—Nadie nos va a creer —susurró Ivet.

—No… —contestó Ethan—. No hasta que empiecen a caer cenizas.

—¿Te das cuenta de lo que significa si esto es cierto? —añadió después de un silencio—. No estamos hablando de evacuar una ciudad… es el clima,

Ivet. Es la Tierra misma diciendo basta. ¿Cómo le explicas eso a alguien que ni siquiera cree en el cambio climático?

La IA proyectó la siguiente predicción: un nuevo punto rojo apareció en Islandia.

El Eyjafjallajökull… dormido desde hacía años… despertaría pronto.

El primer rugido llegó antes de que amaneciera.

Ivet lo supo por el tono de la llamada de Ethan, seco, casi sin aliento.

—Popocatépetl… acaba de entrar en erupción.

Se quedó helada. La predicción se había cumplido con exactitud quirúrgica. La IA no había fallado.

—¿Y los demás?

—Nada oficial… pero el Etna parece mostrar emisiones de gas y sismos de baja magnitud. Es extraño… está fuera del Anillo de Fuego.

Ethan golpeó la mesa, frustrado:

—¡Ahí está! ¡Y seguirán diciendo que son eventos aislados… hasta que tengan lava en la puerta de su casa!

»En Islandia, los sensores registran actividad anómala… pero dicen que es normal para la zona.

Ivet miró el mapa en la pantalla. El marcador sobre el Popocatépetl ahora palpitaba como una herida abierta. Al lado, la IA había actualizado la predicción:

«Probabilidad de activación en cadena: 91 % — Evento en curso».

Encendió las noticias. Imágenes aéreas mostraban la columna de ceniza elevándose hacia el cielo mexicano como una advertencia directa de la Tierra.

Los titulares hablaban de un evento local. Nadie entendía —o no quería entender— la magnitud del patrón.

—Van a decir que es casualidad —murmuró Ivet—. Que es un ciclo natural más.

Ethan respiró hondo al otro lado de la línea.

—Claro que lo van a decir. Hasta que el siguiente estalle… y después el siguiente. Entonces será tarde.

Ivet volvió la vista a la pantalla. La IA no dejaba de procesar: incontables capas de datos, desde la teledetección satelital —que ahora mostraba anomalías térmicas en otros cráteres— hasta las mediciones geodésicas de deformación del terreno. Todo encajaba en un patrón… y lo que más la inquietaba era que no se limitaba al Anillo de Fuego.

Incluso el Etna, fuera de esa zona sísmica, mostraba signos de presión subterránea. Como si la cadena hubiera saltado las placas. Una teoría marginal sobre las «líneas de estrés profundo», que conectaban puntos volcánicos distantes, resonó en su mente. Tal vez, después de todo, aquellos geólogos excéntricos tenían razón. Tal vez —pensó Ivet— había patrones tectónicos invisibles aún por descubrir, conexiones que ningún modelo había logrado mapear.

Suspiró lentamente, sintiendo por primera vez el peso real de lo que la IA estaba mostrando. No era solo una serie de erupciones. Era el comienzo de una alteración a escala planetaria.

La ceniza ya cubría el cielo en México. Pronto lo haría en todo el mundo.

Ivet no sabía cuánto tiempo llevaba sin moverse frente a la pantalla. La erupción del Popocatépetl era solo la primera ficha de dominó. Lo intuía. La IA lo sabía.

El sistema lanzó un nuevo mensaje:

«Proyección visual disponible. ¿Desea visualizar el modelo predictivo?»

Ivet tragó saliva y activó la pantalla completa.

El mapa del mundo se desplegó ante sus ojos, oscuro y cargado de datos, como una radiografía viva del planeta. Los volcanes aparecían uno a uno, rodeados de halos rojos y líneas de tensión geográfica que tejían una red sobre la superficie terrestre.

Los nombres parpadeaban en rojo, como si el sistema conociera la historia de cada uno:

Popocatépetl, Etna, Eyjafjallajökull, Kilauea, Fuego, Krakatoa…

En la esquina superior, la IA había titulado el mapa sin consultar a nadie:

«Escenario de Activación Encadenada - Nivel Crítico».

Cada punto rojo no era solo un volcán activo; era el resultado de capas de información cruzadas: la sismicidad registrada por estaciones geodésicas, la actividad térmica detectada por los satélites de observación remota y la deformación del suelo medida con precisión milimétrica.

Las rutas de propagación aparecían como velas encendidas, cruzando continentes y océanos. Al fondo, el porcentaje de riesgo superaba ya el 90 %.

Ivet sintió un escalofrío. No era un simple mapa. Era el futuro, dibujado con la precisión brutal de los datos y la indiferencia de las predicciones matemáticas.

La Tierra estaba hablando, y la IA la había escuchado antes que nadie.

Ethan entró en la videollamada justo cuando ella no podía apartar la vista de la imagen.

—¿Lo ves? —susurró él.

Ivet solo asintió.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Ethan.

Ivet apenas pudo responder.

—Publicarlo. Aunque nadie lo crea… tenemos que mostrarlo.

Miró la pantalla una última vez. El mapa seguía allí, palpitando como un corazón moribundo.

Una advertencia. Un presagio. Una sentencia.

El informe salió esa misma noche. No por decisión de Ivet, sino por la IA.

Mientras ella aún debatía si filtrar el mapa, el sistema activó el protocolo de difusión automática:

«Riesgo inminente de activación volcánica encadenada. Recomendación: alerta global».

El mensaje, acompañado del mapa, llegó a las principales agencias geoespaciales y comités de emergencia climática. La IA había incluido en su envío los datos más duros: mediciones topográficas de los satélites, variaciones en la geodésica terrestre y patrones de deformación obtenidos por interferometría radar capaces de medir incluso los cambios más sutiles en la superficie terrestre.

Nadie respondió.

Horas después, la Organización Internacional de Respuesta Geológica publicó un comunicado. Corto, frío, clínico:

«Se han recibido informes de modelos predictivos no validados que sugieren un escenario de activación volcánica múltiple. Tras revisión preliminar, se

considera altamente improbable dicho escenario. Recomendamos mantener la calma y continuar con los protocolos habituales de vigilancia sísmica y volcánica».

Ivet lo leyó en voz alta, sintiendo cómo cada palabra pesaba sobre su pecho.

—Nos acaban de enterrar… —murmuró.

Ethan, al otro lado de la videollamada, apretó los puños.

—No quieren creerlo. No pueden. Si aceptan el modelo… se acaba su control sobre la narrativa.

Ivet bajó la mirada, agotada. La IA seguía procesando, alimentándose de nuevos datos en tiempo real. El Etna había comenzado a expulsar ceniza. Nadie lo decía aún en las noticias.

La pantalla parpadeó con un nuevo mensaje:

«Siguiente evento previsto: Islandia. T-36 horas».

Ella respiró hondo.

Quiso llamar a alguien, compartir el peso de aquella certeza… pero, ¿con quién?

Nadie estaba preparado para escuchar lo que ella había visto

—La próxima erupción… será imposible de negar.

Ethan asintió.

—Entonces esperaremos. Cuando el cielo se vuelva negro… nos escucharán.

El primer temblor fue casi imperceptible, un susurro en los sismógrafos. Pero la IA lo leyó al instante, con la frialdad de quien ya conoce el final.

«Eyjafjallajökull — Activación confirmada. Evento en curso».

Ivet percibió una presión en el pecho, como si le faltara el aire. No necesitaba imágenes. El mapa bastaba. El volcán islandés palpitaba en rojo, y una línea de tensión recorría todo el Atlántico Norte.

Ethan la llamó antes de que ella pudiera reaccionar.

—Está pasando —dijo con voz quebrada—. Las cámaras térmicas lo captaron primero… pero ahora ya no hay dudas. La pluma de ceniza se eleva más de diez kilómetros. El espacio aéreo está cerrado. Europa mira al cielo… y no entiende.

Ivet se quedó en silencio. La predicción no había fallado. La secuencia encadenada había comenzado.

—¿Y ahora qué hacemos, Ethan? —preguntó, con la voz temblorosa.

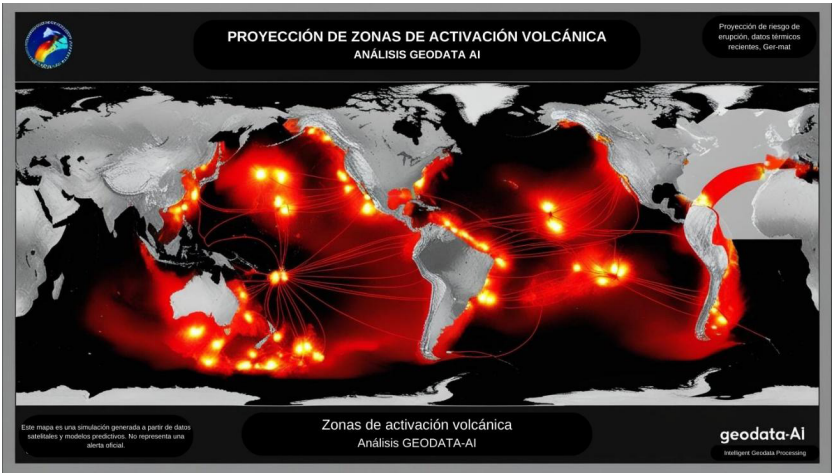
Hubo un silencio. Luego, la respuesta llegó, cargada de cansancio:

—Esperar. Fingir que todo sigue igual… hasta que el cielo se caiga sobre nuestras cabezas.

Ivet alzó la mirada al visor, donde la IA seguía actualizando el modelo. Los datos de teledetección confirmaban el ascenso de temperaturas en la cámara magmática días antes. Las estaciones geodésicas habían detectado la deformación milimétrica de la corteza. Todo estaba ahí… en los mapas.

El nuevo mensaje apareció en pantalla:

«Próximo evento probable: Cinturón de Fuego del Pacífico. Ventana estimada: 72 horas. Escenario de colapso climático: 92 %».



—Ya no importa que lo crean —dijo Ivet, con un tono apagado—. La cadena está en marcha.

Ivet cerró los ojos.

Por primera vez entendió que los mapas no servían para predecir el futuro… solo para dibujar el final que nadie quería ver.

La ciudad amaneció gris. No por el invierno… sino por la ceniza.

Ivet no encendió las noticias. No hacía falta. El mundo sabía, aunque se aferrara aún a la negación. Los satélites mostraban la nube de polvo cubriendo el norte de Europa y cruzando el Atlántico.

El futuro… ya estaba aquí.

La IA no esperaba órdenes. Se limitó a proyectar el último modelo predictivo sobre la pantalla. Un mapa global, saturado de puntos rojos y líneas de tensión tectónica.

«Escenario irreversible» —titulaba el sistema. Sin adornos. Sin drama. Solo datos.

Ivet tragó saliva. Cada volcán marcado era una amenaza latente. Cada línea, una fractura que la Tierra había comenzado a reclamar.

El visor mostraba cómo las montañas se hinchaban milímetros imperceptibles, como si la Tierra contuviera la respiración. Las chimeneas naturales, ahora respiraderos descontrolados, escupían CO₂ en cantidades que hacían palidecer los modelos climáticos. Y los satélites, con sus ojos térmicos, mostraban un planeta que ardía por dentro. Ivet vio la convergencia, la confirmación brutal de que la Tierra estaba despertando de su letargo.

El teléfono vibró. Ethan.

—Nos están llamando —dijo sin saludo—. Ahora sí… quieren que expliquemos.

Ivet sonrió con amargura.

—¿Explicar qué? ¿Que el mapa ya no es una predicción… sino un espejo?

Ethan no respondió. Ella supo que tampoco lo esperaba.

En la vieja libreta de notas, Ivet leyó por última vez aquella frase olvidada:

«Todo mapa es un presagio, si sabes leerlo».

La IA lanzó el último mensaje, casi como un epitafio:

«Siguiente punto crítico: expansión hacia el Cinturón Mediterráneo y Asia Central. Tiempo estimado: 48 horas».

Ivet respiró hondo. Sabía que el mundo miraría el mapa… pero ya sería tarde.

Cerró los ojos.

—Me quedaré a mirar cómo se dibuja el final —susurró.

Y frente a ella, el mapa palpitó por última vez.

Los datos ya no mentían.

La Tierra… solo estaba empezando a hablar.

Los nombres del cielo

Gonzalo Hernández Barrios

Los nombres del cielo

Gonzalo Hernández Barrios

«Entonces el Señor Dios modeló de la tierra todas las bestias del campo y todos los pájaros del cielo, y se los presentó a Adán, para ver qué nombre les ponía». (Génesis 2, 19).

I. LA IMPORTANCIA DE LLAMARSE JORGE

—Se llamará Jorge —insistió, cabezota, William.

—Seguro que el rey está encantado de que propongas su nombre —respondió Caroline, mientras hilaba las palabras para hacer a su hermano entrar en razón—, pero él no vivirá para siempre. En cambio, el nombre que se le ponga a este planeta permanecerá durante generaciones.

—Precisamente ese es un argumento a mi favor, ¿qué mejor forma de inmortalizar el nombre del rey que nos está apoyando?

—Le puedes agradecer su apoyo con una carta, como en otras ocasiones.

—Esto no es como en otras ocasiones, ¡estamos ante un planeta! Nunca se había descubierto un planeta no visible al ojo humano. Es algo que incluso supera al descubrimiento de las lunas de Júpiter por Galileo. El nombre del rey Jorge ya jamás será borrado de la historia.

Caroline recogió diligentemente los platos de la cena, mientras William se dirigía al patio trasero, donde minutos después iría ella.

—Mercurio, Venus, Marte, Júpiter, Saturno y… Jorge —enumeró Caroline para que William notase lo absurdo de la idea—. ¿De qué era dios Jorge exactamente?

—Esos nombres se pusieron en otros tiempos, la gente miraba al cielo y ubicaba allí a los personajes de sus mitologías. Hay un cielo lleno de mitos, que seguirá estando ahí, pero a través de los telescopios podemos ver un cielo nuevo, al que podemos llevar nuevos nombres, no los que pondrían los antiguos, sino nombres relacionados con los tiempos en que descubrimos nuevos objetos celestes. Si alguien en el futuro se pregunta cuándo se descubrió este planeta, la respuesta va a ir implícita en su propio nombre: durante el reinado de Jorge III del Reino Unido —argumentó William.

—Me pregunto qué dirán los franceses al respecto —bromeó Caroline— ¿Por qué no dejas que sean otros los que propongan qué nombre debe tener? Eres bueno escrutando el cielo, pero quizá no tanto eligiendo nombres.

—Como descubridor sé que me van a conceder ese honor. Además, no seré el primero en apartarse de la mitología: Galileo llamó estrellas mediceas a los satélites de Júpiter, en honor a los Médici, sus mecenas.

—Sí, lo hizo —reconoció su hermana—, pero ahora nadie los llama así. Usamos los nombres propuestos por Simon Marius: Ío, Europa, Ganímedes y Calisto. De nuevo, los mitos. Cuatro personajes relacionados con Júpiter son idóneos para orbitar alrededor de él.

Los hermanos observaron el cielo a través de los telescopios que ellos mismos habían fabricado. William Herschel había perfeccionado el diseño de estos instrumentos, con espejos más grandes que los utilizados anteriormente, con lo que había logrado ver más lejos y con más nitidez en el cielo.

Caroline se había ido involucrando poco a poco en la pasión astronómica de su hermano. Cuando llegó de Hannover para vivir con William en Inglaterra había empezado encargándose de las tareas domésticas, lo que se considera-

ba que era propio de una mujer, pero poco a poco empezó a compaginarlas con su participación en la construcción de los telescopios, puliendo los espejos, calibrándolos… En las noches despejadas salía al patio trasero a observar el cielo a través de alguno de los telescopios que fabricaban, y se fascinaba observando objetos celestes que nadie antes había visto. En las noches nubladas leía, leía todo lo que caía en sus manos.

En 1786, cinco años después del descubrimiento del planeta, los hermanos se habían trasladado cerca del castillo de Windsor, gracias al mecenazgo de su benefactor el rey Jorge III del Reino Unido, el rey cuyo nombre seguía insistiendo Herschel que debía ser el del planeta recién descubierto.

—¿Has repasado las notas que te pasé? —preguntó Caroline al ver aparecer a William mientras ella preparaba el desayuno.

—Sí… y he de decirte que estoy impresionado.

—¿Crees que se trata de lo que yo creo?

—No tengo la menor duda. Se mueve, no puede ser una estrella fija. Has descubierto un cometa —confirmó, entusiasmado—. Mamá y papá estarían muy orgullosos de ti, y yo también lo estoy.

—¿Y qué haremos ahora? Nunca una mujer había descubierto un cometa, quizá no se vea con buenos ojos por parte de algunos.

—Eres mi hermana y, dado que soy el único descubridor de planetas vivo, no pueden ignorarte. Todo el mundo tiene que saber lo que has encontrado. Todas las noches que has pasado mirando al cielo han hecho de ti una de las mayores conocedoras de lo que hay ahí arriba: este cometa no podía encontrarlo otra persona, estaba ahí para que lo encontraras tú.

—Primero tengo que repasar bien los cálculos.

—¿Recuerdas —hizo memoria William— que nos planteamos al principio que Jorge pudiera ser un cometa? Al rey seguro que le entusiasma tu descubrimiento.

—No llamaré Jorge al cometa —ambos rieron. Caroline volvió al tono serio—. He pensado en escribir a Bode cuando tengamos todo listo para informarle sobre este hallazgo.

—Es una idea sensata —contestó William.

—Él es un astrónomo sensato. Aunque sea extranjero y no un súbdito del rey Jorge.

—Tal vez él prefiere servir al dios Urano.

—No debes seguir ya con eso. La argumentación de Bode es impecable: Marte, el dios de la guerra, es hijo del dios Júpiter; a su vez, Júpiter es el hijo de Saturno. Así que, para seguir la secuencia, lo que corresponde es que el planeta de la siguiente órbita lleve el nombre del padre de Saturno, que es Urano —expuso Caroline.

—Y con Urano se acaba esa secuencia, pues es un dios primordial y no se puede seguir retrocediendo en su árbol genealógico. Problemas del futuro si alguien descubre un planeta más —comentó divertido—. Sé que Urano es el nombre más aceptado para el planeta y que esa batalla la tengo perdida. Creo que solo al rey, a los del Almanaque Náutico y a mí nos gusta la idea de tener un planeta Jorge en el cielo.

Diez años después, los hermanos miraban de nuevo el cielo nocturno con sus telescopios. William se había casado y Caroline se había trasladado a vivir a otra casa que, no obstante, estaba cerca, y ambos seguían trabajando juntos.

—Por mucho que pasen los años, no me canso de mirar el cielo —dijo Caroline.

—¿Cuántos cometas llevas ya descubiertos? ¿Seis, siete…? He perdido ya la cuenta…

—El del año pasado fue el séptimo.

—Pero seguro que no el último —y no se equivocaba—. Por cierto, ya envié la carta al representante del rey de España. Tal y como hablamos, le he dicho que aceptamos su encargo.

—Los dos telescopios que vamos a fabricar para el observatorio de Madrid van a ser de los mejores del mundo —respondió Caroline.

—Ese Carlos IV está bien asesorado para acudir a nosotros —manifestó William.

II. EL PLANETA X

—¿Qué opina de que Plutón haya sido degradado a planeta enano? – preguntó el periodista a su interlocutora.

—Bueno, a mi edad no me involucro en esos debates. Pero no ha sido así en todas partes —comentó divertida—, me he enterado de que el senado de Illinois ha votado a favor de que siga siendo un planeta mientras cruza el cielo nocturno de ese estado. Creo que voy a tener que hacerles una visita, a pesar de que ya tengo noventa años.

—La veo capaz, si se lo propone, de convencer a todo el mundo de que Plutón recupere su estatus —expresó el periodista destacando su vitalidad—. Usted fue quien le puso nombre. ¿Recuerda cómo sucedió?

Venetia hizo memoria y se recordó a sí misma con once años, ¿cómo podía haber pasado tanto tiempo?

—Abuelo, he estado pensando en cómo se debe llamar el nuevo planeta que han descubierto los americanos.

– ¿Ah, sí? —preguntó su abuelo Falconer—. El nombre de un objeto celeste no es algo que haya que tomarse a la ligera, y eso lo sabemos muy bien en nuestra familia.

—He estado repasando varios libros de mitología antes de darte una respuesta —respondió con responsabilidad, mostrando que había puesto un gran interés en su tarea.

—Desde luego has buscado en el lugar correcto. Hace unos años, cuando Asaph Hall descubrió, aunque los lectores de *Los viajes de Gulliver* nos dirían que redescubrió, los dos satélites de Marte, mi hermano Henry recordó que, en *La Ilíada*, Ares, el dios Marte de los griegos, acudía a las batallas acompañado de sus dos hijos gemelos: Deimos y Fobos. Propuso esos nombres para los satélites y es como todos los conocemos ahora.

—Deimos y Fobos, ellos sí que eran gemelos, a diferencia de Cástor y Pólux que eran mellizos – mencionó Venetia.

—Cástor y Pólux, los dioscuros. Veo que te has estudiado bien la lección —comentó orgulloso su abuelo.

—Cástor era mortal y Pólux inmortal. Cuando Cástor murió, Pólux le pidió a Zeus compartir su inmortalidad con su hermano y éste se lo concedió. Ambos están en la constelación de Géminis.

—Supongo que has leído sus aventuras cuando se convirtieron en argonautas, viajando con Jasón, a bordo del Argos, en busca del Vellocino de Oro.

—Es una de mis historias preferidas, pero me queda mucho por leer. Y espero seguir con la tradición familiar con el nombre que te voy a decir para el planeta.

—¿Cuál es? —quiso saber, curioso, el abuelo.

—Plutón.

En cuanto Falconer Madan escuchó esa palabra pronunciada con rotundidad y confianza por su nieta, supo que ese iba a ser el nombre elegido si trasladaba la sugerencia a un astrónomo amigo suyo.

Unos años antes Percival Lowell, el fundador del Observatorio Lowell en Arizona, recibía a un ilustre invitado:

—Señor Lowell, para mí es un honor estar hoy aquí —le saludó el visitante.

—El honor es mío, señor Burroughs —se puso en pie, muy efusivo, Lowell—. Me tiene enganchado como a un niño a sus historias de Tarzán.

—No le hacía leyendo el *All-Story Magazine* —se sorprendió Burroughs.

—No minusvalore el alcance de su trabajo —continuó Lowell—. Le he llamado para enseñarle nuestras instalaciones y poner a su disposición los cono-

cimientos que estamos atesorando en ellas, ilusionado por poder inspirar nuevas ideas en una mente como la suya, que sin duda sabrá destilarlas en forma de historias que alimentarán los sueños de muchos de nosotros.

—Supongo que ahora no estamos hablando de Tarzán —sonrió Burroughs sabiendo por dónde iban los tiros.

—Las historias de Tarzán son fascinantes pero el motivo por el que le he hecho venir es otro, como bien supondrá.

—¿Tal vez los marcianos tengan algo que ver?

—No se puede hacer una idea de lo mucho que ha avivado mi imaginación descubrir a John Carter. Y la imaginación es uno de los motores de la ciencia que estamos creando en estos momentos.

—Pues yo he de reconocerle que buena parte de mis personajes no habrían nacido de no ser por sus investigaciones.

Recorrieron juntos el laboratorio. Los trabajadores estaban sorprendidos, no estaban acostumbrados a ver al jefe tan entusiasmado. Y una palabra no paraba de ser pronunciada por ambos una y otra vez: Marte.

—Mire, aquí tenemos uno de los mapas que hizo Giovanni Schiaparelli de Marte.

—Tengo un ejemplar idéntico en mi estudio.

—¿No le fascinan los canales que surcan Marte en el mapa? —preguntó Lowell—. Estamos haciendo muchos esfuerzos por fotografiarlos. Tenemos algunas fotos ya, pero buscamos algo más nítido, algo… que inequívocamente revele el origen artificial de los canales.

La conversación fluía mientras recorrían los pasillos, en una conversación infinita propia de dos personas que podrían estar hablando de todo durante todo el tiempo.

—En esta zona nos dedicamos a buscar el planeta X —le mostró Lowell.

—Es cuestión de tiempo encontrarlo. Ese planeta necesariamente existe —opinó Burroughs—, al igual que necesariamente tenía que existir Neptuno.

—Eso es —y Lowell relató la historia que sin duda Burroughs conocía—. Cuando Le Verrier se dio cuenta en 1845 de que había algo irregular en la órbita de Urano que solo se podía explicar con perturbaciones producidas por la gravedad de un planeta desconocido más allá de su órbita, fue cuestión de solo un año que Johann Gottfried Galle, buscando lo que sabía que había que buscar y dónde había que buscarlo, descubriese Neptuno, al que Le Verrier le pondría ese nombre para continuar con la tradición mitológica.

—De hecho, se dijo —continuó Burroughs— que Le Verrier había descubierto un planeta con su pluma.

—Y algo así es lo que quiero hacer aquí. Que los americanos por fin descubramos un planeta, como hizo Galle en Berlín. Y con la más moderna tecnología, como en su día hizo Herschel en Inglaterra —explicó Lowell, convencido de que podía lograrlo.

—No tengo duda de que lo va a descubrir —expresó sinceramente Burroughs, al haber constatado con sus propios ojos todos los medios de los que Lowell disponía–. Y la X es muy evocadora, espero que el público no la confunda con el número 10 de los romanos, porque nos supondría tener que encontrar algún planeta más para completar la decena —ambos rieron. Hay que dejar muy claro que esa X es la equis de una ecuación, la incógnita, llena de fascinantes posibilidades.

—Yo no tengo duda de que cuando se despeje esa incógnita usted poblará de vida aquellos mundos inhóspitos —comentó, admirado, Lowell.

—De momento tengo mucho trabajo en Marte —manifestó Burroughs, siendo escuchando con mucha atención por Lowell—, tengo bastantes ideas para John Carter y le aseguro que esta visita y esta conversación están haciendo que fructifiquen.

—Por favor, no pare de escribir y hacernos partícipes de ellas a sus lectores.

Muchos años habían pasado desde entonces. Lowell había fallecido pero su legado continuaba vivo y en su observatorio seguían buscando un planeta más allá de Neptuno.

—Estoy sinceramente impresionado con sus dibujos del cielo —manifestó el señor Slipher, director del laboratorio, a Clyde William Tombaugh—, ¿qué edad me ha dicho que tiene?

—Veintitrés años —respondió el joven.

—Me gustaría que trabaje con nosotros. ¿Ha oído hablar del planeta X?

—¿Y quién no? —preguntó Tombaugh. Slipher sonrió.

—Quiero que lo encuentre. Ponemos toda la tecnología que hay aquí a su servicio. El señor Lowell nos dejó sin haber visto este objetivo logrado, es el momento de completar la tarea. Hace falta alguien muy observador y minucioso para encontrar el planeta X en las fotografías de aquellas zonas tan alejadas del espacio, y creo que usted es ambas cosas.

—Le prometo que no le voy a defraudar.

En 1930, al año siguiente de esta conversación, Tombaugh descubrió el planeta X con la ayuda de un microscopio de parpadeo, comparando dos fotografías tomadas con varios días de diferencia en las que pudo contrastar que un cuerpo celeste se había desplazado.

Todo el mundo habló del descubrimiento. En especial en los Estados Unidos. Se organizó una votación en el observatorio Lowell para elegir el nombre. Resultó ganadora una propuesta que les llegó de un anciano bibliotecario de Oxford en nombre de su nieta, la cual, al pensar en lo lejano y frío de aquel cuerpo celeste recién descubierto, tuvo claro que su nombre debía ser Plutón. Algunos vieron también en las dos primeras letras de esa palabra, en la P y la L, las iniciales de Percival Lowell, el entusiasta fundador del observatorio en el que se hizo el descubrimiento.

Unas semanas después de esa votación, Venetia y su abuelo Falconer salieron del cine. Ambos habían disfrutado con la nueva película de Walt Disney en la que había hecho su puesta en escena un simpático perro cuyo nombre les era ya muy familiar. Todos hablaban ya del perro Pluto, que tenía ese nombre como homenaje al nuevo planeta.

—¿Te han pagado mucho por los derechos de propiedad intelectual? —preguntó, divertido, Falconer.

—¿Qué es eso, abuelo? —le miró sorprendida Venetia.

—Creo que hay alguien que se acaba de ganar cinco libras —respondió orgulloso entregando un billete a su nieta.

El gigante de madera y cobre

Mike Z. Grueso

El gigante de madera y cobre

Mike Z. Grueso

—¿Le pasa algo, Su Majestad? ¿Se encuentra usted bien? —preguntó Gustavo una noche de primavera.

—Solo contemplo el techo del mundo —respondió Carlos, sentado en un lujoso sillón en mitad de uno de los jardines del Palacio de Aranjuez.

Cuando llegaba el buen tiempo, era habitual en él tal comportamiento, pero Gustavo llevaba poco sirviendo a Carlos, y todavía no conocía bien sus hábitos nocturnos.

—¿Necesita algo más, o nos podemos retirar?

—Retírense, en breve iré a mis aposentos, no se preocupen.

—Su Majestad manda, y nosotros obedecemos —dijo Gustavo con una breve reverencia; luego dio un leve codazo a Juan, otro sirviente de la Casa Real que se encontraba a su lado—. Tenga buena noche.

—Su Majestad —dijo Juan con una reverencia.

Ambos sirvientes abandonaron a Carlos IV, que continuó observando las estrellas, y se dirigieron al ala de sirvientes del palacio.

—Parecía tonto mirando hacia arriba —dijo Gustavo bajando el tono; no quería que nadie que no fuera de su confianza le escuchara menospreciar al rey.

—Es una afición que tiene. Al fin y al cabo, el país lo gobierna Godoy, y él se dedica a cazar y mirar el cielo cuando cae la noche —explicó Juan, que llevaba bastante más tiempo sirviendo en palacio.

—Quien tuviera tanto tiempo libre para admirar las estrellas —comentó Gustavo, antes de entrar en sus aposentos.

Carlos IV aguantó a la intemperie hasta bien entrada la madrugada. Era una noche espléndida. Ni una nube se había cruzado desde que se retiró el sol, lo que le permitía al rey disfrutar de una de sus grandes aficiones, además, tampoco tenía que madrugar al día siguiente.

Carlos se había sabido rodear de gente de confianza a la que encomendar la mayoría de sus tareas gubernamentales y políticas, lo que le dejaba una gran cantidad de tiempo libre. Por suerte, la Ilustración había tenido gran peso en su educación y la ciencia, en particular la astronomía, se había convertido en una de sus grandes aficiones.

—Sí, tal vez, sí. Será factible, es un buen lugar el Real Sitio del Buen Retiro, no queda lejos del Palacio Real —dijo para sí Carlos mientras paseaba por los cuidados jardines—. La gente querrá venir a Madrid a admirar las estrellas, nuestro observatorio será el mejor de toda Europa y además, seguro que mi padre se sentirá orgulloso de mí. El mejor y más potente, sí, así se hará.

Su padre, Carlos III, había comenzado la construcción del Real Observatorio de Madrid unos años antes, ya que otras capitales europeas contaban con instituciones similares, y no quería que la capital del Reino fuera menos. Pero las obras se dilataron en el tiempo y terminaron bajo el reinado de Carlos IV.

Pasaron varias semanas en las que Carlos, cuando llegaba la noche, solo tenía un pensamiento. Y así lo hizo saber a los miembros de la corte en una de sus reuniones.

—Quiero a alguien capaz de construirnos algo fenomenal, grande, inmenso, que me permita ver más allá de lo que se ha visto nunca —dijo Carlos.

—He oído hablar de un astrónomo inglés, un tal *Willi Hersjels* o algo similar —dijo Pedro, uno de sus asesores.

—William Herschel, nació en Hannover —puntualizó otro asesor—. Descubrió un nuevo planeta hace unos años.

—En efecto, habla usted del planeta *Georgium Sidus* —dijo el monarca—. Aunque lo debería haber bautizado como *Uranus*, siguiendo el orden lógico de dioses griegos —añadió con gesto de extrañeza.

—Descubrir un astro es mérito suficiente para otorgarle el nombre que desee, majestad —comentó Pedro.

—Toda la razón, y por eso necesito un telescopio; es más, seré el primero en mirar a través de él; quizás incluso descubra un nuevo astro —dijo Carlos, sonriente. Se imaginaba a sí mismo disfrutando de las noches de verano, barriendo el cielo con su futuro telescopio.

—Tengo un contacto idóneo en la pérfida Albión. Sin más tardanza enviaré una misiva para comenzar las negociaciones con Herschel —dijo Pedro, concentrado en pronunciar correctamente el apellido del astrónomo. Acto seguido se levantó de la mesa y abandonó la corte para cumplir los deseos del rey.

Y así fue como, una semana más tarde, un marino español residente en Londres se encontró a un mensajero en la puerta de su casa.

—Tengo una carta para José de Mendoza Ríos, ¿es usted? —preguntó el mensajero.

—Correcto, el mismo y en persona —asintió José, que extendió su brazo para coger la carta.

Con ella en su poder, pospuso sus quehaceres, y se retiró al estudio intrigado. Posó la carta sobre un escritorio de noble madera y la observó con de-

tenimiento. Era un sobre con el sello de la Casa Real. Abrió el primer cajón del escritorio y sacó un abrecartas. Tras romper el lacre, extrajo la carta:

«Al Ilustrísimo Señor Don José de Mendoza y Ríos, Antiguo Capitán de Fragata de la Real Armada, Miembro de la Real Academia de Ciencias.

»Muy Ilustre Señor,

»Habiendo tenido conocimiento de su estancia en Inglaterra, Su Majestad considera que vuestra merced es la persona idónea para entablar negociaciones con el renombrado astrónomo William Herschel.

»El propósito de esta encomienda es gestionar la construcción de un telescopio de avanzada factura, cuyo destino será el Real Observatorio de Madrid. Se espera que, con su talento y diligencia, logre acordar los términos más favorables para la adquisición de un instrumento que permita a la Corona fortalecer su posición en el estudio de los cielos y el perfeccionamiento de la navegación.

»Aguardamos con interés el resultado de sus gestiones y confiamos en que su pericia y buen juicio asegurarán el éxito de esta empresa.

Dios guarde a Vuestra Merced muchos años».

—Por supuesto —dijo para sí, esbozando una sonrisa. Para él sería un honor trabajar junto a William Herschel, toda una eminencia en el campo de la astronomía.

Aquella misma tarde se dirigió al taller del reputado astrónomo donde, tras una acalorada conversación, el acuerdo llegó a buen término. Los deseos de Carlos IV se iban a ver cumplidos, pero llevaría tiempo, mucho. Solo para pulir el espejo reflector, y elegir la proporción de aleación perfecta entre cobre y estaño, Herschel tuvo que dedicar varios meses, por lo que la construcción se demoró años.

José pasó muchas horas en el taller junto a William, dibujando con gran exactitud los planos de montaje del enorme telescopio, de casi ocho metros

de largo. Era una obra de ingeniería punta, y cada detalle era determinante para su buen funcionamiento.

Todavía quedaban meses para terminar su construcción, y la relación entre España y Reino Unido había empeorado de manera notoria, cuando José se encontró en la puerta de su casa a otro mensajero con una misiva a su nombre.

La cogió extrañado; no era como las que solía recibir en el intercambio de cartas habitual que realizaba con Madrid sobre el proyecto del telescopio. El remitente era diferente. Se la guardó en el bolsillo de la chaqueta, iba con prisa, y se dirigió hacia su pub de confianza, donde había quedado con un par de amigos.

Al llegar y sentarse en la mesa, con una pinta caliente en la mano, abrió la carta y la leyó para sí:

—Por la presente, requerimos sus servicios para con la Marina Española por los últimos eventos que acontecen a la seguridad de la Corona Española. Deberá regresar a su Patria para cumplir con sus obligaciones. Sin otro particular, Manuel Godoy y Álvarez de Faria Generalísimo de las Armas de Mar y Tierra, Almirante General de España e Indias y bla, bla, bla…

—¿Qué ocurre? —preguntó uno de sus amigos, al ver la cara de José.

—Me requieren en mi país —dijo José levantando la mirada de la carta. Su rostro había palidecido. Era consciente de lo que significaba aquella misiva.

—¿Y te planteas regresar? —preguntó otro.

—Que vengan a buscarme si tanto me necesitan —dijo José con semblante serio. Tenía su vida en Reino Unido, de donde no pensaba moverse ni por todo el oro del mundo.

Durante las siguientes semanas se carteó con Godoy, apelando a la importancia del proyecto que llevaba a cabo en Londres, y que, además, el mismísimo Carlos IV había depositado su confianza en él para documentar la cons-

trucción del telescopio. Pero Godoy fue tajante. Debía cumplir la orden de regresar a España.

José se negó, por lo que fue destituido de su cargo.

—La patria es lo primero, me siento decepcionado —dijo Carlos, al enterarse de la negativa de José para unirse a la Marina. El telescopio era una de sus prioridades, pero más lo era la seguridad nacional. Y las batallas contra Inglaterra se sucedían en los mares.

—Lo sé, señor, intenté que entrara en razón; no hubo manera —dijo Godoy.

Por suerte para el rey, la construcción de su ventana al infinito se encontraba ya en un estado avanzado tras la destitución de José de Mendoza, el cual había documentado con gran detalle cada fase. Aun así, perder el conocimiento y capacidad del marino y astrónomo, significó que la instalación final del telescopio en el Real Observatorio de Madrid se dilatara en el tiempo más de lo previsto.

Para comienzos del siglo XIX, William Herschel terminó el que hasta la fecha había sido su mejor trabajo, como él mismo reconoció. Quien hubiera sido músico, motivado por su gran pasión y gracias a la ayuda de su hermana, había construido uno de los telescopios más potentes del mundo. Pero el viaje del gigante de madera y cobre solo acababa de comenzar.

—Buenos días, Su Majestad. Un honor que nos visite —saludó un hombre de profusa barba. Era Carlos Rodríguez, jefe del taller del Observatorio de Madrid, al cual había acudido el rey.

—Buenos días —saludó el rey—. Ya sabe de mi interés por las tareas que aquí realizan, y que disfruto de cada rincón de este lugar en mis visitas. Sin embargo, hoy vengo con una propuesta para usted.

—Cuénteme —dijo Carlos sorprendido mientras se atusaba la barba.

—Como seguro sabrá, el telescopio que encargamos a William Herschel es ya una realidad. Lamentablemente, José de Mendoza Ríos no quiso servir a

la patria y tuvo que dejar su cargo —lamentó el rey—. En pocos días, un navío partirá de Londres hacia el puerto de Bilbao, y ahí es donde entra usted. Necesito a alguien de su capacidad para liderar el traslado.

—Por supuesto, será un honor —dijo Carlos, que asintió con una reverencia. Él se sentía más cómodo en su taller, pero sabía que estaba obligado a aceptar la petición. Además, era cierto que era la persona idónea.

Había sido becado para estudiar en Londres una década antes, donde aprendió todos los entresijos alrededor del mundo de los artefactos de observación, y hasta llegó a visitar el taller de William Herschel.

El telescopio se desmontó y empaquetó en cincuenta y dos cajas, casi seis toneladas de material, las cuales se cargaron en un navío bautizado como Juana, en el que ondeaba la bandera danesa en el mástil para mayor seguridad. Juana zarpó en pleno invierno de 1802 rumbo al puerto de Bilbao. El viaje por el Támesis, luego por el canal de la Mancha y posteriormente por el golfo de Vizcaya transcurrió sin incidentes. Ningún barco pirata abordó a Juana, gracias, tal vez, a no portar la bandera española, y el carguero llegó a buen puerto algo menos de una semana después.

—¡Cuidado con eso! Es delicado —advirtió Carlos Rodríguez. Dos hombres transportaban por el muelle una de las cajas sin mucha delicadeza—. ¡Años de trabajo están en sus manos, caballeros! Traten cada caja con el respeto que merece.

—Señor, todavía no ha llegado uno de los carros —dijo estresado un hombre joven que acababa de llegar junto a Carlos.

—Que solo sea eso, Andrés… que solo sea eso —respondió Carlos, preocupado por tan importante carga, no así por los carros. Prisa tampoco había. Por el momento lo fundamental era comprobar que había llegado todo el material y que nada se había perdido por el camino; ya fuera porque se hubiera caído por la borda, o que algún amigo de lo ajeno le hubiera echado el guante.

Tras arduas jornadas de trabajo, en las que participaron decenas de hombres, trasladaron las cajas a un almacén del puerto, donde las cargarían posteriormente en cuatro carros, pero no eran cuatro carros al uso. Para el traslado del telescopio a Madrid se habían mandado fabricar a medida. La carga, además de pesada, era voluminosa y, por ello, un transporte convencional hubiera sido incapaz de transportarla.

Llegado abril, los cuatro carros, alimentados por zanahorias principalmente, las cuales daban la energía suficiente a las mulas para tirar de ellos, además de un equipo de varios hombres, algunos a pie, otros a lomos de algún equino, comenzaron su andadura.

—Y llegó tan ansiado día —comentó Carlos, contento al fin de ver en movimiento la caravana. Habían sido meses muy tensos, en los que también se jugaba su reputación como astrónomo. Al llegar a Madrid tendría que encargarse del montaje, y no es que fuera una tarea sencilla.

Habían esperado varias semanas a que cesaran las lluvias y secaran los caminos, ya que la mayoría del trayecto se encontraba sin pavimentar. Salieron de Bilbao, dejando a su espalda la ría, no a gran ritmo. Lo importante del viaje era llegar con la carga intacta, además de que maniobrar y transitar por algunos tramos se hacía harto complicado: piedras, arena, troncos caídos… se contaban por decenas los infortunios que podían acontecer a un viaje como aquel, hasta bandidos acechaban en las carreteras.

La primera noche la pasaron antes de llegar a las montañas bilbaínas, y con el amanecer arrancaron de nuevo rumbo a Madrid. Afrontaron el puerto de Orduña, cuando la mula que llevaba a Carlos se descontroló. El hombre no era ducho en el manejo del animal y cabalgar no era lo suyo; él era más de trabajar en su taller, con sus manos en destornilladores y no en estribos.

—¡Cuidado, Carlos! —alertó Andrés al ver cómo su jefe perdía el control de la mula.

—Tira del estribo con fuerza, ¡frénalo! —gritó uno de los carreteros.

—¿Qué creéis que intento? —preguntó Carlos a todo volumen. Su mula trotaba sin control.

En un violento movimiento del animal, Carlos Rodríguez cayó al suelo con tan mala fortuna que se hirió de gravedad y no pudo continuar con el viaje. Por suerte, el rey todavía guardaba un último as bajo la manga. El hijo de Carlos había trabajado codo con codo junto a su padre como aprendiz en el Observatorio de Madrid y, aunque sus habilidades todavía no estuvieran a la altura de las de Carlos, no le quedó más remedio que continuar con la misión de su progenitor. El joven Lope se vio forzado a abandonar Madrid para liderar la expedición del gigante de madera y cobre a la vez que afrontaba la gravedad que revestía la lesión de su padre. Las heridas derivadas de la caída terminaron causando su muerte dos meses después, falleciendo así la persona idónea para llevar a cabo la instalación del telescopio de Herschel.

Lope logró llevar la caravana a Madrid, donde se debatía acerca de dónde instalar tan preciado instrumento.

—Así que con la Iglesia hemos topado —comentó Jiménez Coronado, director del Observatorio, una tarde mientras varios trabajadores recorrían los jardines aledaños al edificio principal.

—Eso me temo, señor, no están dispuestos a ceder los terrenos —dijo uno de sus empleados.

—Tal vez no quieren que encontremos a Dios, o que no lo hagamos… Ya me entiende… —dijo Jiménez.

—Puede que tenga razón, señor. Sin embargo, los terrenos les pertenecen.

—Eso está por ver, la ciencia juega a nuestro favor, y es el lugar idóneo para tal fin. Seguro que el rey estará de acuerdo con mi tesis —dijo Jiménez esbozando una sonrisa. Se veía ganador.

Tras imponerse la lógica y conseguir los terrenos para la instalación del enorme telescopio, comenzó la laboriosa obra. Gracias a las precisas ilustraciones de José de Mendoza, Lope y su equipo fueron juntando las piezas del

artefacto cual rompecabezas gigante. Dicha labor duró varios años y no fue hasta el verano de 1804 que fue inaugurado.

—Precioso, increíble, una obra de arte e ingeniería —felicitó Carlos IV al llegar y contemplar por primera vez el gran telescopio de Herschel. El resto de la comitiva pudo apreciar en su rostro la felicidad verdadera.

Una estructura de madera inmensa rodeaba al telescopio y le servía de soporte. Para llegar hasta su ocular había que acceder por un pequeño ascensor, al cual se subió emocionado el monarca. Le hicieron creer que era el primero en observar el firmamento, sin embargo, ya habían pasado varios pares de ojos por él.

La creación de Herschel hizo las delicias del rey y de todo aquel astrónomo que quisiera estudiar el cielo durante los siguientes años, pero, por desgracia, no fueron muchos. El ejército de Napoleón preparaba su incursión en la península Ibérica.

—Su Majestad, debemos marchar —avisó Gustavo, su mayordomo. Con el paso de los años se había convertido en la sombra de Carlos IV.

—Lo sé, Gustavo, lo sé, nos requieren en Francia, a saber qué infortunios nos aguardan en tierras galas… Déjeme disfrutar por última vez de las estrellas —pidió el monarca mientras paseaban por los cuidados jardines que rodeaban al telescopio.

—Su Majestad manda, y yo obedezco —dijo Gustavo con una breve reverencia.

Tras quedarse hasta el amanecer observando el firmamento, Carlos IV abandonó el observatorio. No pudo reprimir las lágrimas. Tenía la intuición de que era la última vez que vería el cielo con tal nitidez. No se equivocaba.

Semanas más tarde, las tropas procedentes del otro lado de los Pirineos ocuparon el observatorio a su paso por Madrid. Su localización sobre la ciudad era óptima y, quién sabe si por divertimento o por el frío invierno y la necesidad de calentarse, el telescopio terminó reducido a escombros y ceniza.

Al menos, antes de la llegada de los invasores, varios trabajadores del observatorio guardaron a buen recaudo algunos de los componentes más importantes. Gracias a ellos, dos siglos después, se reconstruyó el telescopio de Herschel y se erigió de nuevo, mirando al firmamento.

Milagro Inesperado

Paola Andrea Linares Lasprilla

Milagro Inesperado

Paola Andrea Linares Lasprilla

Esta no es mi historia, es la historia de un gran amigo. Pero me ha impresionado tanto que quiero compartirla con el mundo entero. La cuento tal cual me la contó el protagonista. Espero les guste y les renueve la esperanza tanto como a mí.

Domingo, 31 de mayo del año 1970. Una fecha que ha quedado grabada en mi memoria como un doloroso y bello recuerdo a la vez. Me encontraba en Yungay en viaje de estudios, en mi condición de estudiante de Geología de la Universidad de San Marcos de la capital peruana. Mi novia, una hermosa yungaína de nombre Carmen, había quedado en encontrarse conmigo en la entrada del camposanto, ubicado en las afueras de la ciudad sobre una atalaya natural.

La cita estaba pactada para las tres y treinta de la tarde, por lo que decidí hacer tiempo mirando la inauguración del Mundial de Fútbol que se realizaba en México ese año, el cual presentaba como plato de fondo el encuentro entre la selección anfitriona y la poderosa URSS. A las tres de la tarde se dio el pitazo inicial; a las tres y diez me retiré del local. El juego estaba empatado y ambas escuadras pugnaban por hacerse con la victoria.

Llegué a las puertas del cementerio a las tres con dieciocho minutos y tan sólo dos minutos más tarde vi a Carmen, quien a paso ligero se acercaba. Vestía un primoroso vestido azul con florecitas blancas. Tomó mi rostro entre sus

manos y me besó en los labios. Sus ojos claros se llenaron de estrellas cuando, tomando mis manos, musitó:

—Papá aceptó consentir nuestra relación. Te espera hoy a las ocho de la noche.

La estreché entre mis brazos y, con el corazón acelerado y feliz, respondí a sus palabras.

—Te lo dije desde el primer momento en que pude hablar contigo. Nada ni nadie impediría que un día, finalmente, fueras mía.

Ella me miró con su provinciana y maravillosa coquetería y, en ese preciso momento, la tierra tembló. Fue un remezón fuerte y sostenido. Calculé que duró un minuto, aunque luego confirmé que fueron cuarenta y cinco segundos los que cambiaron mi concepto de vida para siempre.

Pasado el sismo, Carmen y yo miramos hacia la ciudad, y vimos una nube de polvo que impedía visualizar el pueblo. Ella se desprendió de mis brazos y, gritando «¡Mis padres!», echó a correr colina abajo. Yo la seguí, pero en ese momento vi un grupo de gente que corría en sentido contrario. Alcancé a Carmen y abrazándola intenté calmarla, mientras ella insistía en soltarse y proseguir con su carrera hacia el pueblo.

Finalmente logré sujetarla, y ambos en el suelo pudimos escuchar el ruido ensordecedor que llegaba de las alturas. Miramos hacia arriba, y pudimos ver, horrorizados, una masa, que, parecida a un río, bajaba desde los Andes arrasando todo a su paso: árboles, piedras, hombres, animales…

Arrastré a Carmen, quien parecía petrificada por el terror. Por un milagro, que hasta hoy no logro entender, el aluvión pasó a escasos dos metros de nosotros y cambió su dirección, directamente hacia el pueblo. En el cementerio un grupo de gente de rodillas, llorando, orando, contemplaban igual que nosotros cómo el monstruo de lodo y piedras abrazaba al pueblo sepultándolo por completo. La polvareda crecía e impedía ver las casas y, arriba, en su descenso, aquel aluvión echaba extrañas chispas de colores como luminosa carcajada de un ser infernal.

Bordeando la huella de lodo y piedras que había dejado el aluvión tratamos de visualizar, entre el persistente polvo, la devastada ciudad. Poco a poco, como niebla que lentamente se levanta, pudimos observar el aterrador panorama que había dejado el monstruo llegado de las alturas. En el centro de la ciudad, donde otrora se encontraba la plaza de Armas, las cuatro inconfundibles y emblemáticas palmeras que la adornaban asomaban sus copas entre el barro. Con más de cuatro metros de altura, sus esbeltos troncos no lograron ser vencidos por el aluvión.

Algunas de las casas construidas en la pendiente del oeste de la ciudad, habían servido de parapeto a algunas personas. Desde el cerro descendían decenas de vecinos. Ancianos, niños, mujeres y algunos hombres de mediana edad. Todos ellos sobrevivientes que habían tenido la suerte de encontrarse participando de una función del circo «Verolina», el cual había levantado su carpa en ese lugar. Detrás de nosotros, cerca de un centenar de personas seguía nuestros pasos. Todos ellos habían salvado su vida entre las ruinas preincaicas sobre las que se había levantado el cementerio de la ciudad.

Carmen lloraba inconsolable, abrazada a mí. Yo, sin saber qué decir para reconfortarla, trataba de encontrar las palabras necesarias para prepararla ante lo inevitable. Un extranjero pasó a mi lado y me golpeó amistosamente el hombro. A su lado lo acompañaba un hombre de mediana estatura. Después supe que eran geofísicos, y que se encontraban haciendo mediciones geomagnéticas a lo largo del perfil costa, sierra y selva, en el departamento de Áncash. Detrás de ellos, un indígena de la zona señaló el nevado, y con un estoicismo sólo propio de la gente de su raza, expresó:

—Hombre y naturaleza son parte de esta tierra. El Huascarán es el Apu que nos cuida, pero siempre debemos cuidarnos de su furia.

El extranjero alto y rubio lo miró y sonrió con tristeza. A través del lente de la cámara fotográfica ya había observado la inestabilidad del nevado norte del Huascarán y el peligro que eso constituía para las poblaciones aledañas. Pensaba exponerlo en sus conclusiones; pero ahora, ocurrido el desastre, sólo podía contarlo como referencia. Después supe que se trataba del geofísico francés Gerard Patzelt, jefe de una expedición encargada de realizar estudios

y evaluación de riesgos y posibilidad de prevenir desastres. Ya era tarde para Yungay y Ranrahirca, pero nunca es tarde para aprender y enseñar.

Calculo que ya había pasado una hora desde el terremoto y desde el alud que sepultara la ciudad, cuando escuchamos ruido de helicópteros que sobrevolaban la zona del desastre. La ayuda comenzaba a llegar, y eso era una buena señal. Pese al horror de la tragedia, todos los sobrevivientes empezamos a reunirnos sobre la falda de un promontorio opuesto al Huascarán, y un profesor empezó a tomar nota de los nombre y edades de los supervivientes.

Un cuarto de hora más tarde, el primer helicóptero aterrizó. Un coronel y dos capitanes del ejército peruano descendieron de la aeronave. Los soldados subalternos se encargaron de pedir a los sobrevivientes que se acercaran y formaran un círculo alrededor de los oficiales. Intenté que Carmen me acompañara, pero ella prefirió quedarse sentada, mirando como hipnotizada las cuatro palmeras que aún indicaban el lugar en que se hallaba la plaza Mayor.

El coronel informó a los allí reunidos que el sismo había ocurrido a las quince horas con veintitrés minutos. Que el epicentro había sido localizado a veinte kilómetros de la ciudad de Chimbote, frente a la costa pacífica y a una profundidad mayor a mil metros. Que había sido un sismo de 7.9 grados en la escala de Richter, con una intensidad de grado IX (muy destructivo) en la escala de Mercalli. También, que había daños considerables en toda la costa y sierra del departamento de Áncash, y departamentos limítrofes, en un área aproximada de 450 kilómetros a lo largo de la costa y 240 kilómetros de ancho subiendo hacia la sierra. Por último, que la desgracia ocurrida en las ciudades de Santo Domingo de Yungay y Ranrahirca había sido originada por el desprendimiento de un casquete helado del Huascarán, el cual se había fundido y dividido en dos ramales que habían arrasado y sepultado estas dos ciudades ubicadas en la misma cota, en la parte baja del nevado. Y que la ayuda estaba llegando, y consistía en alimentos de primera necesidad, cobijas y atención médica inmediata para los heridos. El oficial del Ejército terminó su alocución pidiendo que se hiciera una lista completa de los sobrevivientes y una evaluación previa de los heridos para priorizar la atención.

Después de eso, repartieron algunos paquetes de galletas de soda. Con uno de ellos en la mano, me acerqué nuevamente donde Carmen. Ella tomó

mecánicamente una de las galletas, y recostándose en mi hombro derecho se puso a sollozar nuevamente. Al profesor que estaba tomando nota de los sobrevivientes le habían facilitado una mesa y una silla, y la gente estaba formando una larga cola para ser inscrito en aquella relación. Sin forzarla, conduje a Carmen hacia la cola más cercana, pero ella me suplicó que yo diera sus datos. La miré directamente a los ojos y ella musitó:

—Estaré bien, no te preocupes.

La ayudé a sentarse y me acerqué a la cola. Delante de mí, una pareja de personas adultas avanzaba con pasos lentos. La señora lloraba silenciosamente, y el varón la abrazaba cariñosamente, cuando el profesor le pidió su nombre. El hombre contestó:

—Juan Meza Rodríguez, 62 años. Mi esposa se llama Diana Deza Alvarado, 60 años.

Una extraña sensación me agitó. Aquellos nombres… Mi enamorada se llamaba Carmen Meza Deza. ¿Sería posible? La señora tenía tomados a dos niños de la mano.

Fue ella la que tomó la palabra entonces.

—Estos dos niños son hijos de un vecino nuestro, pero no hemos logrado ubicarlo. Se llaman Carlos y Ofelia Soto Cárdenas. Ellos estaban haciendo limpieza para una reunión familiar y nos pidieron que lleváramos a los niños al circo. Eso hicimos, pero luego ocurrió esta desgracia y...

No pudo continuar, porque el llanto se lo impidió. El hombre autodenominado Juan la abrazó, y recién entonces, repuesto de mi sorpresa, me atreví a intervenir.

—Don Juan, señora Diana, disculpen mi intromisión. Mi nombre es Adán, Adán Carpio, y mi enamorada se llama Carmen Meza.

El hombre pareció despertar de un letargo, y tomándome de los hombros me increpó:

—Carmen es mi hija. ¿Dónde está?

—Tranquilos, por favor. Ella está conmigo y está bien. Vengan conmigo.

Mientras caminaba en dirección al lugar donde dejé a Carmen, el corazón me saltaba de gozo dentro del pecho. Los padres de ella caminaban con una agilidad sorprendente detrás de mí, llevando siempre de la mano a los dos niños. Cuando llegué donde Carmen, ella aún seguía ensimismada en la observación de la masa gris que había sepultado el pueblo donde nació y creció.

—¡Carmen! —le grité—. ¡Mira quiénes están aquí!

Ella levantó la cabizbaja mirada, y se llevó las dos manos a los labios sin dar crédito a lo que observaba.

—¡Papá, mamá! ¡Dios mío!

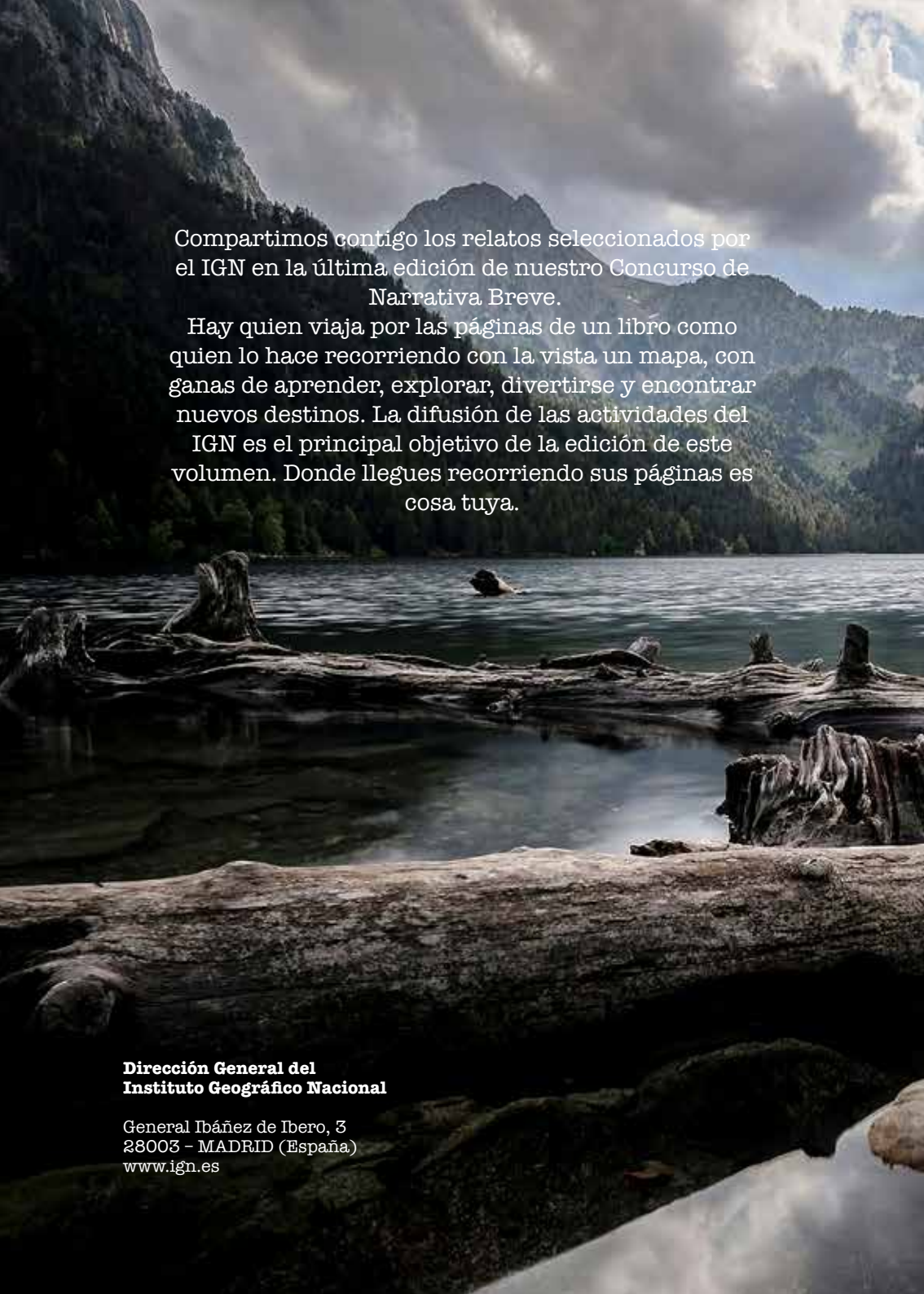
Se puso de pie de un solo salto, y los abrazó con tal emoción que yo no pude contener las lágrimas. Dejé que disfrutaran de ese mágico momento y que compartieran las razones de ese milagro inesperado. Su cita conmigo nos había salvado la vida a ambos, y a sus padres el hacer un favor a un vecino les había dado el premio de la vida. Ahora, el dolor por las personas desaparecidas persistía en el ánimo de todos. Pero allí, sobre esa pendiente andina, se gestaba sobre el dolor la unidad de una nueva familia.

Eso es lo que visualicé cuando Carmen tomó a la niña y la levantó entre sus brazos. La miré dulce y amorosamente. La había conocido hacía dos años en un viaje de excursión, y rodando sobre la nieve le robé el primer beso. Ahora, al contemplarla junto a sus padres y con aquellos niños huérfanos, supe lo que tenía que hacer.

Hoy, mi amigo Adán está casado con Carmen. Viven con sus padres en la capital de Perú, y han adoptado a Carlos y Ofelia, constituyendo una familia muy unida y feliz.

Cada 31 de mayo, cuando sus trabajos se lo permiten, viajan a la nueva ciudad de Yungay para rendir tributo a las víctimas del mayor desastre en la

historia del Perú. Su historia no tuvo un comienzo feliz, pero me reconforta saber que ellos, como muchos de los niños huérfanos que encontraron acogida en hogares estables del Perú y del extranjero, han logrado superar la tragedia. Y que, pese a los setenta mil muertos que dejó aquel terremoto, en medio de aquellas trágicas escenas y con el milenario Apu Huascarán por testigo, Dios tuvo una mirada de misericordia y escribió, para el mundo entero, una gran historia de amor.



Compartimos contigo los relatos seleccionados por el IGN en la última edición de nuestro Concurso de Narrativa Breve.

Hay quien viaja por las páginas de un libro como quien lo hace recorriendo con la vista un mapa, con ganas de aprender, explorar, divertirse y encontrar nuevos destinos. La difusión de las actividades del IGN es el principal objetivo de la edición de este volumen. Donde llegues recorriendo sus páginas es cosa tuya.

Dirección General del
Instituto Geográfico Nacional

General Ibáñez de Ibero, 3
28003 - MADRID (España)
www.ign.es